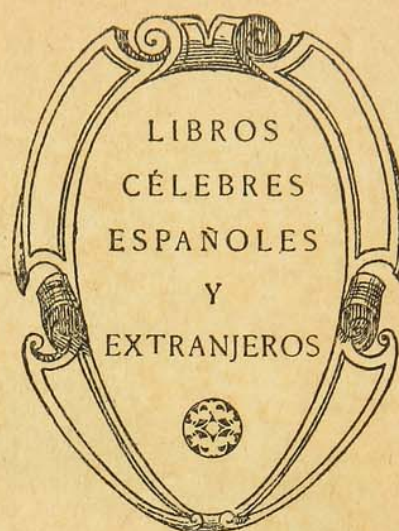


EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

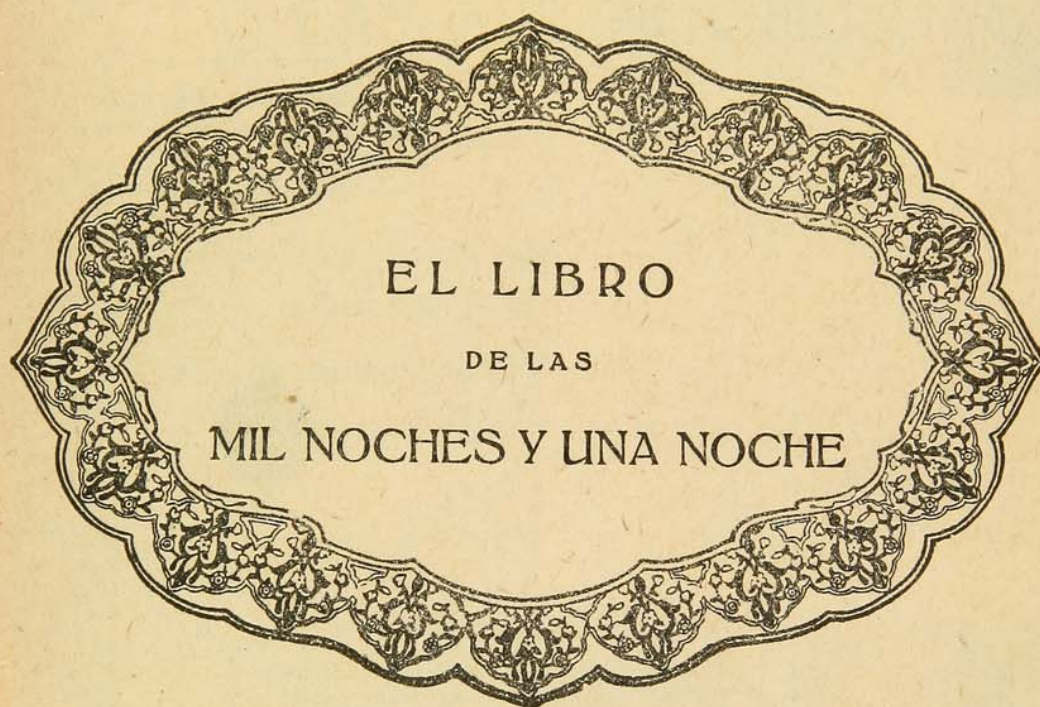


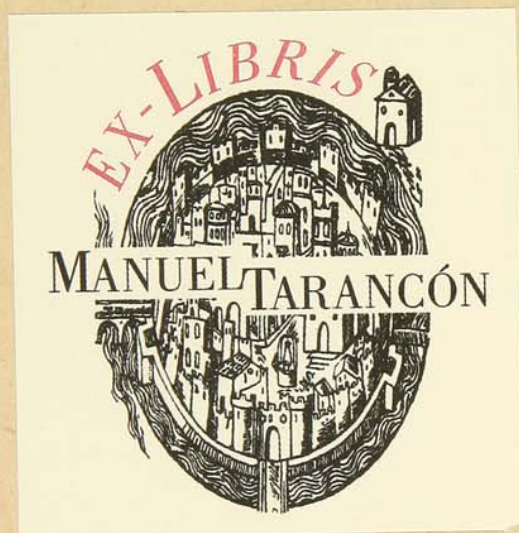
EDITORIAL
PROMETEO
VALENCIA

TRADUCCION DIRECTA
Y LITERAL DEL ÁRABE
POR EL DR. J. C. MARDRUS
VERSION ESPAÑOLA DE
• V. BLASCO IBÁÑEZ •
PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO



Director literario: V. Blasco Ibáñez





ES PROPIEDAD. DERECHOS
EXCLUSIVOS DE TRADUCCIÓN
AL ESPAÑOL.



EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL

DOCTOR J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

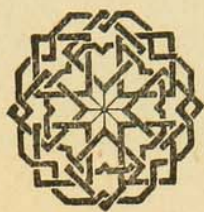
TOMO VIGÉSIMOPRIMERO

Historia espléndida del príncipe Diamante.—Algunas tonterías y teorías del maestro de las divisas y de las risas.—Historia de la jovenzuela Oñra Maestra de los Corazones, lugarteniente de los pájaros.

PROMETEO

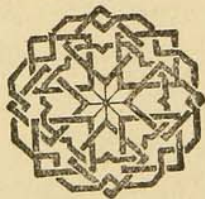
Germanías, 33.—VALENCIA

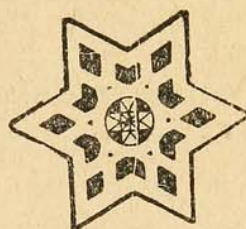
(Published in Spain)

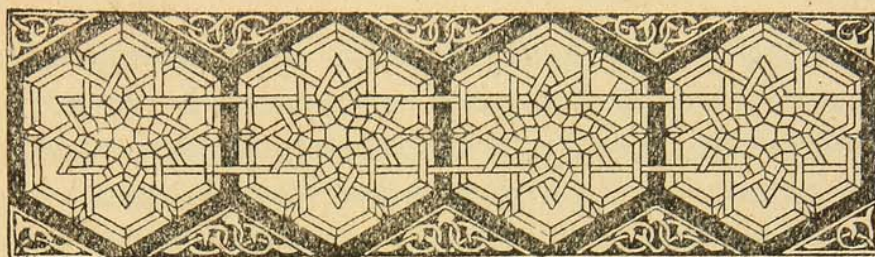


AL GRAN JEQUE DEL SABER Y DE LOS
LIBROS MÁGICOS, MI AMIGO MARCELO
SCHWOB, EL ESCRITOR NOTORIO QUE,
EN NUESTRO TERRITORIO, SALUDÓ PRI-
MERO A SCHAHRAZADA Y A SU GLORIA

J. C. M.







HISTORIA ESPLÉNDIDA DEL PRÍNCIPE DIAMANTE

A la condesa Jacques de Chabannes La Palice



Y dijo Schahrazada:

Se cuenta en los libros de las gentes perfectas, sabios y poetas que abrieron el palacio de su inteligencia á los que van á tientas por la pobreza—¡loores múltiples y escogidos al que sobre la tierra ha dotado de excelencia á ciertos hombres, lo mismo que ha colocado en el firmamento el sol, tragaluz de la casa de Su gloria, y en el borde del cielo la aurora, antorcha de la sala nocturna de Su belleza; que ha vestido á los cielos con un manto de raso húmedo y á la tierra con un manto de verdor brillante; que ha adornado los jardines con sus árboles y los árboles con

sus trajes verdes; que ha dado á los sedientos los manantiales de hermosas aguas, á los borrachos la sombra de las viñas, á las mujeres su hermosura, á la primavera las rosas, á las rosas la sonrisa, y para celebrar á las rosas, la garganta cantarina del ruiseñor; que ha puesto á la mujer ante los ojos del hombre, y el deseo en el corazón del hombre, joyel en medio de la piedra!—; se cuenta, repito, que en un reino entre los grandes reinos había un rey magnífico, cada paso del cual era una felicidad, con esclavas que constituían la fortuna y la dicha, y el cual superaba á Khosroes-Anuschirwán en justicia y á Hatim-Tai en generosidad.

Y aquel rey de frente serena se llamaba Schams-Schah, y tenía un hijo de maneras exquisitas y de hechizos encantadores, semejante en belleza á la estrella Canope cuando brilla sobre el mar.

Y aquel príncipe jovenzuelo, que se llamaba Diamante, fué un día en busca de su padre, y le dijo: «¡Oh padre mío! Hoy está triste mi alma por vivir en la ciudad, y desea que vaya yo de caza y de paseo para recrearnos. Si no, el fastidio hará que me desgarré hasta abajo las vestiduras.»

Cuando el rey Schams-Schah hubo oído estas palabras de su hijo, se apresuró, movido del gran cariño que por él sentía, á dar las órdenes oportunas para la cacería y el paseo en cuestión. Y los monteros y los halconeros prepararon los halcones, y los palafreneros ensillaron á los caballos de montaña. Y el príncipe Diamante se puso á la cabeza

de una brillante tropa de jóvenes de complexión robusta, y se encaminó con ellos á los lugares en donde anhelaba cazar para disipar su hastío.

Y cabalgando entre el tumulto heroico, acabó por llegar al pie de una montaña que tocaba al cielo con su cima. Y al pie de la tal montaña había un árbol corpulento; y al pie del tal árbol corría un arroyo; y en el tal arroyo bebía un gamo, con la cabeza inclinada hacia el agua. Y Diamante, entusiasmado al ver aquello, mandó á sus gentes que detuvieran sus caballos y le dejaran ir solo á la busca y captura de aquella presa. Y con todo el ímpetu de su corcel, se lanzó sobre el hermoso animal salvaje...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 905.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y con todo el ímpetu de su corcel, se lanzó sobre el hermoso animal salvaje, el cual, comprendiendo que en aquel instante corría su vida gran peligro, dió un salto tremendo, y tras de desviarse rápidamente, se puso fuera de alcance con sus cuatro patas, devorando á su paso la distancia en la

llanura. Y Diamante, abandonado á la embriaguez de la carrera, siguió al gamo por el desierto, alejándose de su séquito armado. Y continuó su persecución por arenas y piedras, hasta que al caballo, todo espumeante y sin aliento, le colgó seca la lengua en aquel desierto donde no aparecía huella ni olor de un hijo de Adán, y donde, por toda presencia, no había mas que la de lo Invisible.

A la sazón había llegado él frente á una colina arenosa que se interponía ante la vista y detrás de la cual había desaparecido el gamo. Y el desesperado Diamante subió á aquella colina, y llegado que hubo á la otra vertiente, vió de pronto desarrollarse á sus miradas un espectáculo distinto. Porque, en lugar de la aridez inexorable del desierto, vivía allí una vida de verdor cierto oasis refrescante, entrecruzado de arroyos y adornado con macizos naturales de flores rojas y de flores blancas, comparables al crepúsculo vespertino y al crepúsculo matutino. Y Diamante sintió holgarse su alma y dilatarse su corazón, igual que si estuviese en el jardín de que Rizwán es el guardián alado.

Cuando el príncipe Diamante hubo contemplado la obra admirable de su Creador, y dado de beber por sí mismo á su caballo, en el hueco de la mano, el agua deliciosa del oasis, se levantó y dió expansión á sus miradas para juzgar las cosas al detalle. Y he aquí que vió un trono solitario al abrigo de un árbol añoso cuyas raíces debían llegar hasta las puertas interiores de la tierra. Y en aquel trono

estaba sentado un viejo rey, con la cabeza coronada con la corona real y los pies desnudos, reflexionando. Y Diamante le abordó con la zalema, respetuoso. Y el viejo rey le devolvió su zalema, y le dijo: «¡Oh hijo de reyes! ¿á qué obedece el que hayas atravesado el desierto terrible, en donde ni siquiera el pájaro puede agitar sus alas y donde la sangre de las alimañas feroces se torna hiel?» Y Diamante le contó su aventura, y añadió: «Y tú, ¡oh venerable rey! ¿puedes decirme el motivo de tu estancia en este sitio rodeado de desolación? Porque tu historia debe ser una historia extraña.» Y el viejo rey contestó: «¡Ciertamente, mi historia es extraña y prodigiosa! Pero lo es de tal modo, que más valdría que renunciaras á oirla relatar de mi boca. De no hacerlo así, constituirá para ti un motivo de lágrimas y calamidades.» Pero el príncipe Diamante dijo: «Puedes hablar, ¡oh venerable! porque me he criado con leche de mi madre, y soy hijo de mi padre.» E insistió mucho para decidirle á que le relatará lo que anhelaba oír.

Entonces el viejo rey, que estaba sentado en el trono debajo del árbol, dijo: «Escucha, pues, las palabras que van á salir de la cáscara de mi corazón. Recógelas y ponlas en la orla de tu traje.» Y bajó la cabeza un instante, luego la levantó, y habló así:

«Has de saber ¡oh joven! que antes de mi llegada á este islote perdido en medio del desierto, yo

reinaba en las tierras de Babil, en medio de mis riquezas, de mi corte, de mis ejércitos y de mi gloria. Y Alah el Altísimo (¡exaltado sea!) me había concedido una posteridad de siete hijos reales que bendecían á su creador y constituían la alegría de mi corazón. Y todo era paz y prosperidad en mi Imperio, cuando un día mi hijo mayor supo, por boca de un caravanero, que en las comarcas lejanas de Sinn y de Masinn había una princesa, hija del rey Qamús, hijo de Tammuz, la cual se llamaba Mohra, y no tenía par en el mundo; que la perfección de su belleza ennegrecía el rostro de la luna nueva, y que Josef y Zuleikha tenían, ante ella, la oreja horadada por la argolla de la esclavitud. En una palabra, que estaba modelada con arreglo á estos versos del poeta:

¡Es una belleza ladrona de corazones, espléndida por todos lados!

¡Los bucles de sus cabellos son el nardo del jardín de la excelencia, y su mejilla es la rosa lozana!

¡Sus labios tienen á la vez rubíes y azúcar cande!

¡Sus dientes son de una pureza asombrosa, y hasta en la cólera sonríen!

¡Es una belleza ladrona de corazones, espléndida por todos lados!

»Y el caravanero enteró también á mi hijo de que el tal rey Qamús no tenía otra hija que aquella bienaventurada. Y como este retoño encantador

del jardín de la hermosura había llegado á la primavera de su desarrollo, y las abejas empezaban á agruparse junto á su cuerpo florido, se hizo urgente, según la costumbre, reunir, para escoger esposo, á los príncipes de todas las comarcas, siempre que estuviesen en edad de merecer y de ser admitidos. Pero se impuso por toda condición la de que los pretendientes respondieran á una pregunta que les haría la princesa, y que consistía sencillamente en estas palabras: «¿*Qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés?*» Y esto era cuanto del pretendiente se reclamaba á modo de viudedad para la princesa, pero con la cláusula de que á aquel que no pudiera contestar satisfactoriamente á la pregunta se le cortaría la cabeza, clavándola en el pináculo del palacio.

»Y he aquí que cuando mi hijo mayor supo estos detalles por boca del caravanero, se abrasó su corazón como carne á la parrilla; y vino á mí vertiendo llanto cual un chaparrón tempestuoso. Y gimiendo me pidió el permiso de partir, para irse á ver si obtenía á la princesa de los países de Sinn y de Masinn. Y aunque yo estaba en extremo asustado de aquella empresa loca, por más que procuré remediar semejante situación, la medicina del aviso no dió resultado en la vehemencia del mal de amor. Y dije entonces á mi hijo: «¡Oh luz de mis ojos! Si, á trueque de morir de tristeza, no puedes por menos de ir á las comarcas de Sinn y de Masinn, donde reina el rey Qamús, hijo de Tammuz, padre de la

princesa Mohra, yo te acompañaré, llevándote á la cabeza de mis ejércitos. Y si el rey Qamús consiente de buen grado en concederme á su hija para ti, todo irá bien; de no ser así, ¡por Alah! que haré derrumbarse sobre su cabeza los escombros de su palacio y aventaré su reino. Y de tal suerte la joven se tornará en cautiva tuya y propiedad tuya.» Pero parece que mi hijo mayor no encontró de su gusto este proyecto, y me contestó: «No es digno de nosotros ¡oh padre mío! tomar por fuerza lo que no se nos conceda por persuasión. Es preciso, pues, que vaya yo mismo á dar la respuesta exigida y á contestar á la hija del rey.»

»Entonces comprendí mejor que nunca que ninguna criatura puede borrar lo escrito por el Destino, ni siquiera un carácter de las palabras que en el libro de los destinos traza el escriba alado. Y viendo que la cosa estaba así decretada en la suerte de mi hijo, le concedí, no sin muchos suspiros, el permiso de partir. Y acto seguido se despidió de mí y se fué en busca de su destino.

»Y llegó á las comarcas lejanas donde reinaba el rey Qamús, y se presentó en el palacio donde residía la princesa Mohra, y no pudo contestar á la pregunta de que te he hablado, ¡oh extranjero! Y la princesa hizo que le cortaran la cabeza sin piedad, y la mandó clavar en el pináculo de su palacio. Y al tener noticia de ello, lloré todas mis lágrimas de desesperación. Y vestido con trajes de luto, permanecí encerrado con mi dolor durante cuarenta días.

Y mis íntimos se cubrieron la cabeza con polvo. Y nos desgarramos la vestidura de la paciencia. Y los gritos de duelo hicieron retemblar todo el palacio con un ruido parecido al de la resurrección.

»Entonces mi segundo hijo produjo en mi corazón con su propia mano la segunda herida penosa, tragando, como su hermano, la bebida de la muerte. Porque, como el mayor, quiso intentar la empresa. Igual ocurrió después á mis otros cinco hijos, que de la propia manera pusieron por turno en marcha hacia el camino de la defunción, y perecieron mártires del sentimiento del amor.

»Y mordido incurablemente por el Destino negro, y abatido por un dolor sin esperanza, abandoné la realeza y mi país, y salí errante por el camino de la fatalidad. Y atravesé, como un sonámbulo, llanuras y desiertos. Y llegué, como ves, con la corona á la cabeza y los pies descalzos, al rincón en que estoy esperando la muerte sobre este trono.»

Cuando el principe Diamante oyó este relato del viejo rey, quedó herido por la flecha del sentimiento torturador, y lanzó suspiros de amor que echaban chispas. Porque, como dice el poeta:

*¡El amor se ha insinuado en mí sin que yo haya visto al objeto que lo infunde, por el oído solamente!
¡E ignoro lo que ha pasado entre la amiga desconocida y mi corazón!*

¡Y esto es lo referente al anciano rey de Babil, que estaba sentado sobre el trono en el oasis, y á su dolorosa historia!

En cuanto á los compañeros de cacería de Diamante, se inquietaron mucho por la desaparición del príncipe, y al cabo de cierto tiempo, á pesar de la orden que les había dado de no seguirle, se pusieron en busca suya, y acabaron por encontrarle cuando salía del oasis. Y llevaba él la cabeza inclinada tristemente sobre el pecho y el rostro atacado de palidez. Y le rodearon, cual las mariposas á la rosa, y le presentaron un caballo de repuesto, rápido en la carrera, un céfiro por la ligereza, pues marchaba más de prisa que la imaginación. Y Diamante confió su primer caballo á las gentes de su séquito, y montó en el que le presentaban, que tenía una silla dorada y unas bridas enriquecidas con perlas. Y llegaron todos sin contratiempo al palacio del rey Schams-Schah, padre de Diamante.

Y en lugar de encontrarse á su hijo con el rostro satisfecho y el corazón dilatado á consecuencia de aquel paseo y de aquella cacería, el rey le halló muy alterado de color y sumido en un océano de pena negra. Porque el amor le había penetrado hasta los huesos, le había tornado débil y sin energías, y al presente le consumía el corazón y el hígado...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 906.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Porque el amor le había penetrado hasta los huesos, le había tornado débil y sin energías, y al presente le consumía el corazón y el hígado.

Y el rey, á fuerza de súplicas y de ruegos, acabó por decidir á su hijo á revelarle la causa de su doloroso estado. Y al descorrerse el velo de aquel camino oculto, el rey besó á su hijo y le estrechó contra su pecho y le dijo: «¡No te importe! Refresca tus ojos y calma tu alma cara, pues voy á enviar embajadores míos al rey Qamús, hijo de Tammuz, que reina en las comarcas de Sinn y de Masinn, con una carta de mi puño y letra, en que le pediré en matrimonio para ti á su hija Mohra. Y le mandaré, en camellos, fardos de trajes preciosos, joyas valiosas y presentes de todos los colores, dignos de reyes. Y si, por desdicha para su vida, el padre de la princesa Mohra no accede á nuestra demanda y con ello se torna en motivo de humillación y de pena para nosotros, enviaré contra él ejércitos de devastación que harán hundirse en sangre su trono y arrojarán al viento su corona. ¡Y de tal suerte nos

apoderaremos honorablemente de la bella Mohra la de maneras encantadoras!»

Así habló, en su trono dorado, el rey Schams-Schah á su hijo Diamante ante los visires, los emires y los ulemas, que aprobaron con la cabeza las palabras reales.

Pero el príncipe Diamante contestó: «¡Oh asilo del mundo! Eso no puede hacerse; antes bien, iré yo mismo y daré la respuesta exigida. Y sólo por mis méritos me llevaré á la princesa milagrosa.»

Al oír esta respuesta de su hijo, el rey Schams-Schah empezó á lanzar gemidos dolorosos, y dijo: «¡Oh alma de tu padre! Hasta ahora he conservado por ti la claridad de mis ojos y la vida de mi cuerpo, porque tú eres el único consuelo de mi viejo corazón de rey y el único sostén de mi frente. ¿Cómo, pues, puedes abandonarme para correr en pos de una muerte sin remedio?» Y continuó hablándole en estos términos para enternecer su corazón. Pero fué en vano. Y para no verle morir de pena reconcentrada ante sus ojos, se vió obligado á dejarle en libertad de partir.

Y el príncipe Diamante montó en un caballo hermoso como un animal feérico, y emprendió el camino que conducía al reino de Qamús. Y su padre y su madre y todos los suyos se retorcieron las manos de desesperación y quedaron sumidos en el pozo sin fondo de la desolación.

Y el príncipe Diamante recorrió etapa tras etapa, y gracias á la seguridad que le fué escrita, aca-

bó por llegar á la capital profunda del reino de Qamús. Y se encontró frente á un palacio más alto que una montaña. Y en los pináculos de aquel palacio había colgadas millares de cabezas de príncipes y de reyes, unas con su corona y otras desnudas y melenudas. Y en la plaza del meidán se habían armado tiendas de tisú de oro y de raso chino, con cortinas de muselina dorada.

Y cuando hubo contemplado todo aquello, el príncipe Diamante observó que en la puerta principal del palacio estaba colgado un tambor enriquecido de pedrerías, así como el palillo correspondiente. Y sobre el tambor aparecía escrito en letras de oro: «Todo aquel, de sangre real, que desee ver á la princesa Mohra, debe hacer sonar este tambor por medio de este palillo.» Y Diamante, sin vacilar, se apeó de su caballo y fué resueltamente á la puerta consabida. Y tomó el palillo enriquecido de pedrerías, y tocó el tambor con tanta fuerza, que el sonido que sacó de él hizo retemblar toda la ciudad.

Y al punto se presentaron los criados del palacio y condujeron al príncipe á presencia del rey Qamús. Y á la vista de su hermosura, el rey quedó seducido hasta el alma y quiso salvarle de la muerte. Y entonces le dijo: «¡Ay de tu juventud, oh hijo mío! ¿Por qué quieres perder la vida, como todos los que no pudieron responder á la pregunta de mi hija? Renuncia á esa empresa, ten compasión de ti mismo, y serás mi chambelán. Porque nadie, á no ser Alah el Omnisciente, desentraña los miste-

rios ni puedè explicar las ideas fantásticas de una joven.»

Y como el príncipe Diamante persistiera en su propósito, el rey Qamús aún le dijo: «Escucha, ¡oh hijo mío! Me duele mucho ver exponerse á esa muerte sin gloria á tan hermoso joven de las comarcas orientales. Por eso te ruego que, antes de afrontar la prueba fatal, reflexiones durante tres días y vuelvas luego á pedir la audiencia que ha de separar tu graciosa cabeza del reino de tu cuerpo.» Y le hizo seña de que se retirara.

Y el príncipe Diamante se vió obligado á salir del palacio aquel día. Y para pasar el tiempo, se dedicó á andar por zocos y tiendas, y observó que las gentes de aquel país de Sinn y de Masinn estaban llenas de tacto y de inteligencia. Pero se sintió atraído invenciblemente por la morada donde vivía aquella cuya influencia le había atraído desde el fondo de su país como el imán atrae á la aguja. Y llegó ante el jardín del palacio, y pensó que, si conseguía introducirse en aquel jardín, podría atisbar á la princesa y satisfacer su alma con la vista. Pero no sabía cómo arreglarse para entrar sin que le detuviesen los guardias de las puertas, cuando advirtió un canal que iba á desaguar en el jardín por debajo de la muralla. Y se dijo que bien podría él entrar en el jardín con el agua. Así es que, tirándose de pronto al canal, entró sin dificultad en el jardín. Y se sentó un instante, en un paraje retirado, para que se le secasen al sol las vestiduras.

Entonces se levantó y empezó á pasearse á pasos lentos por entre los macizos. Y admiraba aquel jardín verdeante, bañado por el agua de los arroyos, donde la tierra estaba tan adornada como un rico en día de fiesta; donde la rosa blanca sonreía á su hermana la rosa roja; donde el lenguaje de los ruiseñores, enamorados de sus amantes, las rosas, era conmovedor como una hermosa música puesta á versos tiernos; donde se manifestaban múltiples bellezas sobre los lechos de flores de los parterres; donde las gotas de rocío, sobre el púrpura de las rosas, eran como las lágrimas de una joven honesta que ha recibido una ligera afrenta; donde los pájaros, ebrios de alegría, cantaban en el vergel todos los cánticos de su gáznate, mientras que, entre las ramas de los cipreses erguidos á orillas del agua, arrullaban las tórtolas, que tienen el cuello adornado con el collar de la obediencia; donde todo era tan perfectamente hermoso, en fin, que los jardines de Irem, en comparación con aquél, sólo hubieran sido un matorral de abrojos.

Y paseándose de aquel modo, con lentitud y precaución, el príncipe Diamante se encontró de pronto, á la vuelta de una avenida, frente á un estanque de mármol blanco, al borde del cual estaba extendido un tapiz de seda. Y en aquel tapiz estaba sentada perezosamente, como una pantera en reposo, una joven tan bella, que á su resplandor brillaba todo el jardín. Y tan penetrante era el aroma de los bucles de sus cabellos, que iba

hasta el cielo á perfumar de ámbar el cerebro de las huries.

Y el príncipe Diamante, á la vista de aquella bienaventurada á quien no podía dejar de mirar, como el hidrópico no puede dejar de beber agua del Eufrates, comprendió que semejante belleza no podía adjudicarse mas que á Mohra, aquella por quien millares de almas se sacrificaban como las mariposas en la llama.

Y he aquí que, mientras permanecía él en el éxtasis y la contemplación, una joven del séquito de Mohra se acercó al sitio donde estaba escondido, y se dispuso á llenar con agua del arroyo una copa de oro que llevaba en la mano. Y de improviso la joven lanzó un grito de horror y dejó caer en el agua su copa de oro. Y corriendo temblorosa y con la mano en el corazón, volvió al lado de sus compañeras. Y éstas la condujeron al punto á presencia de su señora Mohra para que explicase el motivo de su atolondramiento y la caída de la copa en el agua.

Y la joven, que tenía el nombre de Rama de Coral, cuando pudo reprimir un poco los latidos de su corazón, dijo á la princesa: «¡Oh corona de mi cabeza! ¡oh mi señora! Estando yo inclinada sobre el arroyo, vi reflejarse en él de repente el rostro tierno de un joven tan hermoso, que no supe si pertenecía á un hijo de los genn ó de los hombres. Y en mi emoción, dejé caer de mi mano al agua la copa de oro.»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 907.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...reflejarse en él de repente el rostro tierno de un joven tan hermoso, que no supe si pertenecía á un hijo de los genn ó de los hombres. Y en mi emoción, dejé caer de mi mano al agua la copa de oro.»

Al oír estas palabras de Rama de Coral, la princesa Mohra ordenó que, para comprobar la cosa, fuese en seguida otra de sus mujeres á mirar en el agua. Y al punto corrió al arroyo una segunda joven, y al ver reflejarse el rostro encantador, volvió corriendo, con el corazón abrasado y gimiendo de amor, á decir á su señora: «¡Oh nuestra señora Mohra! ¡no estoy segura, pero creo que esa imagen que se refleja en el agua es de un ángel ó de un hijo de los genn! ¡O quizá sea que la propia luna ha bajado al arroyo!»

A estas palabras de su servidora, la princesa Mohra sintió chispear en su alma el tizón de la curiosidad, y en su corazón surgió el deseo de ver por sí misma. Y se irguió sobre sus pies encantadores, y orgullosa á la manera de los pavos reales, se di-

rigió al arroyo. Y vió la imagen de Diamante. Y se puso muy pálida, y se sintió presa del amor.

Y tambaleándose ya y sostenida por sus mujeres, hizo llamar á toda prisa á su nodriza y le dijo: «Ve, ¡oh nodriza! y tráeme á ese cuyo rostro se refleja en el agua. ¡Porque si no lo haces me muero!» Y la nodriza contestó con el oído y la obediencia, y se alejó, mirando á todos lados.

Y al cabo de cierto tiempo fué á caer su mirada en el rincón donde estaba escondido el príncipe de cuerpo encantador, el joven de cara de sol, aquel de quien tenían envidia los astros. Y por su parte, al verse descubierto, el hermoso Diamante tuvo de pronto la idea de simular la locura para salvar su vida.

Así es que, cuando la nodriza, que acababa de coger al joven por la mano con todas las precauciones que se toman para tocar las alas de la mariposa, le hubo conducido ante su señora sin par, aquel joven de cara de sol, aquel príncipe de cuerpo encantador, se echó á reir como los insensatos, y empezó á decir: «¡Estoy hambriento y no tengo hambre!» y á decir también: «¡La mosca se ha convertido en búfalo!» y á decir también: «¡Una montaña de algodón se ha vuelto de arcilla por efecto del agua!» Y dijo igualmente, poniendo los ojos en blanco: «¡La cera se ha derretido bajo la acción de la nieve; el camello ha comido carbón; el ratón ha devorado al gato!» Y añadió: «¡Yo, y solamente yo, voy á comerme el mundo entero!» Y continuó sol-

tando de tal suerte, sin perder aliento, una porción de palabras sin orden ni concierto y sin ton ni son, hasta que la princesa quedó convencida de su locura.

Entonces, cuando ella hubo admirado la hermosura de él detenidamente, se emocionó su corazón y se turbó su espíritu, y dijo, llena de pena, encarándose con sus servidoras: «¡Ay! ¡qué lástima!» Y tras de pronunciar estas palabras se agitó y se tambaleó como un pollo medio muerto. Porque por primera vez entraba en su seno el amor y producía los efectos habituales.

Al cabo de algún tiempo pudo arrancarse á la contemplación del joven, y dijo tristemente á sus mujeres: «Ya veis que este joven está loco, pues tiene el espíritu habitado por los genn. Y ya sabéis que los locos de Alah son santos muy grandes, y que es tan grave faltar al respeto á los santos como dudar de la misma existencia de Alah ó del origen divino del Korán. Hay que dejarle, pues, aquí en toda libertad, á fin de que viva á su gusto y haga lo que quiera. Y no pretenda nadie contrariarle ó negarle cualquier cosa que anhele ó pida.» Luego se encaró con el joven, á quien tomaba por un santón, y le dijo, besándole la mano con religioso respeto: «¡Oh santón venerado! Haznos la merced de elegir por morada este jardín y el pabellón que ves en este jardín, donde tendrás cuanto te sea necesario.» Y el joven santón, que era el propio Diamante con sus mismos ojos, contestó, abriendo mucho los

párpados: «¡Necesario! ¡necesario! ¡necesario!» Y añadió: «¡Nada! ¡nada! ¡nada!»

Entonces le dejó la princesa, tras de inclinarse ante él por última vez, y se marchó edificada y desolada, seguida de sus acompañantas y de la vieja nodriza.

Y en consecuencia, el joven santón vióse desde entonces rodeado de toda clase de miramientos y cuidados. Y el pabellón que se le cedió para vivienda fué ataviado por las más abnegadas entre las esclavas de Mohra, y desde por la mañana hasta por la noche lo llenaban bandejas cargadas de manjares de todas clases y confituras de todos los colores. Y la santidad del joven sirvió de general edificación al palacio. Y rivalizaban en ir á cuál más pronto á barrer el suelo hollado por él y á recoger los restos de su comida ó las recortaduras de sus uñas ó cualquier otra cosa semejante, para guardarla como amuleto.

Un día entre los días, la joven que se llamaba Rama de Coral, y que era la favorita de la princesa Mohra, entró en el aposento del joven santón, que estaba solo, y se acercó á él, muy pálida y temblorosa de emoción, y abatió la cabeza ante sus plantas humildemente, y lanzando suspiros y gemidos le dijo: «¡Oh corona de mi cabeza! ¡oh dueño de las perfecciones! Alah el Altísimo, autor de la belleza que te distingue, hará más en favor tuyo por mediación mía, si accedes á ello. Mi corazón, que tiembla por ti, está entristecido y se derrite de amor

como la cera, porque las flechas de tus miradas lo han atravesado y el dardo del amor lo ha penetrado. Dime, pues, por favor, quién eres, y cómo has llegado á este jardín, con objeto de que, conociéndote mejor, pueda yo servirte más eficazmente.» Pero Diamante, que temía algún ardid de la princesa Mohra, no se dejó conquistar por las frases suplicantes y las miradas apasionadas de la joven, y continuó expresándose como los que tienen realmente sometido el espíritu al poder de los genn. Y Rama de Coral, gemebunda y suspirante, continuó suplicando al joven y dando vueltas á su alrededor, cual la mariposa nocturna en torno de la llama. Y como él se abstenía siempre de responder concretamente, acabó ella por decirle: «¡Por Alah sobre ti y por el Profeta! Ábreme los abanicos de tu corazón y aventá para acá tu secreto. Porque no cabe duda de que guardas un secreto. Y yo tengo un corazón que es un cofrecillo cuya llave se pierde cuando se cierra. ¡Date prisa, pues, en vista del amor por ti que hay ya en ese cofrecillo, á decirme con toda confianza lo que indudablemente tienes que decirme!»

Cuando el príncipe Diamante hubo oído estas palabras de la encantadora Ramá de Coral, quedó convencido de que en sus palabras se hacía sentir el olor del amor, y por tanto, no había ningún inconveniente en explicar la situación á aquella encantadora joven. La miró, pues, un momento sin hablar, luego sonrió, y abriendo los abanicos de su

corazón, le dijo: «¡Oh encantadora! Si llegué hasta aquí después de haber sufrido mil penalidades y de exponerme á grandes peligros, fué únicamente con la esperanza de contestar á la pregunta de la princesa Mohra, que dice así: «¿Qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés?» Por tanto, ¡oh compasiva! si sabes la verdadera respuesta que hay que dar á esta pregunta oscura, dímela, y la sensibilidad de mi corazón trabajará en favor tuyo.»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 908.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...y la sensibilidad de mi corazón trabajará en favor tuyo.» Y añadió: «¡No lo dudes!» Y Rama de Coral contestó: «¡Oh joven insigne! Claro que no dudo de la sensibilidad del gamo de tu corazón; pero si quieres que te responda con respecto á la pregunta oscura, prométeme por la verdad de nuestra fe que me tomarás por esposa y en tu reino me pondrás á la cabeza de todas las damas del palacio de tu padre.» Y el príncipe Diamante cogió la mano de la joven y la besó y la puso sobre su corazón, prometiéndole los desposorios y el rango que pedía.

Cuando la joven Rama de Coral tuvo esta promesa y esta seguridad del príncipe Diamante, se tambaleó de satisfacción y de contento, y le dijo: «¡Oh capital de mi vida! Has de saber que debajo del lecho de marfil de la princesa Mohra está un negro sombrío. Y el tal negro ha venido á establecer allí su morada, ignorado por todos, excepto por la princesa, después de huir de su país, que es la ciudad de Wakak. Y precisamente ese negro calamitoso es quien ha incitado á nuestra princesa á formular pregunta tan oscura á los hijos de reyes. Por tanto, si quieres conocer la verdadera solución del problema, es preciso que vayas á la ciudad de Wakak. Y de esta sola manera podrá descubrirse el secreto. ¡Y esto es cuanto sé acerca de la clase de relaciones que hay entre Piña y Ciprés! ¡Pero Alah es más sabio!»

Cuando el príncipe Diamante hubo oído estas palabras de boca de Rama de Coral, dijo para sí: «¡Oh corazón mío! Conviene tener un poco de paciencia antes de que se haga para nosotros la claridad detrás de la cortina del misterio. Porque, por lo pronto, ¡oh corazón mío! sin duda tendrás que experimentar en esa ciudad del negro, ó sea en la ciudad de Wakak, muchas cosas enojosas que te pesarán.» Luego se encaró con la joven, y le dijo: «¡Oh caritativa! En verdad que mientras no vaya á la ciudad de Wakak, que es la ciudad del negro, y no penetre el misterio de que se trata, me parecerá que me está prohibido el reposo. Pero si Alah me

depara la seguridad y me hace obtener el resultado apetecido, cumpliré entonces tu deseo. Si no lo hago, consiento en no volver á levantar la cabeza hasta el día de la resurrección.»

Y tras de hablar así, el príncipe Diamante se despidió de la suspirante, la gemebunda, la sollozante Rama de Coral, y con el corazón derretido, salió del jardín sin ser visto, y se dirigió al khan en donde había dejado sus efectos de viaje, y montó en un caballo hermoso como un animal feérico, y salió al camino de Alah.

Pero como ignoraba hacia qué lado estaba situada la ciudad de Wakak, y el camino que había que tomar para llegar á ella, y por dónde había de pasar para llegar á ella, empezó á girar la cabeza en busca de algún indicio que pudiera orientarle, cuando divisó á un derviche que iba en dirección suya, vestido con un traje verde y calzados los pies con babuchas de cuero amarillo limón, llevando un báculo en la mano, y semejante á Khizr el Guardián, de tan radiante como tenía el rostro y claro el espíritu ante las cosas. Y Diamante fué en busca de aquel derviche venerable, y le abordó con la zalema, apeándose del caballo. Y cuando le devolvió la zalema el derviche, le preguntó el príncipe: «¿Hacia qué lado ¡oh venerable! está situada la ciudad de Wakak, y á qué distancia se halla?» Y el derviche, tras de mirar atentamente al príncipe durante una hora de tiempo, le dijo: «¡Oh hijo de reyes! Abstente de aventurarte en un camino sin

salida y en una ruta espantosa. Renuncia á tan loco proyecto, y ocúpate en otra tarea, porque, aunque te pasaras toda la vida en busca de ese camino, no encontrarías ni vestigios de él. ¡Además, al querer ir á la ciudad de Wakak, entregas al viento de la muerte tu existencia y tu vida cara!» Pero el príncipe Diamante le dijo: «¡Oh respetable y venerado jeque! El asunto que me mueve es un asunto decisivo, y mi propósito es un propósito tan importante, que prefiero sacrificar mil vidas como la mía antes que renunciar á ello. Así, pues, si sabes algo referente á ese camino, sírreme de guía como Khizr el Guardián.»

Cuando el derviche vió que Diamante en manera alguna desistía de su idea, no obstante los útiles consejos de todas clases que seguía dándole, le dijo: «¡Oh joven bendito! Sabe que la ciudad de Wakak está situada en el centro de la montaña Kaf, allí donde los genn, los mareds y los efrits habitan por dentro y fuera. Y para llegar allá hay tres caminos: el de la derecha, el de la izquierda y el de en medio; pero es preciso ir por el camino de la derecha, y no por el de la izquierda, como tampoco debe intentarse tomar el de en medio. Además, cuando hayas viajado un día y una noche, y aparezca la verdadera aurora, verás un minarete en el cual se encuentra una losa de mármol con una inscripción en caracteres cúficos. Hay que leer esa inscripción precisamente. ¡Y tendrás que ajustar tu conducta á esa lectura!»

Y el príncipe Diamante dió gracias al anciano y le besó la mano. Luego volvió á montar en su caballo y emprendió el camino de la derecha, que debía conducirle á la ciudad de Wakak.

Y anduvo por aquel camino un día y una noche, y llegó al pie del minarete que le indicó el derviche. Y vió que el minarete era tan grande como el firmamento cerúleo. Y estaba empotrada en él una losa de mármol grabada con caracteres cúficos. Y decían así los tales caracteres: «Los tres caminos que tienes ante ti ¡oh caminante! conducen todos al país de Wakak. Si tomas el de la izquierda, experimentarás gran número de vejaciones. Si tomas el de la derecha, te arrepentirás. Si tomas el de en medio, te ocurrirá algo espantoso.»

Cuando hubo descifrado esta inscripción y comprendido todo su alcance, el príncipe Diamante cogió un puñado de tierra, y echándola por la abertura de su traje, dijo: «¡Que yo me vea reducido á polvo, pero que llegue á la meta!» Y se acomodó de nuevo en la silla, y sin vacilar, tomó por el más peligroso de los tres caminos, el de en medio. Y anduvo por él resueltamente un día y una noche. Y á la mañana, se ofreció á su vista un ancho espacio que estaba cubierto de árboles con ramas que llegaban hasta el cielo. Y los árboles estaban dispuestos en hilera para servir de límite y abrigo contra el viento salvaje á un jardín verdeante. Y la puerta de aquel jardín aparecía cerrada por un bloque de granito. Y para guardar aquella puerta y

aquel jardín había un negro cuyo rostro negro daba un tinte sombrío á todo el jardín y á quien robaba sus tinieblas la noche sin luna. Y aquel producto de brea era gigantesco. Su labio superior se alzaba muy por encima de sus narices, que tenían forma de berenjena, y el labio de abajo le caía hasta el cuello. Llevaba al pecho una muela de molino que le servía de escudo; y una espada de hierro chino iba sujeta á su cinturón, que lo constituía una cadena de hierro tan gruesa, que por cada uno de sus anillos hubiera podido pasar con toda facilidad un elefante de guerra.

Y en aquel momento, el tal negro estaba echado cuan largo era sobre pieles de animales, y de su ancha boca abierta salían ronquidos hijos del trueno.

Y el príncipe Diamante echó pie á tierra sin moverse, ató la brida de su caballo á la cabecera del negro, y retirando la puerta de granito, entró en el jardín.

Y el aire de aquel jardín era tan excelente, que las ramas de los árboles se balanceaban como personas ebrias. Y debajo de los árboles pacían gamos grandes que llevaban sujetos á sus cuernos adornos de oro guarnecidos de pedrerías, cubriéndoles los lomos un ropaje bordado y llevando atados al cuello pañuelos de brocado. Y todos aquellos gamos, con sus patas delanteras y sus patas traseras, con sus ojos y sus cejas, se pusieron á hacer señas expresivas á Diamante para que no entrase. Pero Diamante, sin tener en cuenta sus advertencias, y

antes bien, pensando que aquellos gamos sólo agitaban así sus ojos, sus cejas y sus extremidades para manifestarle el gusto que tenían en recibirle, empezó á circular tranquilamente por las avenidas de aquel jardín.

Y paseándose de tal modo, acabó por llegar á un palacio al que no habría igualado el del Kessra ó el de Kaissar. Y la puerta de aquel palacio estaba entreabierta como el ojo del amante. Y por la abertura de aquella puerta se mostraba una cabeza encantadora de jovenzuela, que era feérica y que habría hecho retorcerse de envidia á la luna nueva. Y aquella cabecita, cuyos ojos avergonzarían á los del narciso, miraba á un lado y á otro, sonriendo.

Pero, en cuanto advirtió á Diamante, quedó estupefacta á la vez que rendida á su hermosura. Y permaneció algunos instantes en aquel estado; luego le devolvió la zalema, y le dijo: «¿Quién eres, ¡oh joven lleno de audacia! que te permites penetrar en este jardín donde ni los pájaros se atreven á agitar sus alas?»

Así habló á Diamante la joven, que se llamaba Latifa y era bella hasta constituir el alboroto del tiempo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 909.^a NOCHE*

Ella dijo:

Así habló á Diamante la joven, que se llamaba Latifa y era bella hasta constituir el alboroto del tiempo. Y Diamante se inclinó hasta tierra entre sus manos, y tras de incorporarse luego, contestó: «¡Oh retoño del jardín de la perfección! ¡oh mi señora! ¡Soy Fulano, hijo de Mengano, y he venido aquí para tal y cuál cosa!» Y le contó su historia desde el principio hasta el fin, sin omitir un detalle. Pero no hay utilidad en repetirla.

Y Latifa, cuando oyó su historia, le cogió de la mano y le hizo sentarse al lado de ella en la alfombra tendida bajo la parra trepadora de la entrada. Luego, empleando palabras dulces, le dijo: «¡Oh ciprés ambulante del jardín de la belleza! ¡lástima de juventud la tuya!» Después dijo: «¡Qué malhadada idea tuviste! ¡qué proyecto tan difícil de ejecutar meditaste! ¡cuántos peligros corres!» Y aún dijo: «Hay que renunciar á eso, si en algo estimas tu alma cara. Y quédate aquí conmigo, á fin de que tu mano bendita acaricie el cuello de mi deseo. Porque la unión con una hermosa que tiene cara de hada, como yo, es más deseable que la busca de lo desconocido.» Pero Diamante contestó: «Mien-

tras no vaya á la ciudad de Wakak y no resuelva el problema que me trae, á saber: «¿Qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés?», me están prohibidos los placeres y la dicha. Pero cuando haya ejecutado mi proyecto, ¡oh encantadora! pondré el collar de la unión al cuello de tu deseo, casándome contigo.» Y Latifa suspiró, diciendo: «¡Oh corazón abandonado!» Luego hizo seña de que se acercaran á unas escanciadoras con mejillas de rosa. E hizo llegar á unas jóvenes cuya contemplación asombraba al sol y á la luna, y cuyos cabellos ondulados hacían experimentar una torsión involuntaria á los corazones de los amantes. Y circularon las copas de bienvenida para festejar al huésped encantador con música y cánticos. Y las delicias de las mujeres, unidas á las de la armonía, seducían y arrebatában los corazones, fuesen abiertos ó cerrados.

Pero, cuando se vaciaron las copas, el príncipe Diamante se irguió sobre ambos pies para despedirse de la jovenzuela. Y le dijo, después de formularle sus votos y darle las gracias: «¡Oh princesa del mundo! Tengo que despedirme de ti ahora; porque ya sabes que el camino que he de recorrer es largo, y si permaneciese un momento más, el fuego de tu amor prendería llamas en la mies de mi alma. Pero si Alah quiere, cuando logre mi propósito volveré á cortar aquí las rosas del deseo y á apagar la sed de mi sediento corazón.»

Cuando la jovenzuela vió que el príncipe Dia-

mante, por quien se abrasaba, persistía en su resolución de abandonarla, se irguió también sobre ambos pies, y cogió un báculo en forma de serpiente, sobre el cual murmuró algunas palabras en una lengua incomprensible. Y de improviso lo enarboló y con él golpeó en el hombro al príncipe de modo tan violento, que le hizo girar sobre sí mismo por tres veces y caer á tierra para perder al punto su figura humana. Y se convirtió en un gamo entre los gamos.

Y en seguida Latifa hizo que le pusiesen en los cuernos adornos semejantes á los que llevaban los otros gamos, y le ató al pescuezo un pañuelo de seda bordada, y le soltó por el jardín, gritándole: «¡Vete con tus semejantes, ya que no has querido á una hermosa con cara de hada!» Y Diamante el gamo echó á andar con sus cuatro patas, animal por la forma, pero semejante á los hijos de Adán en las cualidades interiores y en las sensaciones.

Y caminando así con sus cuatro patas por las avenidas donde erraban los demás animales metamorfoseados, Diamante el gamo se dedicó á reflexionar profundamente acerca de su nueva situación y del modo de recobrar su libertad y evadirse de las manos de aquella hechicera. Y vagando de tal suerte, llegó á un rincón del jardín en que la tapia era mucho más baja que en ningún sitio. Y tras de elevar su alma hacia el dueño de los destinos, tomó impulso y franqueó la tapia de un salto. Pero no tardó en advertir que seguía encontrándose en el

mismo jardín, exactamente igual que si no hubiese franqueado la tapia; y entonces se convenció de que continuaban los efectos del encanto. Por otra parte, saltó la tapia de la propia manera siete veces seguidas; pero sin mejor resultado, pues siempre se encontraba en el mismo sitio. Entonces llegó á los límites extremos su perplejidad, y el sudor de la impaciencia transpiró de sus cascos. Y dedicóse á ir y venir á lo largo de la tapia, como haría un león encerrado, hasta que se encontró frente á una abertura en forma de ventana abierta en la tapia y que había permanecido invisible á sus miradas. Y se deslizó por aquella abertura, y tras de mil trabajos se encontró fuera del recinto del jardín aquella vez.

Y fué á parar á un segundo jardín que perfumaba el cerebro con su buen olor. Y se le apareció un palacio al final de las avenidas de aquel jardín. Y en una ventana de aquel palacio vió á una joven de encantadora cara con tiernos colores de tulipán, cuyas pupilas habrían dado envidia á la gacela de China. Sus cabellos, color de ámbar, habían retenido todos los rayos del sol, y su tez era de jazmín persa. Y la joven mantenía erguida la cabeza, y sonreía en dirección á Diamante.

Cuando Diamante el gamo estuvo muy próximo á su ventana, ella se levantó á toda prisa y bajó al jardín. Y arrancó algunos puñados de hierba, y como para atraerle é impedirle que huyera al acercársele, le tendió la hierba desde lejos muy cariñosamente, chasqueando la lengua. Y Diamante el

gamo, que no esperaba otra cosa que ver cómo salía de aquel segundo paso, se acercó á la joven, acudiendo como los animales hambrientos. Y al punto la joven, que se llamaba Gamila, y que era hermana de padre de Latifa, pero no de la misma madre, cogió el cordón de seda que llevaba al cuello el príncipe gamo, y lo utilizó de ronzal para conducirle al interior de su palacio. Y se apresuró á ofrecerle frutas y refrescos exquisitos. Y bebió él hasta que estuvo harto.

Y hecho lo cual, inclinó la cabeza y la apoyó en el hombro de la joven, y se echó á llorar. Y Gamila, muy conmovida al ver que de tal suerte fluían lágrimas de los ojos de aquel gamo, le acarició delicadamente con su dulce mano. Y al sentir que le compadecían, el gamo humilló su cabeza á los pies de la joven, y lloró aún más. Y ella le dijo: «¡Oh gamo mío querido! ¿por qué lloras? ¡Te quiero más que á mí misma!» Pero él redobló en su llanto y lagrimeo, y restregó su cabeza contra los pies de la dulce y compasiva Gamila, que á la sazón comprendió, sin género de duda, que le suplicaba le devolviese su figura humana.

Entonces, aunque tenía mucho miedo á su hermana mayor, la maga Latifa, se levantó ella y cogió de un agujero del muro una cajita enriquecida con pedrerías. Y acto seguido hizo las abluciones rituales, se puso siete trajes de lino recién planchados y tomó de la cajita un poco del electuario que contenía...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 910.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y acto seguido hizo las abluciones rituales, se puso siete trajes de lino recién planchados y tomó de la cajita un poco del electuario que contenía. Y dió de comer al gamo aquel electuario. Y en el mismo momento le tiró con fuerza del cordón mágico que le rodeaba el cuello. Y al punto el gamo dió una sacudida, y abandonando su forma de animal, recobró su apariencia de hijo de Adán.

Luego fué á besar la tierra entre las manos de la joven Gamila, y en acción de gracias, le dijo: «He aquí ¡oh princesa! que me has salvado de las garras de la desdicha y me has devuelto mi vida de ser humano. ¿Cómo podría, pues, mi lengua darte gracias con arreglo á tus méritos, cuando todos los pelos de mi cuerpo celebran con alabanzas tu benevolencia y tu generosidad, ¡oh bienhechora!?» Pero Gamila se apresuró á ayudarle á incorporarse, y después de ponerle vestiduras reales, le dijo: «¡Oh joven príncipe, cuya blancura se manifiesta á través de tus vestidos y cuya belleza ilumina nuestra morada y este jardín! ¿Quién eres y cuál es tu nom-

bre? ¿Qué motivo nos hace el honor de tu venida y cómo has sido preso en las redes de mi hermana Latifa?»

Entonces el príncipe Diamante contó á su libertadora toda su historia. Y cuando hubo acabado de hablar él, le dijo ella: «¡Oh Diamante! Renuncia, por favor, á la idea peligrosa y sin fruto que te asalta, y no expongas á los poderes desconocidos tu juventud encantadora y tu vida que tan preciosa es. Porque está fuera de toda sabiduría el exponerse á perecer sin motivo. Mejor será que te quedes aquí y llenes la copa de tu vida con el vino de la voluptuosidad. ¡Porque aquí me tienes dispuesta á servirte conforme á tu deseo, y á poner tu bienestar por encima del mío, obedeciéndote como un niño á la voz de su madre!» Y Diamante contestó: «¡Oh princesa! El agradecimiento que hacia ti siento pesa tanto sobre las alas de mi alma, que sin tardanza debería hacer con mi piel sandalias y calzarlas en tus pequeños pies. Porque me has revestido con la vestidura de la forma humana, sacándome de mi piel de gamo y librándome de los artificios de la hechicería de tu hermana. Pero, hoy por hoy, si tu generosidad quiere llegar hasta mí, te suplico que me concedas sin tardanza licencia por algunos días, á fin de que consiga yo realizar mi deseo. Y cuando, merced á la seguridad que espero de Alah el Altísimo, regrese de la ciudad de Wakak, únicamente me ocuparé de darte gusto y de volver á ver tus pies mágicos. Y con ello no haré mas que cum-

plir los deberes de un corazón que sabe el agradecimiento.»

Cuando la joven vió que Diamante, á pesar de que ella seguía insistiendo para ablandarle, no accedía á lo que le proponía ella, y permanecía apegado á su idea desesperante, no pudo por menos de permitirle partir. Así es que, lanzando quejas, suspiros y gemidos, le dijo: «¡Oh ojos míos! ¡ya que nadie puede rehuir el destino que lleva atado al cuello, y puesto que tu destino es abandonarme á raíz de nuestro encuentro, quiero darte, para ayudarte en tu empresa, asegurar tu regreso y resguardar tu alma cara, tres cosas que me tocaron en herencia!» Y cogió un cajón que había en otro agujero del muro, lo abrió y sacó de él un arco de oro con sus flechas, una espada de acero chino y un puñal con el puño de jade, y se los entregó á Diamante, diciéndole: «Este arco y sus flechas han pertenecido al profeta Saleh (¡con él la plegaria y la paz!). Esta espada, que es conocida bajo el nombre de Escorpión de Soleimán, es tan excelente, que si se golpeara con ella una montaña la partiría como jabón. Y por último, este puñal, fabricado en otro tiempo por el sabio Tammuz, es inapreciable para quien lo posea, porque preserva de todo ataque la virtud oculta en su hoja.» Luego añadió: «Sin embargo, ¡oh Diamante! no podrás llegar á la ciudad de Wakak, que está separada de nosotros por siete océanos, como no te ayude mi tío Al-Simurg. Por eso acerco mis labios á tu oído para que escuches bien

las instrucciones que van á salir de ellos en tu honor.» Y se calló un momento, y dijo: «Has de saber, en efecto, ¡oh amigo mío Diamante! que á una jornada de marcha de aquí hay una fuente; y muy cerca de esa fuente se encuentra el palacio de un rey negro llamado Tak-Tak. Y ese palacio de Tak-Tak está guardado por cuarenta etíopes sanguinarios, cada uno de los cuales manda un ejército de cinco mil negros feroces. Pero el tal rey Tak-Tak será benévolo contigo á causa de los objetos de que te hago entrega, é incluso se portará contigo muy amistosamente, aunque de ordinario acostumbra á mandar asar á los transeuntes del camino y á comerse los sin pan ni condimentos. Y permanecerás dos días en su compañía. Tras de lo cual hará que te acompañen al palacio de mi tío Al-Simurg, gracias al cual acaso puedas llegar á la ciudad de Wakak y resolver el problema de la clase de relaciones que hay entre Piña y Ciprés.» Y como conclusión, dijo: «¡Sobre todo, ¡oh Diamante! guárdate bien de desviarte ni en un pelo siquiera de lo que te digo!» Luego le besó, llorando, y le dijo: «Y ahora que á causa de tu ausencia mi vida se convierte en desdicha para mi corazón, hasta tu regreso no sonreiré más, no hablaré más y abriré sin cesar á mi espíritu la puerta de la tristeza. De mi corazón se elevarán suspiros constantemente, y ya no tendré noticias de mi cuerpo. Porque, sin fuerza y sin sostén interior, mi cuerpo no será en lo sucesivo mas que el espejo de mi alma.» Luego se puso á recitar estas estrofas:

¡No rechaces mi corazón lejos de esos ojos de quienes está enamorado el narciso!

¡Oh abstemio! ¡no se deben desoir las quejas de los beodos, sino conducirlos de nuevo á la taberna!

¡Mi corazón no podrá librarse del ejército de tu bozo; y como una rosa rota, la abertura de mi traje no podrá zurcirse!

¡Oh tiránica belleza! ¡oh hermoso, moreno y encantador! ¡mi corazón yace á tus pies de jazmín!

¡Mi corazón de muchacha sencilla, en la tierna edad de la adolescencia, yace á los pies del raptor de corazones!

Después la joven dijo adiós á Diamante, invocando sobre él las bendiciones y deseándole la seguridad. Y se apresuró á entrar de nuevo en el palacio para ocultar las lágrimas que le cubrían el rostro.

En cuanto á Diamante, se marchó, montado en su caballo hermoso como un hijo de los genn, y prosiguió su camino, etapa tras etapa, preguntando por la ciudad de Wakak. Y cabalgando de este modo, acabó por llegar sin contratiempo á una fuente. Aquélla era precisamente la fuente de que le había hablado la joven. Y allí era donde se alzaba el castillo fortificado del rey de los negros, el terrible Tak-Tak. Y Diamante vió que, en efecto, las cercanías de aquel castillo estaban guardadas por etíopes de diez codos de altos, con caras espantosas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 911.^a NOCHE*

Ella dijo:

...el castillo fortificado del rey de los negros, el terrible Tak-Tak. Y Diamante vió que, en efecto, las cercanías de aquel castillo estaban guardadas por etíopes de diez codos de altos, con caras espantosas. Y sin dejar que el temor invadiera su pecho, ató su caballo á un árbol que había junto á la fuente, y se sentó á la sombra para descansar. Y oyó que los negros decían entre sí: «Vaya, por fin, después de tanto tiempo, viene un ser humano á abastecernos de carne fresca. Apoderémonos de esa presa, á fin de que nuestro rey Tak-Tak se endulce con ella la boca y el paladar.» Y acto seguido, diez ó doce etíopes de los más feroces avanzaron hacia Diamante para apoderarse de él y presentárselo en el asador á su rey.

Cuando Diamante vió que su vida estaba realmente en peligro, sacó de su cinto la espada salomónica, y abalanzándose sobre sus agresores, expidió á gran número de ellos por la llanura de la muerte. Y cuando aquellos hijos del infierno llegaron á su destino, se enteró por correo de la noticia

el rey Tak-Tak, quien, montando en roja cólera, envió al punto, para que se apoderase del audaz, al jefe de sus negros, el embetunado Mak-Mak. Y el tal Mak-Mak, que era una calamidad reconocida, se puso á la cabeza del ejército de embetunados, cayendo como la irrupción de un enjambre de abejorros. Y de sus ojos salía la muerte negra, buscando víctimas.

Al ver aquello, el príncipe Diamante se irguió sobre ambos pies, y le esperó, firme de piernas. Y silbando como una víbora cornuda y mugiendo con sus anchas narices, el calamitoso Mak-Mak fué derecho á Diamante, blandiendo su maza destructora de cabezas, y la hizo voltear de tal manera que retembló el aire. Pero, en aquel mismo momento, el bienamado Diamante alargó su brazo armado con el puñal de Tammuz, y rápido como el relámpago, clavó la hoja en el costado del gigante etiope, é hizo beber de un trago la muerte á aquel hijo de mil cornudos. Y al punto se acercó el ángel de la muerte á aquel maldito, llevándole su última hora.

En cuanto á los negros del séquito de Mak-Mak, cuando vieron á su jefe caer al suelo más ancho que largo, echaron á correr y volaron como los pajarillos ante el Padre de pico gordo. Y Diamante les persiguió, y mató á los que mató.

Cuando el rey Tak-Tak se enteró de la derrota de Mak-Mak, la cólera invadió sus narices tan violentamente, que ya no pudo él distinguir su mano derecha de su mano izquierda. Y su estupidez le

incitó á ir á atacar por sí mismo al jinete de los precipicios y barrancos, corona de los jinetes, á Diamante. Pero, á la vista del héroe rugiente, el hijo negro de la impúdica de nariz gorda sintió aflojarse los músculos, revolverse el saco de su estómago y pasar sobre su cabeza el viento de la muerte. Y Diamante, tomándole de blanco y disparando sobre él una de las flechas del profeta Saleh (¡con él la plegaria y la paz!), le hizo tragar el polvo de sus talones, y de una vez envió á un alma á habitar los lugares fúnebres donde se ha aposentado la Alimentadora de buitres.

Tras de lo cual Diamante hizo papilla á los negros que rodeaban á su rey muerto, y abrió un camino recto á su caballo por entre sus cuerpos sin alma. Y de tal suerte llegó vencedor á la puerta del palacio en que había reinado Tak-Tak. Y llamó en la puerta como un amo que llamara en su propia morada. Y la que salió á abrirle era una reina á quien había quitado su trono y su herencia aquel Tak-Tak de mal agüero. Y era una joven semejante á la gacela asustada, y cuya faz era tan picante, que derramaba sal sobre la herida del corazón de los amantes. Y si no había ido más allá para salir al encuentro de Diamante, en verdad que era porque la pesadez de las caderas que colgaban de su talle frágil se lo habían impedido, y porque su trasero, adornado de diversos hoyuelos, era tan notable y bendito, que no podía ella moverle á su antojo, pues le temblaba por propio impulso, como la

leche cuajada en la escudilla del beduino y como la salsa de membrillo en medio de la bandeja perfumada con benjuí.

Y recibió á Diamante con efusiones propias de una cautiva para con su libertador. Y quiso hacerle sentarse en el trono del rey difunto; pero Diamante se negó, y cogiéndole la mano, la invitó á subir por sí misma al trono que Tak-Tak arrebató á su padre. Y no le pidió nada á cambio de tantos beneficios. Entonces, subyugada por su generosidad, ella le dijo: «¡Oh hermoso! ¿á qué religión perteneces para hacer así el bien sin esperanza de recompensa?» Y Diamante contestó: «¡Oh princesa! ¡mi fe es la fe del Islam, y su creencia es mi creencia!» Y ella le preguntó: «¿Y en qué consisten ¡oh mi señor! esa fe y esa creencia?» Él contestó: «Consisten sencillamente en atestiguar la Unidad con la profesión de fe que nos ha sido revelada por nuestro Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!).» Y ella preguntó: «¿Y puedes hacerme la merced de revelarme á tu vez esa profesión de fe que torna tan perfectos á los hombres?» Él dijo: «Consiste en estas únicas palabras: «¡No hay más dios que Alah, y Mahomed es el enviado de Alah!» Y quienquiera que la pronuncie con convicción, en aquella hora y en aquel instante queda ennoblecido con el Islam. ¡Y aunque sea el último de los descreídos, al punto se torna en igual del más noble de los musulmanes!» Y cuando hubo oído estas palabras, la princesa Aziza sintió que su corazón se conmovía con

la verdadera fe; y levantó la mano espontáneamente, y llevando el índice á la altura de sus ojos, pronunció la *schéhada*, y al punto se ennoblecíó con el Islam...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 912.^a NOCHE

Ella dijo:

...levantó la mano espontáneamente, y llevando el índice á la altura de sus ojos, pronunció la *schéhada*, y al punto se ennoblecíó con el Islam.

Tras de lo cual dijo á Diamante: «¡Oh mi señor! Ahora que me has hecho reina y que me veo iluminada en la vía de la rectitud, heme aquí entre tus manos, dispuesta á servirte con mis ojos y á ser una esclava entre las esclavas de tu harén. ¿Quieres, pues, haciéndome favor con ello, aceptar por esposa á la reina de este país y vivir con ella en donde te plazca, llevándola de séquito en la aureola de tu belleza?» Y Diamante contestó: «¡Oh mi señora! Tan querida eres para mí como mi propia vida; pero en este momento me requiere un asunto muy importante, por el cual abandoné padre, morada, reino y país. Y hasta puede que mi padre, el rey Schams-

Schah, á la hora de ahora me llore como muerto, ó peor todavía. Y no obstante, es preciso que yo vaya adonde me espera mi destino, á la ciudad de Wakak. Y á mi vuelta, ¡inschalah! me casaré contigo, y te llevaré á mi país, y me refocilaré con tu belleza. Pero, por el momento, deseo saber de ti, si lo sabes, dónde se halla Al-Simurg, tío de la princesa Latifa. Porque sólo ese Al-Simurg podrá guiarme á la ciudad de Wakak. Pero ignoro su morada, y no sé siquiera quién es, ni si es un genio ó un ser humano. Así, pues, si tienes algunas referencias del tío de Gamila, el precioso Al-Simurg, date prisa á participármelas, á fin de que vaya yo en busca suya. Y eso es cuanto te pido por el momento, ya que desees serme agradable.»

Cuando la reina Aziza enteróse del proyecto de Diamante, se apenó en el corazón y se afligió en extremo. Pero al ver que ni sus lágrimas ni sus suspiros podían disuadir de su resolución al joven príncipe, se levantó de su trono, y cogiéndole de la mano, le condujo en silencio por las galerías del palacio y salió con él al jardín.

Y era un jardín semejante á aquel de quien Rizwán es el guardián alado. Un seto de rosas formaba las avenidas, y el céfiro, que pasaba por encima de aquellas rosas y parecía aventar almizcle, perfumaba el olfato y embalsamaba el cerebro. Allí entreabriase el tulipán, embriagado con su propia sangre, y el ciprés se agitaba con todos sus susurros para alabar á su manera el canto cadencioso del

ruiseñor. Allí corrían los arroyos como niños risueños, al pie de las rosas, que hacían rimar con ellos sus capullos.

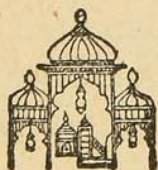
Y arrastrando tras ella sus pesados esplendores, á despecho de su talle frágil, que sucumbía bajo tan considerable carga, la princesa Aziza llegó de tal modo con Diamante al pie de un árbol corpulento, cuya generosa sombra protegía en aquel momento el sueño de un gigante. Y aproximó sus labios al oído de Diamante, y le dijo en voz baja: «Ese que ves ahí acostado es precisamente el que buscas, el tío de Gamila, Al-Simurg el Volador. Si, cuando salga él de su sueño, quiere tu suerte que abra el ojo derecho antes que el ojo izquierdo, es que le satisfice verte, y comprendiendo por tus armas que te envía la hija de su hermano, hará por ti lo que le pidas. Pero si, por tu mala suerte y tu irremediable destino, es su ojo izquierdo el que primero se abra á la luz, estás perdido sin remedio; porque se apoderará de ti, á pesar de tu valentía, y alzándote del suelo con la fuerza de su brazo, te tendrá suspendido como al pajarillo en las garras del halcón, ¡y te estrellará contra el suelo, pulverizando tus huesos encantadores ¡oh querido mío! y haciendo entrar en su anchura la longitud de tu cuerpo deseable!» Luego añadió: «¡Y ahora, que Alah te guarde y te conserve y acelere tu regreso al lado de una enamorada á quien ya asaltan los sollozos por tu ausencia!»

Y le dejó para alejarse á toda prisa con los ojos

llenos de lágrimas y las mejillas semejantes á flores de granado.

Y Diamante esperó, durante una hora de tiempo, á que el gigante Al-Simurg el Volador saliese de su ensueño. Y pensaba para su ánima: «¿Por qué se llamará el Volador este gigante? ¿Y cómo, siendo tan gigantesco, puede elevarse sin alas por el aire y moverse de otra manera que un elefante?» Luego, perdiendo la paciencia al ver que Al-Simurg continuaba roncando debajo del árbol con un ruido semejante precisamente al que produciría un rebaño de elefantes pequeños, se inclinó y le hizo cosquillas en la planta de los pies. Y con aquel contacto, el gigante se convulsionó de pronto y batió el aire con sus piernas, lanzando un cuesco espantoso. Y en el mismo momento abrió ambos ojos á la vez...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 913.^a NOCHE*

Ella dijo:

...se convulsionó de pronto y batió el aire con sus piernas, lanzando un cuesco espantoso. Y en el mismo momento abrió ambos ojos á la vez. Y vió

al joven príncipe y comprendió que era el autor de la trastada hecha en su pie cosquilleado. Así es que, alzando la pierna, le soltó en pleno rostro una pedrera que duró una hora de tiempo y que envenenaría á todos los seres animados en cuatro parasangas á la redonda. Y sólo gracias á la virtud que tenían las armas de que era portador, pudo Diamante escapar de aquel soplo infernal.

Y cuando el gigante Al-Simurg hubo agotado su provisión, se sentó sobre su trasero, y mirando al joven con estupefacción, le dijo: «¡Cómo! ¿Es que no te has muerto del efecto que produce mi trasero, ¡oh ser humano!?» Y así diciendo, le miró atentamente, y vió las armas de que era portador el joven. Entonces se irguió sobre ambos pies y se inclinó ante Diamante, y le dijo: «¡Oh mi señor! ¡dispensa mi comportamiento! Pero si hubieras hecho que algún esclavo me avisara de tu llegada, habría yo cubierto con mis propios pelos el suelo que tenías que pisar. Espero, pues, que no me guardarás rencor en tu corazón por lo que de mi parte ha sido involuntario y sin intención maligna. Así, pues, haz el favor de decirme qué asunto tan importante es el que te ha impulsado á venir hasta este lugar, adonde no pueden llegar ni seres humanos ni animales. Apresúrate ya á explicármelo, á fin de que yo obre en favor tuyo, si es posible, y lleve á buen término tu empresa.»

Y tras de manifestar á Al-Simurg su simpatía, Diamante le contó toda su historia, sin omitir un

detalle. Luego le dijo: «Y he venido hasta ti, ¡oh Padre de los Voladores! sólo para obtener tu ayuda y llegar hasta la ciudad de Wakak surcando los océanos infranqueables.»

Cuando Al-Simurg hubo oído el relato de Diamante, se llevó la mano al corazón, á los labios y á la frente, y contestó: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos!» Luego añadió: «Vamos á partir sin tardanza para la ciudad de Wakak; pero antes he de preparar mis provisiones de boca. Para lo cual, voy á cazar asnos salvajes de los que pueblan la selva, y me apoderaré de alguno para hacer *kababs* con su carne y odres con su pellejo. Y cuando ambos estemos provistos de cosas tan necesarias, tú te montarás á caballo en mis hombros, y echaré á volar contigo. Y así te pasaré por los siete océanos. Y cuando yo esté debilitado por la fatiga, me darás *kababs* y agua, hasta que lleguemos á la ciudad de Wakak.»

Y de acuerdo con su discurso, al punto púsose á cazar, y cogió siete asnos salvajes, uno para la travesía de cada océano, é hizo los *kababs* y los odres consabidos. Luego volvió al lado de Diamante y le hizo montar en sus hombros tras de llenar con los *kababs* de los asnos salvajes unas alforjas que se había pasado al cuello, y tras de cargarse los siete odres llenos de agua de manantial.

Cuando Diamante se vió montado de tal modo á hombros del gigante Al-Simurg, dijo para sí: «¡Este gigante, que es mayor que un elefante, pretende

volar conmigo sin alas por los aires! ¡Por Alah, que es cosa prodigiosa y de la que no oí hablar nunca!» Y mientras reflexionaba de este modo, oyó de pronto un ruido como el que produce el viento al pasar por el intersticio de una puerta, y vió que el vientre del gigante se inflaba á ojos vistas y alcanzaba en seguida las dimensiones de una cúpula. Y aquel ruido de viento á la sazón se hizo semejante al de un fuelle de herrero, á medida que se inflaba el vientre del gigante. Y de pronto Al-Simurg golpeó el suelo con el pie, y en un instante se remontó con su carga por encima del jardín. Luego continuó subiendo por el cielo, haciendo maniobrar sus piernas como un sapo en el agua. Y llegado que fué á una altura conveniente, tomó en línea recta hacia Occidente. Y cuando, á pesar suyo, sentía que no iba bien y estaba á más altura de la que deseaba, soltaba uno ó dos ó tres ó cuatro cuescos de fuerza y duración variadas. Y cuando, por el contrario, á consecuencia de esta pérdida, se le desinflaba el vientre, aspiraba aire por todas sus aberturas superiores, ó sea boca, nariz y oídos. Y al punto se remontaba por el cielo cerúleo, y seguía en línea recta con la rapidez del ave.

Y viajaron de tal suerte como pájaros, cerniéndose por encima de las aguas, y franqueando uno tras otro los océanos. Y cada vez que surcaban uno de los siete mares, bajaban á descansar un momento en tierra firme para comer *kababs* de asno salvaje y beber agua de los odres. Al propio tiempo, el gi-

gante renovaba su provisión de fuerzas volátiles, acostándose unas horas para reponerse de las fatigas del viaje...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 914.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Al propio tiempo, el gigante renovaba su provisión de fuerzas volátiles, acostándose unas horas para reponerse de las fatigas del viaje. Y al cabo de siete días de travesía aérea, llegaron una mañana encima de una ciudad toda blanca que dormía en medio de sus jardines. Y el Volador dijo á Diamante: «En lo sucesivo serás un hijo para mí, y no me arrepiento de las fatigas que he soportado para traerte hasta aquí. Ahora voy á dejarte en la terraza más alta de esta ciudad, que es precisamente la ciudad de Wakak, y en la que sin duda hallarás la solución del problema que buscas y dice así: «¿Qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés?» Sí, ésta es la ciudad del negro sombrío que se encuentra debajo del lecho de marfil de la princesa Mohra. Y aquí es donde podrás saber por qué ese negro es el padre de todo este asunto tan compli-

cado.» Y tras de hablar así, descendió, desinflándose poco á poco, y depositó dulcemente y sin sacudidas al principe Diamante en la terraza consagrada. Y al despedirse de él, le entregó un mechón de pelos de su barba, diciéndole: «Guarda cuidadosamente estos pelos de mi barba y no te separes de ellos nunca. Y cuando estés apurado y tengas necesidad de mí para que te saque del apuro ó para que te lleve al sitio donde te encontré, no tendrás mas que quemar uno de estos pelos, y me verás sin tardanza ante ti.» Y acto seguido volvió á inflarse y se remontó por los aires, bogando con soltura y rapidez en pos de su morada.

Y Diamante, sentado en aquella terraza, se puso á reflexionar en lo que tenía que hacer. Y se preguntaba cómo se arreglaría para bajar de aquella terraza sin ser notado por las gentes que habitaban la casa, cuando vió salir de la escalera y avanzar hacia él un joven de una belleza sin par, y que era precisamente el dueño de aquella morada. Y el joven le abordó con la zalema, sonriéndole, y le deseó la bienvenida, diciendo: «¡Qué mañana tan luminosa la que trae para mí tu llegada á mi terraza, ¡oh el más hermoso de los humanos! ¿Eres un ángel, un genni ó un ser humano?» Y Diamante contestó: «¡Oh caro jovenzuelo! Soy un ser humano encantado de inaugurar este día con tu contemplación deliciosa. Y me hallo aquí porque me ha conducido mi destino. Y esto es cuanto puedo decirte acerca de mi presencia en tu morada bendita.» Y tras de ha-

blar así, estrechó al jovenzuelo contra su pecho. Y se juraron ambos amistad. Y bajaron juntos á la sala de los amigos, y comieron y bebieron en compañía. ¡Loores al que une á dos seres hermosos y allana en su camino las dificultades y simplifica las complicaciones!

Cuando estuvo consolidada la amistad entre Diamante y el jovenzuelo, que se llamaba Farah, y era precisamente el favorito del sultán de la ciudad de Wakak, Diamante le dijo: «¡Oh amigo mío Farah! Ya que eres tan querido del sultán y compañero íntimo suyo, en vista de lo cual no podrá permanecer oculto para ti ningún asunto de este reino, ¿puedes hacerme, en nombre de la amistad, un servicio que no te ocasionará ningún gasto?» Y contestó el joven Farah: «Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh amigo mío Diamante! Habla, y si es preciso que venda mi piel para hacerte sandalias con ella, me someteré con alegría y contento.» Y entonces le dijo Diamante: «¿Puedes decirme sencillamente qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés? ¿Y puedes explicarme también por qué el negro sombrío está echado debajo del lecho de marfil de la princesa Mohra, hija del rey Qamús, hijo de Tammuz, señor de las comarcas de Sinn y de Masinn?»

Al oír esta pregunta de Diamante, al joven Farah se le demudó mucho el semblante y se le puso muy amarilla la tez y turbada la mirada. Y empezó á temblar como si estuviese delante del ángel Asrail.

Y al verle en aquel estado, Diamante le prodigó las más dulces palabras para calmar su alma y lavarla del susto. Y el joven Farah acabó por decirle: «¡Oh Diamante! Sabe que el rey ha ordenado se haga morir á todo habitante ó á todo viajero que pronuncie el nombre de Ciprés ó de Piña. Porque Ciprés es precisamente el nombre de nuestro rey, y Piña es el de nuestra reina. Y he aquí todo lo que sé acerca de tan temible cuestión. En cuanto á la clase de relaciones que haya entre el rey Ciprés y la reina Piña, las ignoro, de la propia manera que mi lengua no puede decir nada respecto á lo que tenga que ver en tan peligroso asunto el negro consabido. Todo lo que puedo decirte para darte gusto ¡oh Diamante! es que nadie mas que el propio rey Ciprés conoce este secreto oculto. Y me ofrezco á conducirte á palacio y á ponerte en presencia del rey. Y no dejarás de entrar en su gracia, y acaso puedas desanudar directamente entonces tan difícil nudo.»

Y Diamante dió las gracias á su amigo por aquella intervención, y convino con él respecto al día en que harían aquella visita al rey Ciprés. Y cuando llegó el momento esperado, fueron juntos á palacio; é iban cogidos de la mano, y parecían dos ángeles. Y el rey Ciprés se dilató y se holgó al ver entrar á Diamante. Y después de admirarle una hora de tiempo, le ordenó que se acercara. Y Diamante avanzó entre las manos del rey, y tras de los homenajes y deseos, le ofreció como presente una

perla roja que llevaba colgada de un rosario de ámbar amarillo, tan preciosa, que no se hubiera podido pagar su valor con todo el reino de Wakak, y los reyes más poderosos no hubieran podido procurarse otra igual. Y Ciprés quedó muy contento, y aceptó el regalo, diciendo: «Lo admito de corazón.» Luego añadió: «¡Oh jovenzuelo circundado de gracia! En justa correspondencia, puedes pedirme cualquier favor, que de antemano te está concedido.» Y no bien oyó estas palabras que esperaba, contestó Diamante: «¡Oh rey del tiempo! ¡Alah me libre de pedir otro favor que el de ser tu esclavo! ¡Sin embargo, si quieres permitírmelo y consientes en dejar á salvo mi vida, te diré lo que llevo en el corazón!» Y añadió...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 909.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...te diré lo que llevo en el corazón!» Y añadió: «¡Oh mi señor! Bien dichosos son los sordos y los ciegos, por no estar expuestos á las calamidades, las cuales no entran por los ojos y por los oídos. ¡Porque en mi caso fueron mis oídos los que atra-

jeron sobre mí la mala suerte! Porque ¡oh asilo del mundo! desde el día nefasto en que oí mencionar delante de mí lo que voy á contarte, ya no he tenido reposo ni sueño.» Y le contó toda su historia con los menores detalles. Pero no hay utilidad en repetirla. Luego añadió: «Y ahora que el Destino me ha gratificado con la vista de tu presencia luminosa, ¡oh rey del tiempo! y que quieres concederme, como favor insigne, la merced que me permites solicitarte, te pediré sencillamente que me digas exactamente qué clase de relaciones hay entre nuestro señor el rey Ciprés y nuestra señora la reina Piña, y que me digas también qué tiene que ver en el asunto el negro sombrío que á la hora de ahora está tendido debajo del lecho de marfil de la princesa Mohra, hija del rey Qamús, hijo de Tammuz, soberano de las comarcas de Sinn y de Masinn.»

Así habló Diamante al rey Ciprés, señor de la ciudad de Wakak. Y á medida que hablaba Diamante, el rey Ciprés cambiaba sensiblemente de color y de intenciones. Y cuando Diamante acabó su discurso, Ciprés se había puesto como una llama y en sus ojos ardía un incendio. Y en su pecho le roncaba el hervidero interior, de todo punto semejante al furor de la caldera en el brasero. Y permaneció un momento sin poder emitir sonidos. Y de improviso estalló, diciendo: «Mal hayas, ¡oh extranjero! ¡Por vida de mi cabeza, que si no fueras sagrado para mí después del juramento que hice de dejar á salvo tu vida, en este mismo instante te se-

pararía del cuerpo la cabeza!» Y Diamante dijo: «¡Oh rey del tiempo! ¡Perdona á tu esclavo su indiscreción! Pero la he cometido porque me lo permitiste. Y ahora, por mucho que digas, no puedes por menos de ceder á mi demanda, después de tu promesa. Porque me has ordenado que formule un deseo entre tus manos, y lo único que me interesa es precisamente la cosa que sabes.»

Y el rey Ciprés, al oír este discurso de Diamante, llegó al límite de la perplejidad y de la desesperación. Y tan pronto se inclinaba su alma á desear la muerte de Diamante como á mantener sus propios compromisos. Pero el primer deseo era mucho más violento. Sin embargo, consiguió dominarle temporalmente, y dijo á Diamante: «¡Oh hijo del rey Schams-Schah! ¿Por qué quieres obligarme á echar inútilmente por el aire tu vida? ¿No te valdrá más que renuncies á la idea peligrosa que te preocupa, y que me pidas otra cosa en cambio, aunque sea la mitad de mi reino?» Pero Diamante insistió, diciendo: «Mi alma no anhela nada más, ¡oh rey Ciprés!» Entonces le dijo el rey: «No hay inconveniente en complacerte. ¡No obstante, ten presente que, cuando te haya revelado lo que quieres saber, haré que sin remisión te corten la cabeza!» Y Diamante dijo: «Por encima de mi cabeza y de mis ojos, ¡oh rey del tiempo! ¡Cuando me haya enterado de la solución que anhelo, ó sea de la clase de relaciones que hay entre nuestro señor el rey Ciprés y nuestra señora la reina Piña, y qué tiene que ver

el negro con la princesa Mohra, haré mis abluciones y moriré con la cabeza cortada!»

Entonces el rey Ciprés se mostró muy pesaroso, no solamente porque se veía obligado á revelar un secreto que estimaba más que su alma, sino á causa de la muerte segura de Diamante. Permaneció, pues, con la cabeza baja y la nariz alargada durante una hora de tiempo. Tras de lo cual hizo evacuar la sala del trono por los guardias, á los cuales dió, por señas, algunas órdenes. Y salieron los guardias, y volvieron al cabo de un momento, llevando atado con una correa de cuero rojo enriquecida de pedrerías á un hermoso perro lebel de la especie de los lebreles de color castaño claro. Y luego extendieron ceremoniosamente un gran tapiz de brocado de forma cuadrada. Y el lebel fué á sentarse en una esquina del tapiz. Tras de lo cual entraron en la sala algunas esclavas, en medio de las cuales iba una maravillosa joven de cuerpo delicado, con las manos atadas á la espalda, bajo la mirada vigilante de doce etíopes sanguinarios. Y las esclavas hicieron sentarse á aquella joven en la esquina opuesta del tapiz, y pusieron delante de ella una bandeja con la cabeza de un negro. Y aquella cabeza estaba conservada en sal y hierbas aromáticas y parecía recién cortada. Después el rey hizo una nueva seña. Y al punto entró el cocinero mayor de palacio, seguido de portadores de toda clase de manjares agradables á la vista y al gusto; y colocó todos aquellos manjares en un mantel delante

del perro lebrel. Y cuando el animal comió y se sació, colocaron las sobras en un plato sucio, de mala calidad, delante de la hermosa joven que tenía atadas las manos. Y ella se puso primero á llorar y luego á sonreir, y las lágrimas que caían de sus ojos se convertían en perlas, y las sonrisas de sus labios en rosas. Y los etíopes recogieron delicadamente las perlas y las rosas y se las dieron al rey.

Tras de lo cual el rey Ciprés dijo á Diamante: «¡Ha llegado el momento de tu muerte con el alfanje ó con la cuerda!» Pero Diamante dijo: «Sí, ciertamente, ¡oh rey! pero no antes de que expliques lo que acabo de ver. ¡Cuando lo hagas, moriré!»

Entonces el rey Ciprés recogió la orla de su manto real sobre su pie izquierdo, y apoyando la barba en la palma de su mano derecha, habló así:

«Has de saber, pues, ¡oh hijo del rey Schams-Schah! que la joven que estás viendo con las manos atadas á la espalda, y cuyas lágrimas y sonrisas son perlas y rosas, se llama Piña. Es mi esposa. Y yo, el rey Ciprés, soy señor de este país y de esta ciudad, que es la ciudad de Wakak...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 916.^a NOCHE*

Ella dijo:

«...Has de saber, pues, ¡oh hijo del rey Schams-Schah! que la joven que estás viendo con las manos atadas á la espalda, y cuyas lágrimas y sonrisas son perlas y rosas, se llama Piña. Es mi esposa. Y yo, el rey Ciprés, soy señor de este país y de esta ciudad, que es la ciudad de Wakak.

»Un día entre los días de Alah, salí de mi ciudad para cazar, cuando he aquí que en la llanura me asaltó una sed ardiente. Y como una persona perdida en el desierto, iba yo de un lado á otro en busca de agua. Y tras de muchas penalidades y mucha ansiedad, acabé por descubrir una tenebrosa cisterna abierta por los pueblos antiguos. Y di gracias al Altísimo por aquel descubrimiento, aunque ya no tenía fuerzas ni para moverme. Sin embargo, cuando invoqué el nombre de Alah, conseguí tocar los bordes de aquella cisterna, á la que era difícil acercarse á causa de los desprendimientos de tierra y de las ruinas que la circundaban. Luego, sirviéndome de mi gorro como de un cubo, y de mi turbante añadido á mi cinturón como de una cuerda, lo solté todo en la cisterna. Y ya se me refrescaba el corazón sólo con oír el ruido del agua contra mi

gorro. Pero ¡ay! cuando quise tirar de la cuerda improvisada no pude sacar nada. Porque mi gorro se había vuelto tan pesado como si contuviese todas las calamidades. Y me costó un trabajo infinito tratar de moverlo, sin conseguirlo. Y en el límite de la desesperación, y sin poder soportar la sed que me abrasaba, exclamé: «¡No hay recurso ni fuerza más que en Alah! ¡Oh seres que habéis establecido vuestra residencia en esta cisterna! Seáis genn ó seres humanos, tened compasión de un pobre de Alah á quien hace agonizar la sed, y dejadme que saque el cubo. ¡Oh habitantes ilustres de este pozo! Me falta el aliento y se me detiene en la boca la respiración.»

»Y me puse á proclamar de tal suerte mi tormento y á gemir mucho, hasta que al fin llegó desde el pozo á mi oído una voz que dejó oír estas palabras: «Más vale la vida que la muerte. ¡Oh servidor de Alah! Si nos sacas de este pozo, te recompensaremos. Más vale la vida que la muerte.»

»Entonces, olvidando por un instante mi sed, hice acopio de las energías que me quedaban, y sacando fuerzas de flaqueza, por fin logré extraer del pozo mi cubo con su carga. Y vi, agarradas con los dedos á mi gorro, dos viejísimas mujeres ciegas, con la espalda curvada como un arco, y tan delgadas, que habrían pasado por el ojo de una aguja de ensalmar. Se les hundían los párpados en la cabeza, tenían sin dientes las mandíbulas, su cabeza oscilaba lamentablemente, temblaban sus

piernas, y tenían los cabellos tan blancos como algodón cardado. Y cuando, poseído de piedad y olvidando finalmente mi sed, les pregunté la causa de que habitaran en aquella antigua cisterna, ellas me dijeron: «¡Oh joven caritativo! En otro tiempo incurrimos en la cólera de nuestro señor, el rey de los genn de la Primera División, que nos privó de la vista é hizo que nos arrojaran en este pozo. Y henos aquí dispuestas, por gratitud, á hacer que obtengas cuanto puedas desear. Vamos á indicarte antes, empero, el modo de curarnos nuestra ceguera. Y una vez curadas, quedaremos obligadas por tus beneficios.» Y prosiguieron en estos términos: «A poca distancia de aquí, en tal paraje, hay un río á cuyas orillas suele ir á pastar una vaca de tal color. Ve á buscar boñiga fresca de esa vaca, úntanos los ojos con ella, y en el mismo instante recobramos la vista. Pero en el momento en que aparezca esa vaca tienes que ocultarte de ella; porque si te ve, no estercolará.»

»Entonces yo, teniendo presente este discurso, me dirigí al río consabido, que no había visto en mis correrías anteriores, y llegué al paraje indicado, acurrucándome allí detrás de unas cañas. Y no tardé en ver salir del río una vaca blanca como la plata. Y en cuanto estuvo al aire, estercoló abundantemente, poniéndose después á pacer hierba. Tras de lo cual volvió á entrar en el río y desapareció.

»En seguida me levanté de mi escondrijo y re-

cogí la boñiga de la vaca blanca, y regresé á la cisterna. Y apliqué aquella boñiga en los ojos de las viejas, y al punto se tornaron clarividentes y miraron á todos lados.

»Entonces me besaron las manos, y me dijeron: «¡Oh señor nuestro! ¿quieres riqueza, salud ó una partícula de belleza?» Y contesté sin vacilar: «¡Oh tías mías! Alah el Generoso me ha otorgado riqueza y salud. ¡En cuanto á la belleza, jamás se tiene entre las manos lo bastante para satisfacer al corazón! ¡Dadme esa partícula de que me habláis!» Y me dijeron: «¡Por encima de nuestra cabeza y de nuestros ojos, te daremos esa partícula de belleza! Es la propia hija de nuestro rey. Se asemeja á la risueña hoja del jardín, y ella misma es una rosa, cultivada ó salvaje. Son lánguidos sus ojos como los de una persona ebria, y uno de sus besos calma mil penas de las más negras. En cuanto á su belleza general, domina al sol, abrasa á la luna y hace desfallecer á los corazones todos. Y sus padres, que la quieren extremadamente, á cada instante la estrechan contra su pecho é inauguran todas sus jornadas admirando la hermosura de su hija. Tal como es, con todo lo que tiene oculto, te pertenecerá; y disfrutarás de ella; y viceversa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 917.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...sus padres, que la quieren extremadamente, á cada instante la estrechan contra su pecho é inauguran todas sus jornadas admirando la hermosura de su hija. Tal como es, con todo lo que tiene oculto, te pertenecerá; y disfrutarás de ella; y viceversa. Vamos, pues, á conducirte al lado suyo, y haréis ambos lo que tengáis que hacer. Pero ten cuidado de que no te vean sus padres, sobre todo cuando estéis enlazados; porque te arrojarían vivo al fuego. Sin embargo, el mal no sería irremediable, porque estaremos allí siempre para velar por ti y salvarte de la muerte. Y todo saldrá bien, porque iremos á buscarte en secreto, y te untaremos el cuerpo con aceite de la serpiente faraónica, de modo que, aunque estuvieras mil años en la hoguera ó en la horca, no experimentaría tu cuerpo el menor daño, y el fuego resultaría para ti un baño tan fresco cual los manantiales del jardín del Irem.»

»Y tras de prevenirme así de cuanto debía sucederme, y tranquilizándome de antemano por el resultado de la aventura, las dos viejas me transportaron, con una rapidez que me dejó atónito, al palacio consabido, que era el del rey de los genn

de la Primera División. Y creí verme de repente en el paraíso sublime. Y en la sala retirada donde me introdujeron, vi á la que me había deparado mi destino, una joven iluminada por su propia belleza, y acostada en su lecho, apoyando la cabeza en una almohada encantadora. Y en verdad que el resplandor de sus mejillas avergonzaba al mismo sol; y mirándola demasiado tiempo, se os lavarían las manos de la razón y de la vida. Y en seguida la flecha penetrante del deseo por unirme á ella entró profundamente en mi corazón. Y permanecí en su presencia con la boca abierta, en tanto que el niño que me tocó en herencia se conmovía considerablemente y pretendía nada menos que salir á tomar el aire.

»Al ver aquello, la joven lunar frunció las cejas, como si la moviese un sentimiento de pudor, á la vez que su mirada llena de malicia daba su consentimiento. Y me dijo con un tono que quería hacer iracundo: «¡Oh ser humano! ¿de dónde has venido y hasta dónde llega tu audacia? ¿Es que no temes lavarte de tu propia vida las manos?» Y comprendiendo los verdaderos sentimientos que la animaban con respecto á mí, contesté: «¡Oh mi deliciosa señora! ¿qué vida es preferible en este instante en que mi alma goza contemplándote? ¡Por Alah! Estás escrita en mi destino, y he venido aquí precisamente por obedecer á mi destino. Te suplico, pues, por los diamantes de tus ojos, que no perdamos en palabras sin objeto un tiempo que se podría emplear de manera útil.»

»Entonces la joven abandonó de pronto su postura displicente, y corrió á mí, cual movida de un deseo irresistible, y me tomó en sus brazos, y me estrechó contra ella con calor, y se puso muy pálida y cayó desvanecida en mis brazos. Y no tardó en moverse, jadeando y estremeciéndose, de modo y manera que, sin interrupción, entró el niño en su cuna, sin gritos ni sufrimientos, igual que el pez en el agua. Y mi espíritu conmovido, libre del inconveniente de los celos, ya sólo se preocupó del goce puro y sin trabas. Y nos pasamos todo el día y toda la noche sin hablar, ni comer, ni beber, haciendo contorsiones de piernas y de riñones y todo lo consiguiente respecto á movimientos de avance y retroceso. Y el cordero corneador no perdonó á aquella oveja batalladora, y sus sacudidas eran las de un verdadero padre de cuello gordo, y la confitura que le sirvió era una confitura de nervio gordo, y el padre de la blancura no fué inferior á la herramienta prodigiosa, y la carne dulce fué la ración del asaltante tuerto, y el mulo terco fué domado por el báculo del derviche, y el estornino mudo se acordó con el ruiseñor modulador, y el conejo sin orejas marchó á compás con el gallo sin voz, y el músculo caprichoso hizo moverse á la lengua silenciosa, y en una palabra, se arrebató lo que había que arrebatarse, y se redujo lo que había que reducir; y no cesamos en nuestra tarea hasta la aparición de la mañana, en que nos interrumpimos para recitar la plegaria é ir al baño.

»Y de tal modo nos pasamos un mes, sin que nadie sospechara mi presencia en el palacio ni la vida extraordinaria que llevábamos, toda llena de copulaciones sin palabras y de otras cosas semejantes. Y habría sido completa mi alegría, á no ser por la aprensión que no cesaba de sentir mi amiga, temerosa de ver nuestro secreto descubierto por su padre y su madre, aprensión tan viva, en verdad, que partía el corazón.

»Y he aquí que no dejó de llegar el tan temido día. Porque una mañana, el padre de la joven, al despertarse, fué al aposento de su hija, y observó que su belleza lunar y su lozanía habían disminuído y que una especie de fatiga profunda alteraba sus facciones y las velaba de palidez. Y al instante llamó á la madre y le dijo: «¿Por qué ha cambiado el color del rostro de nuestra hija? ¿No ves que el viento funesto del otoño ha marchitado las rosas de sus mejillas?» Y la madre miró durante largo rato en silencio y con aire suspicaz á su hija, que dormía apaciblemente, y sin pronunciar palabra se acercó á ella, le levantó con un movimiento brusco la camisa, y con dos dedos de la mano izquierda separó las dos mitades encantadoras de cierta parte inferior de su hija. Y con sus ojos vió lo que vió, ó sea la prueba fehaciente de la virginidad volatilizada de aquel conejo color de jazmín...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 918.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...Y con sus ojos vió lo que vió, ó sea la prueba fehaciente de la virginidad volatilizada de aquel conejo color de jazmín. Y al comprobar aquello, casi se desmayó de emoción, y exclamó: «¡Oh su pudor y su honor saqueados! ¡Qué hija tan desvergonzada y tan tranquila! ¡Qué manchas tan indelebles sobre el vestido de su castidad!» Luego la sacudió furiosamente y la despertó, gritándole: «¡Si no dices la verdad, ¡oh perra! te haré probar la muerte roja!»

»Y la joven, despertando sobresaltada con aquello, y al ver á su madre con la nariz llena de cólera negra contra ella, sospechó lo que ocurría, y comprendió vagamente que había llegado el momento grave. Así es que no trató de negar lo que era innegable, ni de confesar lo que era inconfesable, sino que tomó el partido de bajar la cabeza y los párpados y guardar silencio. Y de cuando en cuando, abrumada por la ola de palabras tempestuosas lanzadas por su madre, se contentaba con alzar los párpados un instante para bajarlos en seguida sobre sus ojos asombrados. En cuanto á responder de una manera ó de otra, se guardó mucho de hacerlo. Y

cuando, á vuelta de preguntas, amenazas y ruidos tormentosos, sintió la madre que se le atropellaba la voz y su garganta se negaba á emitir sonidos, dejó allí á su hija y salió alborotada á dar orden de que hicieran pesquisas por todo el palacio para encontrar al perpetrador del estrago. Y no tardaron en encontrarme, pues se hicieron las pesquisas siguiéndome la pista por mi olor de ser humano, perceptible para el olfato de ellos.

»Y por consiguiente, se apoderaron de mí y me hicieron salir del harén y del palacio; y acumulando una enorme cantidad de leña, me desnudaron y se dispusieron á arrojarme á la pira. Y en aquel preciso momento las dos viejas de la cisterna se acercaron á mí, y dijeron á los guardias: «Vamos á verter sobre el cuerpo de este ser humano malhechor esta zafra de aceite de quemar, á fin de que el fuego lama mejor sus miembros y nos libre más pronto de su presencia de mal agüero.» Y los guardias no pusieron ningún inconveniente, sino al contrario. Entonces las dos viejas me vertieron sobre el cuerpo una zafra llena de aceite salomónico, cuyas virtudes me habían explicado, y me frotaron con él todos los miembros, sin omitir una partícula de mi persona. Tras de lo cual los guardias me colocaron en medio de la inmensa hoguera, á la que prendieron fuego. Y á los pocos instantes me rodearon las llamas furiosas. Pero las lenguas rojas que me lamían eran para mí más dulces y más frescas que la caricia del agua en los jardines del Irem. Y permanecía

desde por la mañana hasta por la noche en medio de aquella hornaza, tan intacto como el día que salí del vientre de mi madre.

»Y he aquí que los genn de la Primera División, que atizaban el fuego donde me creían en estado de osamenta, preguntaron á su señor qué tenían que hacer de mis cenizas. Y el rey les ordenó que recogieran mis cenizas y las arrojaran de nuevo al fuego. Y la reina añadió: «¡Pero antes os mearéis todos encima!» Y cumpliendo esta orden, los servidores genn apagaron el fuego para recoger mis cenizas y mearse encima. Y me encontraron sonriente é intacto, en el estado que ya he dicho.

»Al ver aquello, el rey y la reina de los genn de la Primera División no dudaron de mi poder. Y reflexionaron con su espíritu, y opinaron que tenían el deber de respetar en lo sucesivo á un personaje tan eminente. Y les pareció conveniente casar á su hija conmigo. Y fueron á darme la mano, y se excusaron por su conducta para conmigo, y me trataron con mucho honor y cordialidad. Y cuando les revelé que era hijo del rey de Wakak, se regocijaron hasta el límite del regocijo, bendiciendo la suerte que unía á su hija con el más noble de los hijos de Adán. Y celebraron con pompa y ostentación mi matrimonio con aquella hermosa de cuerpo de rosa.

»Y cuando, al cabo de algunos días, experimenté el deseo de volver á mi reino, pedí permiso para hacerlo á mi tío, padre de mi esposa. Y aunque para ellos era doloroso separarse de su hija, no quisieron

oponerse á mi deseo. Y mandaron prepararnos un carro de oro, al que uncieron seis pares de genn aéreos, y me dieron, en calidad de regalos, un número considerable de joyas y gemas espléndidas. Y después de los adioses y los votos, en un abrir y cerrar de ojos fuimos transportados á la ciudad de Wakak, mi ciudad.

»Has de saber ahora ¡oh joven! que esta adolescente que ves delante de ti, con las manos atadas á la espalda, es la hija de mi tío, el rey de los genn de la Primera División. Ella precisamente es mi esposa, y se llama Piña. Y de ella se ha tratado hasta el presente, y á ella también he de referirme en lo que ahora voy á contarte.

»En efecto, una noche, algún tiempo después de mi regreso, estaba yo dormido al lado de mi esposa Piña. Y á causa del calor, que era grande, me desperté, contra mi costumbre, y observé que, á pesar de la temperatura de aquella noche sofocante, los pies y las manos de Piña estaban más fríos que la nieve. Y me extrañó aquel frío singular, y creyendo en alguna dolencia profunda de mi esposa, la desperté dulcemente y le dije: «¡Encantadora mía, tu cuerpo está helado! ¿Sufres ó no sientes nada?» Y ella me contestó con acento indiferente: «No es nada. Hace un rato satisface una necesidad, y á causa de la ablución que hice luego se me han puesto fríos los pies y las manos.» Y yo creí que su discurso era verídico, y me volví á acostar sin decir palabra.

»Pero, algunos días después, ocurrió otra vez lo mismo, y mi esposa, interrogada por mí, me dió la misma contestación. Aquella vez, sin embargo, no me quedé satisfecho, y en mi espíritu penetraron confusamente vagas sospechas. Y estuve inquieto desde entonces. No obstante, guardé aquellas sospechas en el cofrecillo de mi corazón y puse la cerradura del silencio á la puerta de mi lengua...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 919.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...No obstante, guardé aquellas sospechas en el cofrecillo de mi corazón y puse la cerradura del silencio á la puerta de mi lengua. Y por intentar una distracción de mi inquietud, fuí á mis cuadras á mirar mis hermosos caballos. Y vi que los caballos que tenía reservados para mi uso personal á causa de su velocidad, que superaba á la del viento, estaban tan delgados y extenuados, que los huesos se les clavaban en la piel y tenían desollado el lomo por varios sitios. Y sin enterarme de nada más, hice ir á mi presencia á los palafreneros, y les dije: «¡Oh hijos de perro! ¿Qué es esto? ¿Y á qué obedece

esto?» Y se prosternaron con la faz contra el suelo ante mi ira, y uno de ellos levantó un poco la cabeza, temblando, y me dijo: «¡Oh señor nuestro! Si me haces gracia de la vida, te diré una cosa en secreto.» Y le tiré el pañuelo de la seguridad, diciéndole: «¡Dime la verdad, y no me ocultes nada, porque, si no, te espera el palo!» Entonces dijo él: «Sabe ¡oh señor nuestro! que todas las noches sin falta nuestra señora la reina, vestida con sus trajes reales, adornada con sus atavíos y sus joyas, semejante á Balkis con sus preseas, viene á la cuadra, escoge uno de los caballos particulares de nuestro amo, lo monta, y va á pasearse. Y cuando regresa, al terminar la noche, el caballo no vale para nada, y cae al suelo, extenuado. ¡Y ya hace mucho tiempo que dura este estado de cosas, del que no nos hemos atrevido nunca á avisar á nuestro señor el sultán!»

»Al enterarme de aquellos detalles tan extraños, se me turbó el corazón, y mi inquietud se hizo tumultuosa, y en mi espíritu arraigaron profundamente las sospechas. Y de tal suerte transcurrió para mí la jornada, sin que tuviese yo un momento de calma para ocuparme de los asuntos del reino. Y esperé la noche con una impaciencia que distendía mis piernas y mis brazos á pesar mío. Así es que cuando llegó la hora de la noche en que de ordinario iba yo en busca de mi esposa, entré en su aposento y la encontré desnuda ya y estirando los brazos. Y me dijo: «Estoy muy cansada y sólo tengo ganas de acostarme. Mira cómo se abate el sueño

sobre mis ojos. ¡Ah, durmamos!» Y yo, por mi parte, supe disimular mi agitación interna, y fingiendo estar más extenuado todavía que ella, me eché á su lado, y aunque estaba muy despierto, me puse á respirar roncando, como los que duermen en la taberna.

»Entonces esta mujer de mala fortuna se levantó como un gato y aproximó á mis labios una taza cuyo contenido hubo de verter en mi boca. Y tuve fuerza de voluntad para no traicionarme; pero, volviéndome un poco hacia la pared, como si continuase durmiendo, escupí sin ruido en la almohada el bang líquido que me había dado. Y sin dudar del efecto del bang, no tuvo ella cuidado para ir y venir por la habitación, y lavarse y arreglarse, y ponerse kohl en los párpados, y nardo en los cabellos, y surma indio en los ojos, y missi también indio en los dientes, y perfumarse con esencia volátil de rosas, y cubrirse de alhajas, y echar á andar como si estuviera borracha.

»Entonces, esperando á que hubiese salido ella, me levanté de mi lecho, y echándome sobre los hombros una abaya con capucha, la seguí á pasos recatados, con los pies descalzos. Y la vi dirigirse á las cuadras, y escoger un caballo tan hermoso y tan ligero como el de Schirin. Y montó en él, y se marchó. Y quise montar también á caballo para seguirla; pero pensé que el ruido de los cascos llegaría á oídos de aquella esposa desvergonzada, y quedaría advertida de lo que debía permanecer oculto

para ella. Así es que, apretándome el cinturón á la manera de los sais y de los mensajeros, eché á correr sigilosamente detrás del caballo de mi esposa, agitando mis piernas con rapidez. Y si tropezaba, me levantaba; y si caía, me levantaba también, sin perder ánimos. Y de tal modo continué mi carrera, lastimándome los pies con los guijarros del camino.

»Y has de saber ¡oh joven! que sin que yo hubiese pensado en darle orden de seguirme, este perro lebrel que está de pie delante de ti, con el cuello adornado por un collar de oro, había salido detrás de mí y corría á mi lado fielmente, sin ladrar.

»Y al cabo de aquella carrera sin tregua, mi esposa llegó á una llanura desolada, donde no había mas que una sola casa, baja y construída con barro, que estaba habitada por negros. Y se apeó del caballo y entró en la casa de los negros. Y quise penetrar detrás de ella; pero se cerró la puerta antes de que yo hubiese llegado al umbral, y me contenté con mirar por un tragaluz para ver si me enteraba de la cosa.

»Y he aquí que los negros, que eran siete semejantes á búfalos, acogieron á mi esposa con injurias espantosas, y se apoderaron de ella y la tiraron al suelo, y la pisotearon, golpeándola tanto, que la creí ya con los huesos molidos y el alma expirante. Pero lejos de mostrarse dolida por aquel trato feroz, del que hasta hoy tienen señales sus hom-

bros, su vientre y su espalda, ella se limitaba á decir á los negros: «¡Oh queridos míos! Por el ardor de mi amor hacia vosotros, os juro que he venido un poco retrasada esta noche sólo porque mi esposo el rey, ese sarnoso, ese trasero infame, ha estado despierto hasta después de su hora habitual. De no ser así, ¿hubiera yo esperado tanto tiempo para venir y hacer disfrutar á mi alma con la bebida de nuestra unión?» .

»Y al ver aquello, no sabía yo dónde estaba ya, ni si era presa de un sueño horrible. Y pensé para mi ánima: «¡Ya Alah! ¡jamás he pegado á Piña, ni siquiera con una rosa! ¿Cómo se explica, pues, que soporte semejantes golpes sin morir?» Y mientras yo reflexionaba así, vi que los negros, apaciguados por las excusas de mi esposa, la desnudaban por completo, desgarrándole sus trajes reales, y le arrancaban sus alhajas y sus adornos, precipitándose después todos sobre ella, como un solo hombre, para asaltarla por todos lados á la vez. Y á estas violencias respondía ella con suspiros de contento, ojos en blanco y jadeos.

»Entonces, sin poder soportar por más tiempo aquel espectáculo, me precipité por el tragaluz en medio de la sala, y cogiendo una maza entre las mazas que había allí, me aproveché de la estupefacción de los negros, que creían que había bajado entre ellos algún genni, para arrojarle sobre ellos y matarlos á golpazos asestados en sus cabezas. Y de tal suerte desenlacé de mi esposa á cinco de

ellos, y los precipité en el infierno derechos. Viendo lo cual, los otros dos negros que quedaban se desenlazaron de mi esposa por sí mismos y buscaron su salvación en la fuga. Pero conseguí atrapar á uno, y de un golpe le tendí á mis pies; y como solamente estaba aturdido, cogí una cuerda y quise atarle las manos y los pies. Y cuando me inclinaba, mi esposa acudió de pronto por detrás, y me empujó con tanta fuerza, que di de bruces en el suelo. Entonces el negro aprovechó la ocasión para levantarse y echarse encima de mi pecho. Y ya levantaba su maza para terminar conmigo de una vez, cuando mi fiel perro, este lebel de color castaño claro, le saltó á la garganta y lo derribó, rodando por el suelo con él. Y al punto aproveché aquel instante favorable para caer sobre mi adversario y agarrotarle brazos y piernas. Luego le tocó el turno á Piña, á la cual até, sin pronunciar palabra, mientras me salían chispas de los ojos.

»Hecho esto, arrastré al negro fuera de la casa y le até á la cola de mi caballo. Después cogí á mi esposa y la puse atravesada en la silla, como un fardo, delante de mí. Y seguido de mi perro lebel, que me había salvado la vida, regresé á mi palacio, en donde, con mi propia mano, corté la cabeza al negro, cuyo cuerpo, arrastrado á lo largo de la ruta, no era ya mas que un pingajo jadeante, y di á comer su carne á mi perro. E hice salar aquella cabeza, que precisamente es la que aquí estás viendo en esa bandeja que tiene delante Piña. E infligí por

todo castigo á esa desvergonzada esposa mía la contemplación diaria de la cabeza cortada de su amante el negro. Y he ahí lo referente á ellos dos.

»Pero, volviendo al séptimo negro, que logró ponerse en fuga, no cesó de correr hasta que hubo llegado á las comarcas de Sinn y de Massin, donde reina el rey Qamús, hijo de Tammuz. Y tras de una serie de maquinaciones, el negro consiguió ocultarse debajo del lecho de marfil de la princesa Mohra, hija del rey Qamús. Y al presente es su consejero íntimo. Y en el palacio nadie conoce su presencia debajo del lecho de la princesa.

»Y he aquí ¡oh joven! la historia de cuanto me ocurrió con Piña. Y eso es lo referente al negro sombrío que á la hora de ahora está debajo del lecho de marfil de la hija del rey de Sinn y de Massin, Mohra, la matadora de tantos jóvenes reales.»

Así habló el rey Ciprés, señor de la ciudad de Wakak, al joven príncipe Diamante. Luego añadió...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 920.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Así habló el rey Ciprés, señor de la ciudad de Wakak, al joven príncipe Diamante. Luego añadió: «¡Y ahora que has oído lo que no sabe ningún ser humano, pon la cabeza que ya no te pertenece, y lava de la vida tus manos!»

Pero Diamante contestó: «¡Oh rey del tiempo! Sé que mi cabeza se halla entre tus manos, y estoy dispuesto á separarme de ella sin excesiva pena. ¡No obstante, hasta el presente no está suficientemente esclarecido para mi espíritu el punto más importante de esa historia, pues todavía no sé por qué el séptimo negro ha ido á refugiarse precisamente debajo del lecho de la princesa Mohra, y no en otro lugar de la tierra, y sobre todo, ignoro cómo ha consentido esa princesa en tenerle en su morada! Entérame, por tanto, de cómo ha pasado la cosa; y una vez enterado, haré mis abluciones y moriré.»

Cuando el rey Ciprés oyó estas palabras de Diamante, quedóse prodigiosamente sorprendido. Porque no se esperaba semejante pregunta ni, por cierto, había tenido nunca la curiosidad de saber por sí mismo los detalles que pedía Diamante. Pero, no queriendo aparecer ignorante de tan importante

cuestión, dijo al joven príncipe: «¡Oh viajero! Lo que preguntas pertenece al dominio de los secretos de Estado, y si yo accediera á revelártelo, atraería sobre mi cabeza y sobre mi reino las peores calamidades. ¡Por eso prefiero hacerte gracia de la vida y de tu cabeza y perdonarte tu indiscreción! ¡Date prisa, pues, á salir de palacio, antes de que me retracte de mi decisión de dejarte marchar en libertad!»

Y Diamante, que no esperaba salvarse á tan poca costa, besó la tierra entre las manos del rey Ciprés, é instruído para en lo sucesivo de lo que tanto ansiaba conocer, salió del palacio dando gracias á Alah, que le había deparado la seguridad. Y fué á despedirse de su joven amigo, el hermoso Farah, que derramó lágrimas por su marcha. Luego subió á la terraza y quemó uno de los pelos de Al-Simurg. Y al punto apareció ante él el Volador, precedido de una ráfaga tempestuosa. Y cuando se informó de su deseo, lo tomó á hombros, le hizo atravesar los siete océanos y lo llevó á su habitación, cordial y amablemente. Y le hizo descansar en ella unos días. Tras de lo cual lo transportó al lado de la deliciosa reina Aziza, en medio de las rosas y sus capullos. Y el joven vió que la deliciosa Aziza lloraba su ausencia y suspiraba por su vuelta, con las mejillas semejantes á la flor del grana-do. Y al verle entrar acompañado de Al-Simurg el Volador, desfalleció su corazón, y se levantó temblorosa como la corza á quien se parecía. Y Al-Si-

murg el Volador, para no importunarlos, salió de la sala y los dejó reunirse con libertad. Y cuando, al cabo de una hora de tiempo, entró de nuevo, los encontró enlazados todavía, esplendores sobre esplendores.

Y Diamante, que ya tenía sus proyectos, dijo á Al-Simurg: «¡Oh bienhechor nuestro! ¡oh padre de los gigantes y corona suya! ¡ahora deseo de ti que nos transportes á casa de tu sobrina la encantadora Gamila, que me espera en las ascuas enrojecidas del deseo!» Y el excelente Al-Simurg los tomó á ambos, en un hombro á cada uno, y en un abrir y cerrar de ojos los transportó al lado de la gentil Gamila, á quien encontraron sumida en la tristeza, sin tener noticias de su cuerpo, y dedicada á suspirar estas estrofas:

¡No rechaces mi corazón lejos de esos ojos de quienes está enamorado el narciso!

¡Oh abstemio! ¡no se deben desoir las quejas de los beodos, sino conducirlos de nuevo á la taberna!

¡Mi corazón no podrá librarse del ejército de tu bozo; y como una rosa rota, la abertura de mi traje no podrá zurcirse!

¡Oh tiránica belleza! ¡oh hermoso, moreno y encantador! ¡mi corazón yace á tus pies de jazmín!

¡Mi corazón de muchacha sencilla, en la tierna edad de la adolescencia, yace á los pies del raptor de corazones!

Y Diamante, que no había olvidado las atenciones que debía á aquella compasiva Gamila, que le había sacado de su piel de gamo y librado de los artificios de su hermana Latifa, la hechicera, sin contar el don de las armas mágicas con que le había revestido, no dejó de manifestarle con calor sus sentimientos de gratitud. Y después de los transportes de alegría por volver á encontrarse, rogó á la reina Aziza que le dejara una hora con Gamila, sin testigos. Y á Aziza le pareció justificada la petición y equitativo el reparto, y salió con Al-Simurg. Y cuando, al cabo de una hora de tiempo, entró de nuevo, encontró á Gamila desfallecida en los brazos de Diamante.

Entonces Diamante, que gustaba de hacer cada cosa á su tiempo, se encaró con sus dos esposas y con Al-Simurg, y les dijo: «Creo que ya es hora de arreglar las cuentas á la maga Latifa, que es tu hermana, ¡ya Gamila! é hija de tu hermano, ¡oh padre de los Voladores!» Y contestaron todos: «¡No hay inconveniente!» Luego Al-Simurg, á instancias de Diamante, se transportó al lado de su sobrina la maga Latifa, y de improviso le ató los brazos á la espalda y la llevó á presencia de Diamante. Y al verla, dijo el joven príncipe: «Sentémonos en corro aquí para juzgarla y meditemos el castigo que ha de imponérsele.» Y cuando se colocaron unos frente á otros, Al-Simurg dió su opinión, diciendo: «Hay que desembarazar, sin vacilaciones, á la raza humana de esta malhechora. Mi opinión es que sin

tardanza la colguemos cabeza abajo y la empajemos luego. O también, después de colgarla, podríamos dar á comer su carne á los buitres y á las aves de rapiña.» Y Diamante se encaró con la reina Aziza y le preguntó su opinión. Y Aziza dijo: «¡Entiendo que mejor es olvidar sus yerros para con nuestro esposo Diamante, y perdonarla para solemnizar nuestra unión en este día bendito!» Y Gamila, á su vez, opinó que se debía absolver á su hermana, y pedirle, en compensación, que devolviera la forma humana á todos los jóvenes á quienes había convertido en gamos. Entonces dijo Diamante: «¡Pues bien; sean con ella el perdón y la seguridad!» Y le tiró su pañuelo. Luego dijo: «¡Convendría que me dejarais con ella ahora una hora de tiempo!» Y al punto accedieron ellos á su deseo. Y cuando de nuevo entraron en la sala, encontraron á Latifa perdonada y contenta en brazos del joven.

Y cuando Latifa hubo devuelto su forma primitiva á los príncipes y demás individuos á quienes con sus hechicerías había convertido en gamos, y los hubo despedido tras de darles de comer y vestirlos, Al-Simurg se echó á la espalda á Diamante y á sus tres esposas, y los transportó en poco tiempo á la ciudad del rey Qamús, hijo de Tammuz, padre de la princesa Mohra. Y levantó tiendas fuera de la ciudad para que las ocupasen, y les dejó descansando un poco, para ir él por sí mismo, á instancias de Diamante, al harén donde se encontraba la favorita Rama de Coral. Y previno á la joven de la

llegada de Diamante, que esperaba ella entre suspiros y dolores de corazón. Y no le costó trabajo decidirla á dejarse conducir por él junto á su enamorado. Y la transportó á la tienda en que Diamante estaba amodorrado, y la dejó sola con él, llevándose á las otras tres esposas. Y Diamante, tras de las expansiones propias del regreso, supo demostrar á Rama de Coral que no olvidaba sus promesas, y acto seguido le habló con el lenguaje oportuno. Y ella se dilató de satisfacción y de contento, y la encontraron encantadora las tres esposas de Diamante.

Cuando se arreglaron de aquel modo entre Diamante y sus cuatro esposas las cuestiones íntimas, se pensó en la realización del proyecto principal. Y Diamante abandonó el campamento y se encaminó solo á la ciudad, y llegó á la plaza del meidán, frente al palacio de Mohra, en donde aparecían clavadas á millares las cabezas de príncipes y reyes, con sus coronas unas y desnudas y melenudas otras. Y se lanzó al tambor, y lo hizo sonar con fuerza para anunciar que estaba dispuesto á dar á la princesa Mohra la respuesta que exigía ella á sus pretendientes...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 921.^a NOCHE*

Ella dijo:

...para anunciar que estaba dispuesto á dar á la princesa Mohra la respuesta que exigía ella á sus pretendientes. Y los guardias al punto le llevaron á presencia del rey Qamús, hijo de Tammuz, que reconoció en él al joven cuya hermosura le había seducido, y á quien hubo de decir la vez primera: «Reflexiona durante tres días, y vuelve luego á pedir la audiencia que ha de separar tu graciosa cabeza del reino de tu cuerpo.»

Y he aquí que á la sazón le hizo seña para que se acercase, y le dijo: «¡Oh hijo mío, que Alah te proteja! ¿Persistes siempre en querer desentrañar los misterios y explicar las ideas fantásticas de una joven?» Y dijo Diamante: «¡De Alah nos viene la ciencia de la adivinación, y no debemos enorgullecernos de los dones de Alah! Nadie conoce ese secreto que tu hija ha escondido en el cofrecillo de su corazón, y cuya apertura pide; pero yo tengo la clave de él.» Y dijo el rey: «¡Lástima de tu juventud! ¡Acabas de lavar tus manos de la vida!»

Y como no esperaba ya hacer que el joven desistiera de su funesto proyecto, dió orden á los esclavos para que previnieran á su señora Mohra de

que un príncipe extranjero venía á tratar de explicar sus fantasmagorías, con objeto de ser admitido por ella.

Y precedida por el aroma de sus bucles perfumados, entró en seguida en la sala de audiencias la joven princesa de maneras encantadoras, Mohra la bienaventurada, causa de tantas vidas truncadas, aquella á quien no se podía dejar de mirar, como el hidrópico no puede dejar de beber el agua del Eufrates, y por quien millares de almas se sacrificaban como las mariposas en la llama. Y á la primera ojeada reconoció ella en Diamante al joven santón del jardín, al adolescente con cara de sol, al cuerpo encantador cuya vista tanto le había trastornado el corazón. Y por consiguiente, llegó entonces al límite del asombro; pero no tardó en comprender que había sido engañada por aquel santón, que desapareció de la noche á la mañana sin dejar rastro. Y se puso furiosa en el alma, y se dijo: «No se me escapará esta vez.» Y sentándose en el lecho del trono, al lado de su padre, miró al joven cara á cara con ojos tenebrosos, y le dijo: «¡Nadie ignora la pregunta! ¡Responde! ¿Qué clase de relaciones hay entre Piña y Ciprés?» Y Diamante contestó: «Nadie ignora la respuesta, ¡oh princesa! Pero hela aquí: las relaciones entre Piña y Ciprés son de mala calidad. Porque Piña, que es la esposa de Ciprés, rey de la ciudad de Wakak, ha recibido el justo pago de lo que ha hecho. ¡Y hay negros mezclados en el asunto!»

Al oír estas palabras de Diamante, la princesa Mohra se puso muy amarilla de color, y apoderóse de su corazón el temor. Sin embargo, sobreponiéndose á su inquietud, dijo: «No están claras esas palabras. Cuando des más explicaciones sabré si conoces la verdad ó si mientes.»

Cuando Diamante vió que la princesa Mohra no quería rendirse á la evidencia y se negaba á entender las medias palabras, le dijo: «¡Oh princesa! ¡si deseas que te lo cuente con más extensión, alzando la cortina que oculta lo que debe estar oculto, empieza por decirme quién te ha enterado de esas cosas que debe ignorar una joven virgen! ¡Porque es posible que retengas aquí á alguien cuya llegada ha constituido una calamidad para todos los príncipes que me precedieron!»

Y tras de hablar así, Diamante se encaró con el rey, y le dijo: «¡Oh rey del tiempo! ¡no conviene que ignores en adelante el misterio en que vive tu honorable hija, y te ruego que le ordenes responda á la pregunta que le he hecho!» Y el rey se encaró con la hermosa Mohra, y le hizo con los ojos una seña que quería decir: «¡Habla!» Pero Mohra guardó silencio, y á pesar de las señas reiteradas de su padre, no quiso libertarse la lengua del nudo que la ataba.

Entonces Diamante cogió de la mano al rey Qamús, y sin pronunciar palabra, le condujo al aposento de Mohra. Y de repente se inclinó, y con un solo movimiento levantó el lecho de marfil de la

princesa. Y he aquí que, de improviso, la redoma del secreto de Mohra se hizo añicos contra la piedra del abridor, y su consejero, el negro, apareció á los ojos de todos con su cabeza crespá.

Al ver aquello, el rey Qamús y todos los presentes quedaron sumidos en la estupefacción; luego bajaron la cabeza con vergüenza, y se les cubrió de sudor el cuerpo. Y el viejo rey no preguntó más, sin querer que su deshonor apareciese en toda plenitud ante las personas de su corte. Y sin pedir siquiera otras explicaciones, entregó á su hija entre las manos de Diamante para que dispusiese de ella á su antojo. Y añadió: «¡Solamente te pido ¡oh hijo mío! que te vayas de aquí cuanto antes, llevándote á esta hija desvergonzada, á fin de que no vuelva yo á oír hablar de ella y mis ojos no sufran más el verla!» En cuanto al negro, fué empalado.

Y no dejó Diamante de obedecer al viejo rey, y cogiendo de la mano á la confusa princesa, se la llevó á sus tiendas, atada de pies y manos, y rogó á Al-Simurg el Volador que le transportara con todas sus mujeres á la entrada de la ciudad de su padre, el rey Schams-Schah. Lo cual fué ejecutado al instante. Y el excelente Al-Simurg despidióse de Diamante entonces, sin querer aceptar su reconocimiento. E inflándose, se marchó por su camino. ¡Y esto es lo referente á él!

En cuanto al rey Schams-Schah, padre de Diamante, cuando corrió hasta él la noticia de la llegada de su hijo bienamado, la noche de la pena se

tornó para él en la mañana de la alegría, después de que la ausencia convirtió en fuente sus dos ojos. Y salió al encuentro de su hijo, mientras la proclamación de la buena nueva se esparcía por toda la ciudad y en todas las casas se exteriorizaba el júbilo. Y se acercó al príncipe, temblando de emoción, y le estrechó contra su pecho, y le besó en la boca y en los ojos, y lloró mucho y ruidosamente sobre él. Y Diamante, apretando los puños, procuraba reprimir sus llantos y suspiros. Y cuando, por fin, se calmaron un poco las primeras exaltaciones, y pudo hablar el viejo rey, dijo á su hijo Diamante: «¡Oh ojo y lámpara de la casa de tu padre...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 922.^a NOCHE*

Ella dijo:

«...¡Oh ojo y lámpara de la casa de tu padre! Cuéntame al detalle la historia de tu viaje, á fin de que yo viva con el pensamiento los días de tu dolorosa ausencia.» Y Diamante contó al viejo rey Schams-Schah todo lo que le había sucedido, desde el principio hasta el fin. Pero no hay utilidad en repetirlo. Luego le presentó, una tras de otra, á

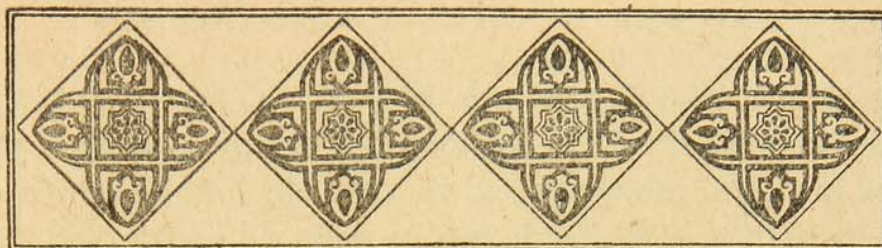
sus cuatro esposas, y acabó por hacer llevar á su presencia á la princesa Mohra, atada de pies y manos. Y le dijo: «Ahora á ti te corresponde ¡oh padre mío! ordenar lo que te plazca respecto á ella.»

Y el viejo rey, á quien el Altísimo había dotado de cordura y de inteligencia, pensó en su espíritu que su hijo debía amar desde el fondo de su corazón á aquella joven funesta, causante de la muerte de tantos príncipes hermosos, ya que por ella fué por quien hubo de soportar todas aquellas penas y todas aquellas fatigas. Y se dijo que, si dictaba una sentencia severa, le afligiría sin duda alguna. Así es que, tras de reflexionar un instante todavía, le dijo: «¡Oh hijo mío! El que, á vuelta de muchas penas y dificultades, obtiene una perla inapreciable, debe guardarla cuidadosamente. Claro que esta princesa de espíritu fantástico se ha hecho culpable, por su ceguera, de acciones reprensibles; pero es preciso considerarlas como llevadas á cabo por voluntad del Altísimo. Y si por culpa suya se privó de la vida á tantos jóvenes, fué porque el escriba de la suerte lo había escrito así en el libro del Destino. Por otra parte, no olvides ¡oh hijo mío! que esta joven te ha tratado con muchos miramientos cuando hubiste de introducirte, en calidad de santón, en su jardín. Por último, ya sabes que la mano del deseo de quienquiera, sea el negro ó cualquier otro en el mundo, no ha tocado el fruto del tierno arbolillo de su ser, y que nadie ha saboreado el gusto de la manzana de su barbilla ni del alfónsigo de sus labios.»

Y Diamante se conmovió con las palabras de tan dulce lenguaje, máxime cuando sus cuatro esposas, las bienaventuradas de modales encantadores, apoyaron con su asentimiento aquel discurso. En vista de lo cual, escogiendo un día y un momento favorables, aquel jovenzuelo de cuerpo de sol se unió con aquella luna pérfida, semejante á la serpiente guardadora del tesoro. Y tuvo de ella, como de sus cuatro esposas legítimas, hijos maravillosos, cuyos pasos fueron otras tantas felicidades, y que tuvieron por esclavas, como su padre Diamante el Espléndido y su abuelo Schams-Schah el Magnífico, á la fortuna y á la dicha.

Y tal es la historia del príncipe Diamante, con cuantas cosas extraordinarias le sucedieron. ¡Gloria, pues, á quien reserva los relatos de los antiguos para lección de los modernos, á fin de que las gentes aprendan sabiduría!

Y el rey Schahriar, que había escuchado aquella historia con extremada atención, dió gracias por primera vez á Schahrazada, diciendo: «¡Loores á ti, ¡oh boca de miel! ¡Me hiciste olvidar amargas preocupaciones!» Luego se ensombreció su rostro repentinamente. Y al ver aquello, Schahrazada se apresuró á decir: «Está bien, ¡oh rey del tiempo! Pero ¿qué vale esto comparado con lo que voy á contarte del MAESTRO DE LAS DIVISAS Y DE LAS RISAS?» Y dijo el rey Schahriar: «¿Quién es ¡oh Scharazada! ese maestro de las divisas y de las risas, á quien no conozco?» Y dijo Schahrazada:



Algunas tonterías y teorías del maestro de las divisas y de las risas



En los anales de los antiguos y en los libros de los sabios se cuenta, y se nos ha transmitido por la tradición, ¡oh rey del tiempo! que en la ciudad del Cairo, residencia del buen humor y de la gracia, había un hombre de apariencia estúpida que, bajo su aspecto de bufón extravagante, ocultaba un fondo sin igual de listeza, de sagacidad, de inteligencia y de cordura, á más de ser indudablemente el hombre más divertido, más instruído y más ingenioso de su tiempo. Tenía por nombre Goha, y por oficio ninguno en absoluto, aunque circunstancialmente ejercía el cargo de predicador en las mezquitas.

Un día le dijeron sus amigos: «¡Oh Goha! ¿No te da vergüenza pasarte la vida sin hacer nada, y no

usar tus manos, con sus diez dedos, mas que para llevártelas llenas á la boca? ¿Y no piensas que ya es hora de que ceses en tu vida de holgazanería y te amoldes al modo de ser de todo el mundo?» Y he aquí que él no contestó nada. Pero un día atrapó una cigüeña grande y hermosa, dotada de alas magníficas que la hacían volar muy alto por el cielo, y de un pico maravilloso, terror de los pájaros; y de dos tallos de lirio por patas. Y cuando la cogió, subió con ella á su terraza, en presencia de los que le habían hecho reproches, y con un cuchillo le cortó las magníficas plumas de las alas, y el largo pico maravilloso, y las encantadoras patas tan finas, y empujándola con el pie hacia el vacío, le dijo: «¡Vuela, vuela!» Y sus amigos le gritaron, escandalizados: «¡Alah te maldiga, ¡oh Goha! ¿A qué viene esa locura?» Y les respondió él: «Esta cigüeña me molestaba y pesaba sobre mi vista porque no era como los demás pájaros. Pero ahora la he hecho semejante á todo el mundo.»

—Y otro día dijo á los que le rodeaban: «¡Oh musulmanes, y vosotros, cuantos estáis aquí presentes! ¿Sabéis por qué Alah el Altísimo, el Generoso (¡glorificado y venerado sea!), no dió alas al camello y al elefante?» Y los demás se echaron á reir, y contestaron: «No; por Alah, que no lo sabemos, ¡oh Goha! Pero tú, á quien nada se oculta de las ciencias y de los misterios, dínoslo pronto, para que nos instruyamos.» Y Goha les dijo: «Voy á decíroslo.

Porque si el camello y el elefante tuvieran alas, caerían con todo su peso sobre las flores de vuestros jardines y las aplastarían.»

—Y otro día, un amigo de Goha fué á llamar á su puerta y dijo: «¡Oh Goha! En nombre de la amistad, préstame tu burro, que lo necesito para hacer con él un trayecto urgente.» Y Goha, que no tenía gran confianza en aquel amigo, contestó: «Bien quisiera prestarte el burro, pero no está aquí, que lo he vendido.» Mas en aquel momento mismo empezó á rebuznar el burro desde la cuadra, y el hombre oyó á aquel burro que parecía no iba nunca á terminar de rebuznar, y dijo á Goha: «¡Pues si tienes ahí á tu burro!» Y Goha contestó con acento muy ofendido: «¡Vaya, por Alah! ¿Conque ahora resulta que crees al burro y no me crees á mí? ¡Vete, que no quiero verte más!»

—Y otra vez, el vecino de Goha fué en busca suya para invitarle á una comida, diciéndole: «Ven ¡oh Goha! á comer en mi casa.» Y Goha aceptó la invitación. Y cuando ambos estuvieron sentados ante la bandeja de manjares, les sirvieron una gallina. Y tras de intentar masticarla varias veces, acabó Goha por renunciar á tocar aquella gallina, que era una vieja entre las gallinas más viejas, y tenía la carne correosa; y se limitó á sorber un poco del caldo en que estaba cocida. Tras de lo cual se levantó, y cogiendo la gallina, la colocó en dirección

á la Meca y se dispuso á recitar sobre ella su plegaria. Y su huésped, enfadado, le dijo: «¿Qué vas á hacer, ¡oh descreído!? ¿Y desde cuándo los musulmanes recitan sus plegarias sobre las gallinas?» Y contestó Goha: «¡Oh tío! ¡qué ilusiones te haces! ¡Esta ave de corral, sobre la que voy á recitar mi plegaria, no es un ave de corral! ¡De ave de corral tiene solamente la apariencia, pues, en realidad, es una santa mujer vieja convertida en gallina, ó acaso un venerable santón! ¡Porque la han puesto á la lumbre, y la lumbre la ha respetado!»

—Otra vez salió con una caravana, y las provisiones de boca eran exiguas, y el hambre de los caravaneros era considerable. Por lo que á Goha respecta, su estómago le requería tan insistente-mente, que hubiera él devorado la ración de los camellos. El caso es que cuando, en la primer parada, se sentó todo el mundo para comer, Goha hizo gala de una reserva y de una discreción que maravillaron á sus compañeros. Y como le instaran para que cogiera el pan y el huevo duro que le correspondía, contestó: «¡No, por Alah! ¡comed vosotros y satisfacedos, que á mí me sería imposible comer un pan entero y un huevo duro yo solo! Así, pues, tome cada uno de vosotros el pan y el huevo duro que le corresponde, y luego, si os parece bien, me daréis la mitad de cada pan y de cada huevo; porque no cabe más en mi estómago, que es delicado.»

—Y en otra ocasión, fué á casa del carnicero y le dijo: «¡Hoy es día de fiesta en casa! Dame, pues, el mejor trozo que tengas de carne del carnero gordo.» Y el carnicero apartó para él todo el solomillo del carnero, que tenía un peso considerable, y se lo entregó. Y Goha llevó todo el solomillo á su mujer, diciéndole: «Haznos con este excelente solomillo filetes con cebollas. Y sazónalo bien á mi gusto.» Luego salió á dar una vuelta por el zoco.

Y he aquí que la esposa se aprovechó de la ausencia de Goha para asar á toda prisa el solomillo de carnero y comérselo con su hermano, sin dejar nada. Y cuando volvió Goha, sintió el apetitoso tufillo de los filetes asados, y se le dilataron las narices, y se le conmovió el estómago. Pero cuando estuvo sentado ante la bandeja, su mujer le llevó por toda comida un pedazo de queso griego y un pan duro. En cuanto al kabab, ni rastro de él había. Y Goha, que no había hecho mas que pensar en aquel kabab, dijo á su mujer: «¡Oh hija del tío! ¿y el kabab? ¿Cuándo vas á servírmelo?» Y ella contestó: «¡La misericordia de Alah sobre ti y sobre el kabab! Lo ha devorado el gato mientras yo estaba en el retrete.» Y Goha, sin decir palabra, se levantó y cogió al gato y lo pesó en la balanza de la cocina. Y observó que pesaba bastante menos que el solomillo de carnero que había llevado él. Y se encaró con su esposa, y le dijo: «¡Oh hija de perros! ¡oh desvergonzada! Si este gato que tengo se ha comido la carne, ¿dónde está el peso

del gato? Y si lo que tengo es sólo el gato, ¿dónde está la carne?»

—Y otro día, estando su esposa ocupada en la cocina, le entregó al niño de pecho, hijo suyo, que tenía tres meses, y le dijo: «¡Oh padre de Abdalah! Ten al niño y mécele, mientras estoy junto al fogón. Luego te lo cogeré.» Y Goha accedió á quedarse con el niño, aunque aquello no le agradaba mucho. Y en aquel preciso momento sintió el niño ganas de mear, y empezó á mearse en el caftán nuevo de su padre. Y Goha, en el límite de la contrariedad, se apresuró á dejar en el suelo al niño, y presa de furor, empezó á mearse en él, á su vez. Y al verle su esposa conducirse de aquel modo, acudió gritando: «¡Oh rostro de brea! ¿qué haces al niño?» Y él le contestó: «¿Estás ciega? ¿Pues no ves que me meo en él para no tratarle como á un hijo extraño? Porque, si hubiese sido el hijo de un extraño quien se hubiese meado en mí, y no mi propio hijo, en verdad que hubiese vaciado mi interior sin duda alguna en su cara.»

—Y una noche en que estaba reunido con sus amigos, le dijeron éstos: «¡Ya Si-Goha! Puesto que estás tan instruído en las ciencias y tan versado en la astronomía, ¿puedes decirnos qué es de la luna cuando pasa su último cuarto?» Y Goha contestó: «¿Qué os ha enseñado entonces el maestro de escuela, ¡oh compañeros!? ¡Por Alah! ¡pues cada vez

que una luna está en su último cuarto, se la rompe para hacer de ella estrellas!»

—Y otro día, Goha fué en busca de un amigo suyo y le dijo: «El vecino se debe á su vecino. Préstame una marmita para cocer en casa una cabeza de carnero...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 923.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...Préstame una marmita para cocer en casa una cabeza de carnero.» Y el vecino prestó á Goha la marmita en cuestión. Y se coció en ella lo que se coció. Y al día siguiente Goha devolvió la marmita á su propietario. Pero había tenido cuidado de meter en ella otra marmita más pequeña. Y el vecino se asombró mucho, cuando recuperó lo que le pertenecía, al ver que le había dado fruto. Y dijo á Goha: «¡Ya Si-Goha! ¿qué marmita es esta pequeña que veo dentro de mi marmita?» Y dijo Goha: «No sé; pero supongo que será que tu marmita ha parido esta noche.» Y dijo el otro: «¡Alahu akbar! Se trata de un beneficio de la bendición por mediación tuya,

¡oh rostro de buen augurio!» Y colocó en el vasar de la cocina la marmita y su hija.

Al cabo de cierto tiempo volvió Goha á casa de su vecino y le dijo: «Si no fuera por miedo á molestarte, ¡oh vecino! te pediría la marmita con su hija, que las necesito hoy.» Y el otro contestó: «De todo corazón amistoso, ¡oh vecino!» Y le entregó la marmita con la otra más pequeña dentro. Y Goha las cogió y se marchó. Y transcurrieron varios días sin que Goha devolviese lo que se había llevado. Y el vecino fué á buscarle, y le dijo: «¡Ya Si-Goha! No es por falta de confianza en ti, pero en casa necesitamos hoy el utensilio que te llevaste.» Y Goha preguntó: «¿Qué utensilio, ¡oh vecino!?» Y el otro dijo: «¡La marmita que te presté y engendró!» Y contestó Goha: «¡Alah la tenga en su misericordia! Se ha muerto.» Y dijo el vecino: «¡No hay más dios que Alah! ¿Cómo se entiende, ¡oh Goha!? ¿Es que puede morirse una marmita?» Y Goha dijo: «¡Todo lo que engendra, muere! ¡De Alah venimos, y á Él retornaremos!»

—Y otra vez, un felah regaló á Goha una gallina cebada. Y Goha hizo guisar la gallina é invitó al felah á la comida. Y se comieron la gallina y quedaron muy satisfechos. Pero al cabo de cierto tiempo llamó á la puerta de Goha otro felah y pidió albergue. Y Goha le abrió y le dijo: «Bien venido seas; pero ¿quién eres?» Y el felah contestó: «Soy vecino del que te regaló la gallina.» Y Goha con-

testó: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos!» Y le albergó con toda cordialidad y le dió de comer y no le hizo carecer de nada. Y el otro se marchó tan contento. Y algunos días después llamó á la puerta un tercer felah. Y Goha preguntó: «¿Quién es?» Y dijo el hombre: «Soy vecino del vecino del que te ha regalado la gallina.» Y Goha dijo: «No hay inconveniente.» Y le hizo entrar y sentarse ante la bandeja de manjares. Pero por todo alimento y por toda bebida puso delante de él una marmita con agua caliente, en la superficie de la cual se veían algunas gotitas de grasa. Y el felah, viendo que no había más, preguntó: «¿Qué es esto, ¡oh huésped mío!» Y Goha contestó: «¿Esto? Pues la sustancia de la sustancia del agua en que se coció la gallina.»

—Y un día en que los amigos de Goha querían divertirse á costa suya, se concertaron entre sí, y le llevaron al hammam. Y llevaron huevos sin que Goha lo sospechara. Y cuando estuvieron en el hammam y se desnudaron todos, entraron con Goha en la sala de las sudaciones y dijeron: «¡Ha llegado el momento! Cada cual de nosotros va á poner un huevo.» Y añadieron: «Aquel de nosotros que no pueda poner tendrá que pagar la entrada al hammam de todos los demás.» Y acto seguido se pusieron todos en cuclillas, cacareando á más y mejor, á manera de gallinas. Y cada uno de ellos acabó por sacar un huevo de debajo de sí. Y al ver aquello,

Goha enarboló de pronto el niño de su padre, y lanzando el cacareo del gallo, se precipitó sobre sus amigos, disponiéndose á asaltarlos. Y se levantaron muy de prisa todos, gritándole: «¿Qué vas á hacer, ¡oh miserable!?» Y Goha contestó: «¿No lo estáis viendo? ¡Por vida mia! ¡veo gallinas delante de mí, y como soy el único gallo, tengo que montarlas!»

—También hemos llegado á saber que Goha tenía costumbre de ponerse todas las mañanas á la puerta de su casa y recitar á Alah esta plegaria: «¡Oh Generoso! Tengo que pedirte cien dinares de oro, ni uno más ni uno menos, porque los necesito. ¡Pero si, en vista de Tu generosidad, pasasen de la cifra de ciento, aunque sólo fuese un dinar, ó si, por mi carencia de méritos, faltara un solo dinar de los ciento que te pido, no aceptaría el don!»

Y he aquí que entre los vecinos de Goha había un judío enriquecido (¡de Alah nos viene la riqueza!) con toda clase de negocios reprensibles (¡sepultado sea en los fuegos del quinto infierno!). Y el tal judío oía todos los días á Goha recitar en voz alta aquella plegaria delante de su puerta. Y pensó para sí: «¡Por vida de Ibrahim y de Yacub, que voy á hacer con Goha un experimento! Y ya veré cómo sale de la prueba.» Y cogió una bolsa con noventa y nueve dinares de oro nuevo, y desde su ventana la tiró á los pies de Goha cuando éste recitaba su plegaria acostumbrada de pie ante el umbral de su casa. Y Goha recogió la bolsa, mientras el judío le

vigilaba para ver en qué paraba el asunto. Y vió á Goha desatar los cordones de la bolsa, vaciando el contenido en su regazo y contando los dinares uno á uno. Luego oyó que Goha, al notar que faltaba un dinar para los ciento que había pedido, exclamaba, alzando las manos hacia su Creador: «¡Oh Generoso! ¡loado y reverenciado y glorificado seas por tus beneficios! Pero el don no está completo, y en vista de mi promesa, no puedo aceptarlo tal como viene.» Y añadió: «Por eso voy á gratificar con ello á mi vecino el judío, que es un hombre pobre, cargado de familia, y un modelo de honradez.» Y así diciendo, cogió la bolsa y la tiró dentro de la casa del judío. Luego se fué por su camino.

Cuando el judío vió y oyó todo aquello, llegó al límite de la estupefacción, y se dijo: «¡Por los cuernos luminosos de Mussa, nuestro vecino Goha es un hombre lleno de candor y de buena fe! Pero no puedo verdaderamente opinar con respecto á él mientras no haya comprobado la segunda parte de su aserto.» Y al día siguiente tomó la bolsa, metió en ella cien dinares más uno, y la tiró á los pies de Goha en el momento en que éste recitaba su acostumbrada plegaria delante de su puerta. Y Goha, que demasiado sabía de dónde caía la bolsa, pero continuaba fingiendo creer en la intervención del Altísimo, se inclinó y recogió el don. Y cuando contó de un modo ostensible las monedas de oro, se encontró con que aquella vez era ciento uno el número de dinares. Entonces dijo, levantando las

manos al cielo: «¡Ya Alah, tu generosidad no tiene límites! He aquí que me has concedido lo que te pedía con toda confianza, y aun has querido colmar mi deseo, dándome más de lo que anhelaba. Así es que, para no herir tu bondad, acepto este don tal como viene, aunque en esta bolsa hay un dinar más de los que yo pedía.» Y tras de hablar así, se guardó la bolsa en el cinturón é hizo andar una tras otra á sus dos piernas.

Cuando el judío, que miraba á la calle, vió que Goha se guardaba de tal suerte la bolsa en su cinturón y se marchaba tranquilamente, se puso muy amarillo de color y sintió que de cólera se le salía el alma por la nariz. Y se precipitó fuera de su casa y corrió detrás de Goha, gritándole: «¡Espera, oh Goha, espera!» Y Goha dejó de andar, y encarándose con el judío, le preguntó: «¿Qué te pasa?» El otro contestó: «¡La bolsa! ¡devuélveme la bolsa!» Y dijo Goha: «¿Devolverte la bolsa de cien dinares y un dinar que Alah me ha deparado? ¡Oh perro de judío! ¿es que esta mañana ha fermentado tu razón en tu cráneo? ¿O acaso piensas que debo dártela, como te di la de ayer? En ese caso, puedes desengañarte, porque ésta la guardo por miedo á ofender al Altísimo en Su generosidad para conmigo, que soy indigno de ella. Bien sé que hay un dinar de más en esta bolsa, pero eso no perjudica á los demás. ¡Por lo que á ti respecta, ya estás marchándote!» Y enarboló un grueso garrote nudoso é hizo ademán de dejarlo caer con todo su peso sobre la

cabeza del judío. Y el desgraciado de la descendencia de Yacub se vió obligado á volverse con las manos vacías y la nariz alargada hasta los pies.

—Y otro día Si-Goha escuchaba en la mezquita predicar al khateb. Y en aquel momento el khateb explicaba á sus oyentes un extremo de derecho canónico, diciendo: «¡Oh creyentes! Sabed que si á la caída de la noche el marido cumple con su esposa los deberes de un buen esposo, se verá recompensado por el Retribuidor como si hubiese sacrificado un carnero. Pero si la copulación lícita tiene lugar durante el día, se le tendrá en cuenta al marido como si se tratara del rescate de un esclavo. ¡Y si la cosa se realiza á medianoche, la recompensa será igual á la obtenida por el sacrificio de un camello!»

Y he aquí que, de vuelta en su casa, Si-Goha transmitió á su esposa estas palabras. Luego se acostó á su lado para dormir. Pero la mujer, sintiéndose poseída de violentos deseos, dijo á Goha: «Levántate, ¡oh hombre! á fin de que ganemos la recompensa que se obtiene por el sacrificio de un carnero.» Y Goha dijo: «Está bien.» E hizo la cosa, y volvió á acostarse. Pero á medianoche de nuevo se sintió la hija de perro con el organismo en disposición copulativa, y volvió á despertar á Goha, diciéndole: «Ven, ¡oh hombre! para que juntos nos procuremos el beneficio que reporta el sacrificio de un camello...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 924.^a NOCHE*

Ella dijo:

«...Ven, ¡oh hombre! para que juntos nos procuremos el beneficio que reporta el sacrificio de un camello.» Y Goha se despertó refunfuñando, y con los ojos medio cerrados, hizo la cosa en cuestión. Y al punto se volvió á dormir. Pero á primera hora de la mañana, la esposa, asaltada de nuevos deseos, sacó de su sueño á Goha, diciéndole: «¡Date prisa ¡oh hombre! á despertarte antes de que salga el sol, que tenemos que hacer juntos lo que nos proporcionará, de parte del Retribuidor, el precio acordado por el rescate de un esclavo!» Pero aquella vez Goha no quiso oír nada, y contestó: «¡Oh mujer! ¿y qué esclavitud peor que la de un hombre que se ve obligado á sacrificar á su propio niño? Deja, pues, al niño de su padre, y rescátame el primero á mí, que soy tu esclavo.»

—Y otro día, en otra mezquita, Si-Goha escuchaba piadosamente al imam, que decía: «¡Oh creyentes que evitáis á vuestras mujeres para correr en pos de las nalgas de los mancebos! Sabed que

cada vez que un creyente realiza con su esposa el acto conyugal, Alah levanta para él un kiosco en el paraíso.» Y de vuelta en su casa, Goha contó á su mujer la cosa, porque así salió en la conversación, aunque sin darle importancia. Pero la esposa, que no había dejado salir por la otra oreja lo que le había entrado por una, esperó á que estuviesen acostados los niños, y dijo á Goha: «¡Bueno, ven para que hagamos que nos levanten un kiosco á nombre de nuestros hijos!» Y Goha contestó: «No hay inconveniente.» Y metió la herramienta del albañil en el cajón de la argamasa. Luego se acostó.

Pero al cabo de una hora de tiempo, la esposa de ojos vacíos despertó á Goha, y le dijo: «Me he olvidado de que tenemos una hija casadera que debe habitar sola. Levantemos un kiosco para ella.» Y Goha dijo: «¡Vaya, ualahi! ¡Sacrifiquemos al muchacho por la muchacha!» E introdujo al niño con sabido en la cuna que le reclamaba. Luego se echó en su colchón, resoplando, y se volvió á dormir. Pero á medianoche la esposa le tiró del pie, reclamando otro kiosco para su madre. Y Goha exclamó: «¡Sea la maldición de Alah con los pedigüños indiscretos! ¿Acaso no sabes ¡oh mujer de ojos vacíos! que la generosidad de Alah prescindiría de nosotros si le obligáramos á levantar tantos kioscos á nuestro nombre?» Y siguió roncando.

—Y un día entre los días, una mujer devota entre las vecinas de Goha estaba orando, cuando, por

inadvertencia, se le escapó un cuesco. Y como no acostumbraba á hacerlo, no supo con exactitud si el cuesco consabido lo había engendrado ella realmente, ó si el ruido que oyó provenía del roce de su pie contra las baldosas ó de un gemido lanzado al orar. Y llena de escrúpulos, fué á consultar á Goha, de quien sabía estaba muy versado en la jurisprudencia. Y se lo explicó y le pidió su opinión. Y Goha, á manera de respuesta, soltó al punto un cuesco de importancia y preguntó á la devota: «¿Era un ruido como éste, tía mía?» Y la vieja devota contestó: «¡Era un poco más fuerte!» Y Goha soltó al punto un segundo cuesco más importante que el primero, y preguntó á la devota: «¿Era así?» Y ella contestó: «Era más fuerte todavía.» Entonces Goha exclamó: «¡No, por Alah; entonces no era un ventoseo, sino una tempestad! ¡Vete segura, ¡oh Madre de los Ventoseos! porque si no, á fuerza de hacer ganas, voy á hacer pasteles!»

—Y un día, el asombroso conquistador tártaro Timur-Lenk, el Cojo de hierro, pasó cerca de la ciudad donde residía Si-Goha. Y se reunieron los habitantes, y después de discutir mucho la manera de impedir al khan tártaro que devastara su ciudad, acordaron rogar á Si-Goha que les sacara de tan cruel apuro. Y al punto Si-Goha hizo que le llevaran toda la muselina que había disponible en los zocos, y con ella se fabricó un turbante del tamaño de una rueda de carro. Luego montó en su burro, y

salió de la ciudad al encuentro de Timur. Y cuando estuvo en su presencia, el tártaro observó aquel turbante extraordinario, y dijo á Goha: «¿Cómo traes ese turbante?» Y Goha contestó: «¡Oh soberano del mundo! Es mi gorro de noche, y te suplico que me dispenses por haber venido entre tus manos con este gorro de noche; pero dentro de un instante tendré mi gorro de día, que viene detrás cargado en un carromato alquilado á tal fin.» Entonces Timur-Lenk, espantado del enorme tocado de los habitantes, no pasó por aquella ciudad. Y lleno de simpatía por Goha, le retuvo á su lado, y le preguntó: «¿Quién eres?» Y Goha contestó: «¡Aquí donde me ves, soy el dios de la tierra!» Y Timur, que era de raza tártara, en aquel momento estaba rodeado de algunos mozalbetes, que eran los más hermosos de su nación y tenían, como es corriente en los de su raza, los ojos muy pequeños y encogidos. Y dijo á Goha, mostrándole aquellos niños: «Y bien, ¡oh dios de la tierra! ¿encuentras de tu gusto á estos lindos niños que aquí ves? ¿Tiene par su belleza?» Y Goha dijo: «No es por disgustarte, ¡oh soberano del mundo! pero me parece que estos niños tienen los ojos demasiado pequeños, y á causa de ello carece de gracia su rostro.» Y Timur le dijo: «¡No te preocupes por eso! ¡Y puesto que eres el dios de la tierra, hazme el favor de agrandarles los ojos!» Y Goha contestó: «¡Oh mi señor! ¡respecto á los ojos del rostro, sólo Alah puede agrandarlos, pues, por mi parte, yo, que soy el dios de la tierra, sólo puedo

agrandarles el ojo que tienen de cintura para abajo!» Y al oír estas palabras, Timur comprendió con qué clase de granuja tenía que habérselas, y se regocijó con su réplica, y en lo sucesivo le retuvo con él como bufón habitual.

—Y un día, Timur, que no solamente era cojo y tenía un pie de hierro, sino también tuerto y extremadamente feo, charlaba de unas cosas y de otras con Goha. Y á la sazón entró el barbero de Timur, y después de afeitarse la cabeza, le presentó un espejo para que se mirase. Y Timur se echó á llorar. Y siguiendo su ejemplo, Goha rompió en llanto, y lanzó suspiros tras gemidos; é invirtió en ello una ó dos horas de tiempo. Así es que ya había acabado de llorar Timur, y Goha seguía sollozando y lamentándose. Y Timur, asombrado, le dijo: «¿Qué te pasa? Si yo he llorado, fué porque me miré en el espejo de este barbero de mal augurio y me encontré verdaderamente feo. Pero ¿por qué motivo viertes tantas lágrimas y continuas gimiendo tan lamentablemente?» Y Goha contestó: «Dicho sea con todo respeto, ¡oh soberano nuestro! he de hacerte observar que ha bastado que te mires un breve instante en el espejo para llorar dos horas de tiempo. ¿Qué tiene, pues, de sorprendente que tu esclavo, que te está mirando todo el día, llore más tiempo que tú?» Y á estas palabras, en vez de enfadarse, Timur se echó á reír de tal manera, que se cayó de trasero.

—Y otro día, estando Timur á la mesa, eructó muy cerca de la cara de Goha. Y exclamó Goha: «¡Oh soberano mío! ¡eructar es un acto vergonzoso!» Y Timur, asombrado, dijo: «En nuestro país no se tiene por vergonzoso el eructo.» Y Goha no contestó nada; pero, al final de la comida, soltó un cuesco ruidoso. Y exclamó Timur, enfadado: «¡Oh hijo de perro! ¿qué haces? ¿Y no te da vergüenza?» Y Goha contestó: «¡Oh mi señor! En nuestro país no se tiene eso por vergonzoso. ¡Y como sé que no comprendes la lengua de nuestro país, no he tenido escrúpulo en hacerlo!»

—Otro día, en otra ocasión, Goha reemplazaba al khateb en la mezquita de un pueblo vecino. Y cuando hubo acabado de predicar, dijo á sus oyentes, meneando la cabeza: «¡Oh musulmanes! El clima de vuestra ciudad es exactamente el mismo que el de mi pueblo.» Y ellos dijeron: «¿Por qué lo dices?» Él contestó: «Porque acabo de tentarme el zib, y lo encuentro como en mi pueblo, flojo y colgando sobre mis testículos. ¡La zalema con todos vosotros, que me voy!»

—Y otro día predicaba Goha en la mezquita, y á manera de conclusión, alzó las manos al cielo, y dijo: «Dámoste gracias y te glorificamos por Tus bondades, ¡oh Dios verídico y todopoderoso que no nos has colocado el trasero en la mano!» Y asombrados por aquella acción de gracias, sus oyentes

le preguntaron: «¿Qué quieres decir con esa extraña plegaria, ¡oh khateb!?» Y Goha dijo: «¡Pues bien claro, está, por Alah! Si el Donador nos hubiese creado con el trasero en la mano, nos mancharíamos la nariz cien veces al día.»

—Y otra vez, subido también en el púlpito, tomó la palabra, diciendo: «¡Oh musulmanes! ¡loores á Alah, que no nos ha colocado detrás lo que tenemos delante!» Y le preguntaron: «¿Por qué dices eso?...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 925.^a NOCHE*

Ella dijo:

«...¡Oh musulmanes! ¡loores á Alah, que no nos ha colocado detrás lo que tenemos delante!» Y le preguntaron: «¿Por qué dices eso?» Él dijo: «Porque si el báculo estuviera situado detrás, cada cual, sin querer, podría tornarse semejante á los compañeros de Loth, haciendo aquello á lo que sólo pudo sustraerse Loth.»

—Y un día, encontrándose sola y completamente

desnuda, la mujer de Goha se puso á tentar su historia con mucha fruición, diciendo: «¡Oh caro tesoro! ¿por qué no tendré dos ó tres ó cuatro como tú? Eres manantial de mis placeres, y me procuras preciosas ventajas.» Y he aquí que quiso el Destino que llegase Goha mientras tanto. Y oyó aquellas palabras, y comprendió por qué se expresaba así su esposa. Entonces sacó su herencia, y le dijo, llorando: «¡Oh hijo de perro! ¡oh proxeneta! ¡cuántas calamidades has atraído sobre mi cabeza! ¡Ojalá no hubieras sido nunca el niño de tu padre!»

—Y otro día penetró Goha en la viña de su vecino, y se puso á comer uvas como un zorro, cogiendo los racimos por el rabo y sacándoselos de la boca sin un grano. Y he aquí que de repente apareció el vecino, amenazándole con un garrote y gritándole: «¿Qué haces ahí, ¡oh maldito!?» Y Goha contestó: «Tenía retortijones, y he entrado aquí para descargar el vientre.» Y el otro preguntó: «Si es verdad eso, vamos á ver dónde está lo que has hecho.» Y Goha se quedó muy perplejo por un instante; pero, tras de mirar á un lado y á otro buscando con qué justificarse, mostró al viñero una boñiga de asno, diciéndole: «Aquí tienes la prueba.» Y el hombre dijo: «¡Cállate, ¡oh embustero! ¿Desde cuándo eres un burro?» Y al punto sacó Goha su zib, que era enorme, y dijo: «Desde que el Retribuidor me gratificó con la herramienta calamitosa que estás viendo.»

—Y un día se paseaba Goha á orillas del río, y vió un grupo de lavanderas lavando ropa interior. Y las lavanderas, al verle, se acercaron á él y le rodearon como un enjambre de abejas. Y una de ellas, levantándose la ropa, dejó al descubierto el cebón. Y Goha lo advirtió y volvió la cabeza, diciendo: «En ti me refugio, ¡oh Protector del Pudor!» Pero las lavanderas le dijeron alborotadas: «¿Qué te pasa, ¡oh pillastre!? ¿Acaso no sabes el nombre de este bienaventurado?» Él dijo: «¡Demasiado sé que se llama el Origen de mis males!» Pero ellas exclamaron: «¡Quiá! ¡Si es el Paraíso del Pobre!» Entonces Goha pidió permiso para retirarse, apartándose un poco, y envolvió al niño con la tela de su turbante, como en un sudario, y se acercó de nuevo á las lavanderas, que le preguntaron: «¿Qué es eso, ¡oh Goha!?» Él dijo: «Es un pobre que ha muerto, y desea entrar en el paraíso consabido.» Y se echaron ellas á reir hasta caerse. Y al propio tiempo notaron que fuera del sudario colgaba una cosa y que era la bolsa enorme de Goha. Y le dijeron: «¡Bueno! Pero ¿qué es eso que cuelga de tal modo por debajo del muerto, como dos huevos de avestruz?» Él dijo: «¡Son los dos hijos de este pobre, que han venido á visitar su tumba!»

—Y una vez estaba Goha de visita en casa de la hermana de su esposa. Y le dijo ella: «¡Ya Si-Goha! Me veo precisada á ir al hammam, por lo que te ruego que tengas cuidado de mi mamoncillo durante

mi ausencia.» Y se marchó. Entonces el pequeñuelo empezó á gritar y á chillar. Y Goha, muy fastidiado, se dispuso á hacer por calmarle. Sacó, pues, su *rahat-lucum* y se lo dió á chupar al mamoncillo, que no tardó en dormirse. Y cuando estuvo de vuelta la madre y vió al niño dormido, dió muchas gracias á Goha, que le dijo: «De nada, ¡oh hija del tío! y si hubiera hecho contigo lo que con él y hubieses probado mi narcótico, también te hubieras dormido, dando con la cabeza antes que con los pies.»

—Y otra vez se disponía Goha á violar á su burro á la puerta de una mezquita aislada. Y acertó á pasar un hombre que iba á hacer sus devociones en aquella mezquita. Y vió á Goha que estaba muy ocupado en la cosa consabida. Y asqueado, escupió en el suelo manifiestamente. Y Goha le miró atravesado, y le dijo: «¡Da gracias á Alah, que si no tuviera yo ahora entre manos una cosa tan urgente, ya te enseñaría á escupir aquí!»

—Y otra vez Goha estaba tumbado en el camino, á pleno sol, un día de calor, teniendo en la mano su garboso báculo al descubierto. Y le dijo un transeunte: «Vergüenza sobre ti, ¡oh Goha! ¿Qué estás haciendo?» Y Goha contestó: «Calla, ¡oh hombre! y vete de mi vista. ¿No ves que he sacado á tomar el aire á mi niño para refrescarle?»

—Y otro día fueron á preguntar á Goha en consulta jurídica: «Si en la mezquita suelta un cuesco

el imam, ¿qué debe hacer la asamblea?» Y Goha contestó sin vacilar: «¡Es evidente que lo que debe hacer es responder!»

—Y Goha y su mujer iban por la orilla del río un día de crecida. Y de pronto, dando un mal paso, la mujer resbaló y cayó al agua. Y como la corriente era muy fuerte, se la llevó. Y Goha no vaciló en tirarse al agua para pescar á su mujer; pero, en lugar de seguir la corriente, fué en dirección contraria. Y la gente que se había reunido le hizo observar aquello, y le dijo: «¿Qué buscas, ya Si-Goha?» Y contestó él: «¡Por Alah! ¡busco á la hija del tío, que se ha caído al agua!» Y le contestaron: «¡Pero ¡oh Goha! ha debido arrastrarla la corriente, y la estás buscando contra corriente!» Dijo él: «¡Quiá! ¡Conozco á mi esposa mejor que vosotros! ¡Tiene un carácter tan atrabiliario, que de antemano estoy seguro de que ha ido contra la corriente!»

—Y otro día llevaron un hombre á presencia de Goha, que desempeñaba entonces las funciones de kadí. Y le dijeron: «El hombre que ves aquí ha sido sorprendido en plena calle mientras se dedicaba á violar á un gato.» Y como había testigos del hecho, el hombre no pudo negar de una manera aceptable. Y Goha le dijo: «¡Vamos, habla! ¡Si me dices la verdad, te será otorgada la indulgencia de Alah! ¡Dime, pues, cómo te has arreglado para violar al gato!» Y el hombre contestó: «¡Por Alah, ¡oh nues-

tro señor el kadí! he acercado lo que tú sabes á la puerta de la gracia, y he forzado esa puerta sujetando las patas del animal con mis manos y su cabeza con mis rodillas! Y como la cosa había resultado bien la vez primera, he cometido la torpeza de reincidir. Confieso mi falta, ¡oh señor kadí!» Pero Goha exclamó: «Mientes, ¡oh hijo de proxenetas! ¡Porque yo he intentado más de treinta veces hacer lo mismo que tú, sin obtener buen resultado nunca!» Y mandó que le dieran una paliza.

—Otro día, estando Goha de visita en casa del kadí de la ciudad, se presentaron dos querellantes, y dijeron: «¡Oh señor kadí! Nuestras casas se hallan tan próximas, que se tocan. Y he aquí que esta noche ha venido un perro á ensuciarse entre nuestras dos puertas, á igual distancia. Y venimos en tu busca para que nos digas á quién incumbe recoger la cosa.» Y el kadí se encaró con Goha, y le dijo con acento irónico: «A tu juicio dejo la tarea de examinar este caso y de sentenciarlo.» Y Goha se encaró con ambos querellantes, y dijo á uno: «Vamos á ver, ¡oh hombre! ¿ha ocurrido el hecho evidentemente más cerca de tu puerta?» El hombre contestó: «¡La verdad es que la cosa ha tenido lugar en medio exactamente!» Y Goha preguntó al segundo: «¿Es cierto, ó quizá la cosa está más hacia tu casa?» El otro contestó: «¡La mentira es ilícita! La cosa ha tenido lugar exactamente entre nosotros dos, en la calle.» Entonces Goha dijo, á manera de

sentencia: «Ya está resuelto el asunto. Esa tarea no os incumbe ni á uno ni á otro, sino á quien, por deber de su cargo, corresponde el cuidado de las calles, es decir, á nuestro señor el kadí.»

—Y otro día, el hijo de Goha, que tenía cuatro años de edad, había ido con su padre á casa de unos vecinos que estaban de fiesta. Y le presentaron una hermosa berenjena, preguntándole: «¿Qué es esto?» Y el niño contestó: «¡Un ternerillo que todavía no ha abierto los ojos!» Y todo el mundo se echó á reir, mientras Goha exclamaba: «¡Por Alah, que no soy yo quien se lo ha enseñado!»

—Y finalmente, estando Goha otro día con ganas de copulación, sacó al aire el niño de su padre. Y he aquí que, por casualidad, una mosca de la miel se posó en la cabeza de la herramienta. Y Goha se pavoneó, exclamando...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 926.^a NOCHE*

Ella dijo:

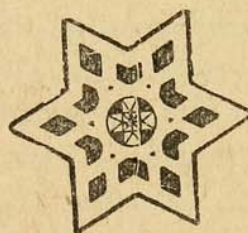
...Y he aquí que, por casualidad, una mosca de la miel se posó en la cabeza de la herramienta. Y

Goha se pavoneó, exclamando: «Por Alah, que sabes lo que es bueno, ¡oh mosca! Porque ésta es una flor digna de ser escogida entre todas las flores para hacer miel.»

«Y estas son, ¡oh rey afortunado! — continuó Schahrazada — solamente algunas entre las numerosas gracias, palabras, tonterías y teorías del maestro de las divisas y de las risas, el delicioso é inolvidable Si-Goha. ¡La misericordia y la bendición de Alah sean con él! ¡Y ojalá se conserve viva su memoria hasta el día de la Retribución!»

Y dijo el rey Schahriar: «¡Esas gracias de Goha me han hecho olvidar las más graves preocupaciones, Schahrazada!» Y la pequeña Doniazada exclamó: «¡Oh hermana mía! ¡cuán dulces y sabrosas y frescas son tus palabras!» Y Schahrazada dijo: «Pero ¿qué es eso comparado con la HISTORIA DE LA JOVENZUELA OBRA MAESTRA DE LOS CORAZONES, LUGARTENIENTA DE LOS PÁJAROS?» Y el rey Schahriar exclamó: «¡Por Alah, ¡oh Schahrazada! que conozco bastantes jovenzuelas, y he visto más aún, pero no recuerdo ese nombre! ¿Quién es, pues, Obra Maestra de los Corazones, y cómo es lugartenienta de los pájaros?»







Historia de la jovenzuela Obra Maestra de los Corazones, lugarteniente de los pájaros



Y dijo Schahrazada:

He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que en Bagdad, ciudad de paz y morada de todas las alegrías y residencia de los placeres y jardín del ingenio, el califa Harún Al-Rachid, vicario del Señor de los tres mundos y Emir de los Creyentes, tenía por compañero de copa y amigo preferido, entre sus íntimos y coperos, á aquel cuyos dedos manejaban la armonía, cuyas manos eran las bienamadas de los laúdes y cuya voz era una enseñanza para los ruiñeñores, al músico rey de los músicos y maravilla de la música de su tiempo, al prodigioso cantor Ishak Al-Nadim, de Mosul. Y el califa, que le quería con un cariño extremado, habíale dado por morada el más hermoso de sus palacios y el más selecto. Y tenía Ishak por

cargo y misión instruir en el arte del canto y en la armonía á las jóvenes más á propósito entre las que se compraban en el zoco de las esclavas y en los mercados del mundo para el harén del califa. Y en cuanto una de ellas se distinguía entre sus compañeras y las adelantaba en el arte del canto, del laúd y de la guitarra, Ishak la conducía ante el califa, y la hacía cantar y tocar delante de él. Y si gustaba al califa, la hacían entrar en su harén inmediatamente. Pero si no le gustaba bastante, volvía á ocupar su sitio entre las discípulas del palacio de Ishak.

Un día entre los días, el Emir de los Creyentes, sintiéndose el pecho oprimido, mandó buscar á su gran visir Giafar el Barmecida, y á Ishak, su compañero de copa, y á Massrur, el portaalfanje de su venganza. Y cuando estuvieron entre sus manos, les ordenó que se disfrazaran, como acababa de hacer él mismo. Y disfrazados de tal modo, parecían un simple grupo de particulares. Y Al-Fazl, el hermano de Giafar, y Yunús el letrado se juntaron á ellos, disfrazados también. Y todos salieron del palacio sin ser notados, y llegaron al Tigris, y llamaron á un batelero, y se hicieron conducir hasta Al-Taf, barrio de Bagdad. Y aterrizaron allá y caminaron al azar por la ruta de los encuentros fortuitos y de las aventuras inopinadas.

Y mientras marchaban charlando y riendo, vieron ir hacia ellos á un anciano de barba blanca y de aspecto venerable, que se inclinó ante Ishak y

le besó la mano. E Ishak le reconoció como uno de los proveedores que aprovisionaban de jóvenes y de mozalbetes el palacio del califa. Y á aquel jeque precisamente era al que se dirigía Ishak cada vez que deseaba una nueva tanda de discípulas para su escuela de música.

Y he aquí que, precisamente cuando el jeque hubo abordado de tal modo á Ishak, sin sospechar que iba acompañado del Emir de los Creyentes y de su visir Giafar y de sus amigos, se excusó mucho por haberle molestado é interrumpido su paseo, y añadió: «¡Oh mi señor! Hace mucho tiempo que deseo verte. E incluso tenía decidido ir á buscarte en tu palacio. Pero ya que Alah me ha puesto hoy en el camino de tu gracia, voy á hablarte en seguida de lo que preocupa á mi espíritu.» E Ishak preguntó: «¿Y de qué se trata, pues, ¡oh venerable!? ¿Y en qué puedo servirte?» Y el mercader de esclavos contestó: «Escucha. En este momento tengo, en el depósito de esclavos, una joven que está muy diestra ya en el laúd, y que no tardará en hacer honor á tu escuela, pues se halla muy bien dotada, y mejor que ninguna sabrá ella aprovecharse de tu admirable enseñanza. Y como, además, su gracia es continuación de los dones de su espíritu, creo que no dejarás de echar sobre ella una ojeada y de prestar por un instante tu oído precioso á la prueba de su voz. Y si te place ella, todo saldrá á pedir de boca. De no ser así, la venderé á cualquier mercader, y sólo me restará renovar mis excusas por la moles-

tia que te ocasiono á ti y á estos honorables señores, amigos tuyos.»

Al oir estas palabras del viejo mercader de esclavos, Ishak consultó con una rápida ojeada al califa, y contestó: «¡Oh tío! Precédenos, pues, al depósito de esclavos, y prevén á la joven consabida, á fin de que se prepare á ser vista y oída por todos nosotros. Porque me acompañarán mis amigos.» Y el jeque contestó con el oído y la obediencia, y desapareció á buen paso, en tanto que el califa y sus compañeros se dirigían más despacio al depósito de esclavos, guiados por Ishak, que conocía el camino.

Y aunque la aventura no tenía nada de extraordinaria, la aceptaron de buena gana, como á orillas del mar acepta el pescador la suerte que Alah ha escrito para su primer redada. Y al acercarse al depósito de esclavos, vieron que era un edificio alto de murallas y amplio de espacio, que podría alojar cómodamente á todas las tribus del desierto. Y franquearon la puerta y entraron en una sala grande, reservada para la venta y la compra, y rodeada de bancos en que se sentaban los compradores. Y también sentáronse ellos en aquellos bancos, mientras el anciano, que les había precedido, iba á buscar á la joven. Y habíase preparado para ella, precisamente en medio de la sala, una especie de trono de madera preciosa, cubierto con una tela bordada de Jonia, al pie del cual se hallaba un laúd de Damasco con cuerdas de plata y oro.

Y de pronto la joven que esperaban hizo su entrada con la gracia de una rama que se balancea. Y se sentó en el trono preparado, saludando á la concurrencia. Y parecía el sol cuando brilla en lo alto del cielo de mediodía. Y aunque le temblaban un poco las manos, cogió el laúd, lo apoyó contra su seno como haría una hermana con su hermanito, é hizo brotar del instrumento un preludio que entusiasmó los espíritus. E inmediatamente hirió en otro tono las cuerdas dóciles, y cantó estos versos del poeta:

¡Suspira, ¡oh mañana! á fin de que uno de tus suspiros flotantes se destaque y llegue hasta la tierra de la amada! ¡Y lleva mi saludo perfumado á todo el caro y brillante grupo!

¡Y di á mi amiga que me he dejado el corazón en prenda de su amor! ¡Porque mi deseo es más fuerte que cuanto de ordinario desalienta á los enamorados!

¡Dile que ha herido con un golpe mortal mi corazón y mis ojos! ¡Pero mi pasión aumenta y se exalta cada vez más!

¡Y mi espíritu, lacerado por el amor todas las noches, ha hecho olvidar á mis párpados el arte de hacerse obedecer del sueño!

Cuando la joven hubo acabado de cantar estos versos, el califa no pudo por menos de exclamar: «¡Maschalah sobre tu voz y sobre tu arte, ¡oh ben-

dita! En verdad que has triunfado.» Pero de repente se acordó de su disfraz, y no dijo más, temiendo que le reconocieran. E Ishak tomó á su vez la palabra para cumplimentar á la joven. Pero no había acabado de abrir la boca, cuando la armoniosa jovenzuela se levantó vivamente de su asiento y fué á él y le besó respetuosamente la mano, diciendo: «¡Oh mi señor! Los brazos se inmovilizan en tu presencia, y á tu vista, las lenguas se callan, y la elocuencia frente á ti se torna muda. Y sólo tú, por lo que á mí respecta, puedes ser quien descorra el velo.» Y le dijo estas palabras mientras sus ojos lloraban.

Al ver aquello, le preguntó Ishak, muy sorprendido y emocionado...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 927.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Al ver aquello, le preguntó Ishak, muy sorprendido y emocionado: «¡Oh preciosa joven! ¿por qué se entristece tu alma y hace llorar á tus ojos? ¿Y quién eres, ¡oh tú á quien no conozco!?» Y la joven bajó los ojos sin contestar, é Ishak comprendió que no quería hablar en público. Y tras de consultar

con la mirada al califa intrigado, hizo correr la cortina que aislaba de la esclava la almoneda de los compradores, y dijo dulcemente: «Tal vez ahora quieras explicarte con todo desahogo y libertad.»

Y la joven, en cuanto se vió sola con Ishak, se levantó el velo del rostro con un gesto lleno de gracia, y apareció como era en verdad, muy hermosa, blanca cual la luna nueva, con un bucle negro en cada sien, una nariz recta y pura como el nácar transparente, una boca tallada en pulpa de granadas maduras, y un mentón adornado por una sonrisa. Y en aquel rostro libertado del velo se rasgaban unos grandes ojos negros hasta amenazar á las sienes con pasar de ellas.

Y tras de mirarla un momento sin hablar, Ishak le dijo, más dulcemente todavía: «Habla ¡oh joven! con toda confianza.» Entonces dijo ella, con una voz semejante á la voz del agua en las fuentes: «La duración de la espera y el tormento de mi espíritu han hecho que ya no se me reconozca, y las lágrimas que he vertido han lavado de su frescura á mis mejillas. Y no abre ninguna de las rosas de antaño.» E Ishak sonrió y dijo, interrumpiéndola: «¿Y desde cuándo ¡oh joven! florecen las rosas sobre la faz de la luna llena? ¿Y por qué tratas de rebajar con tus palabras tu propia belleza?» Ella contestó: «¿A qué podrá aspirar una belleza que hasta ahora no vivió mas que para sí misma? ¡Oh mi señor! Desde hace meses pasaban los días en este depósito de esclavos, ingeniándome yo, á cada nueva almo-

neda, por encontrar un pretexto para que no se me vendiera; porque siempre esperaba tu llegada y mi entrada en tu escuela de música, cuya fama se ha extendido hasta las llanuras de mi país.»

Y mientras ella hablaba de este modo, entró su propietario el mercader. E Ishak le preguntó: «¿Qué precio pones á la jovenzuela? Y ante todo, ¿cuál es su nombre?» Y el jeque contestó: «¡Respecto á su nombre, ¡oh mi señor! la llamamos Tohfa Al-Kulub, Obra Maestra de los Corazones! Porque ningún otro apelativo, en verdad, le va tan bien. En cuanto á su precio, debo decirte que ha sido discutido muchas veces entre los ricos aficionados que se presentaban con frecuencia, seducidos por sus ojos, y yo. Por lo menos, vale diez mil dinares. Y debo advertirte, á fin de que lo sepas, que ella es la que hasta ahora ha impedido á los compradores llevar más adelante sus negociaciones. Porque cada vez que yo le hacía ver, á petición suya, el rostro de los que se presentaban á comprar, ella me contestaba, sabiendo que no la vendería sin su consentimiento: «¡Este me disgusta por tal y cual motivo, y con este otro no congeniaría nunca á causa de esto y de aquello!» Y de tal modo ha acabado por alejar de ella completamente á los compradores ordinarios y desalentar á los extraños. Porque todos acabaron por saber de antemano que encontraría en ellos algún grave defecto é imperfección; y ninguno se atrevía á aportar sus observaciones insolentes. Por eso la honradez me fuerza á no pedirte

como precio de esta joven esclava mas que la suma de diez mil dinares, con la que apenas cubro gastos.» E Ishak sonrió y dijo: «¡Oh jeque! Añade aún dos veces diez mil dinares y quizá obtenga ella entonces el precio conveniente.»

Y tras de hablar así ante el mercader asombrado, añadió: «Es preciso que hoy mismo conduzcas á la joven á mi morada, á fin de que se te cuente el precio convenido entre nosotros.» Y le dejó, después de sonreír á la conmovida joven, y fué en busca del califa y sus demás acompañantes. Y los encontró en el límite de la impaciencia, y les contó, sin omitir un detalle, cuanto había pasado. Y salieron todos juntos del depósito de esclavos, para proseguir su paseo á capricho de su mutuo destino.

En cuanto á la jovenzuela Obra Maestra de los Corazones, su amo el viejo jeque se apresuró á conducirla, en aquella hora y en aquel instante, al palacio de Ishak, y á percibir los treinta mil dinares en que convinieron como precio de compra. Luego se marchó por su camino.

Entonces las pequeñas esclavas de la casa se agruparon en torno de ella, y la condujeron al hammam, donde le dieron un baño delicioso, y la vistieron, la peinaron y la cubrieron de adornos de todas clases, como collares, sortijas, pulseras de brazo y de tobillos, velos bordados de oro y pectorales de plata. Y la hermosa palidez de su rostro brillante y terso era cual la luna del mes de Ramadán por encima del jardín de un rey.

Cuando el maestro Ishak vió á la jovenzuela Obra Maestra de los Corazones con aquel nuevo resplandor, más conmovida y más conmovedora que una recién casada en el día de sus bodas, se felicitó de la adquisición que había hecho y dijo para sí: «¡Por Alah, que cuando esta jovencita haya pasado algunos meses en mi escuela y se perfeccione más todavía en el arte del laúd y del canto, y cuando, merced al júbilo de su corazón, haya acabado de recobrar su belleza nativa, será para el harén del califa una adquisición insigne; porque esta joven no es una hija de Adán, sino una hurí selecta, en verdad!»

Y dió las órdenes oportunas para que se pusiera á disposición de ella cuanto era necesario á sus estudios de armonía, y recomendó que no se descuidase nada, para que la estancia en el palacio de la música le fuese agradable de todo punto. Y así se hizo. Y de tal suerte, se allanó todo para la jovenzuela, el camino del arte y de la belleza.

Un día entre los días, habiéndose dispersado por los jardines que les estaban reservados sus compañeras las jóvenes tañedoras de laúd y de guitarra, y hallándose el palacio de la música completamente vacío de sus jóvenes lunas, la jovenzuela Obra Maestra de los Corazones se levantó del diván en que descansaba y entró sola en la sala de clase. Y se sentó en su sitio, y se puso el laúd contra el pecho, con el gesto del cisne que se mete la cabeza bajo el ala. Y había recobrado por entero su belleza,

sin estar como antes pálida y desmadejada. Así, en una platabanda, en la segunda primavera, la anémona reemplaza al narciso de mejillas descoloridas por la muerte del invierno. Y de tal suerte, era una seducción para los ojos, un encanto para los corazones y un cántico de alegría para quien la había modelado.

Y completamente sola, hizo cantar á su laúd, sacándole del seno de madera una serie de preludios que hubiesen embriagado á la más refractaria de las criaturas. Luego volvió al primer tono, con un arte que superaba á los trinos y gorjeos de las aves canoras. Porque, en verdad, en cada uno de sus dedos había oculto un milagro.

Y nadie, ciertamente, sospechaba que en el palacio de Ishak el propio maestro tuviese en aquella joven su igual y aun su superior. Porque desde el día en que la emoción había hecho temblar en el depósito de esclavos las manos y la voz de la maravillosa jovenzuela, no había vuelto ella á tener ocasión de cantar en público, sin hacer, como sus compañeras, mas que escuchar las enseñanzas de Ishak y tocar y cantar luego, pero no sola, sino á coro con todas las alumnas.

Así, pues, cuando hubo hecho expresar á la madera armoniosa del laúd todas las voces de los pájaros que poblaron antaño el árbol de donde salió él, levantó la cabeza y dejó caer de sus labios, cantando, estos versos del poeta...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se caió discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 928.^a NOCHE

Ella dijo:

...Así, pues, cuando hubo hecho expresar á la madera armoniosa del laúd todas las voces de los pájaros que poblaron antaño el árbol de donde salió él, levantó la cabeza y dejó caer de sus labios, cantando, estos versos del poeta:

¡Cuando el alma desea á la que es la única compañera posible, nada podrá hacerla retroceder, ni siquiera el Destino!

¡Oh tú, que me torturaste hasta destrozar para siempre mi corazón! ¡Toma mi vida entera y haz de ella propiedad tuya, pues que sólo la languidez que tu ausencia me produce logrará abatirme y hacerme morir!

Me has dicho, riendo: «¡Yo sola sabré curar el mal que sufres, y del que ningún médico ha sabido librarte; y una sola de mis miradas bastará como remedio para tu estado doliente!»

¿Cuánto tiempo todavía ¡oh cruel! vas á estar chanceándote de mi herida? ¿Acaso no ha creado el Señor á nadie mas que á mí, sobre la tierra in-

mena, para servir de blanco á las azagayas de tus burlas?

Mientras ella cantaba, Ishak, que desde por la mañana estaba con el sultán, había regresado, sin mandar á los servidores que anunciaran su llegada. Y desde el vestíbulo de su casa oyó aquella voz milagrosa y tan dulce, que cantaba como la brisa de prima mañana cuando saluda á las palmeras, y más reconfortante para el espíritu del oyente que el aceite de almendras para el cuerpo del luchador.

Y quedó Ishak tan conmovido por los acentos de aquella voz unida al acompañamiento del laúd, y que sin duda alguna sólo podía ser una voz entre las voces de la tierra, á no ser que se tratase de un effluvio llegado de los acordes edénicos, que no pudo por menos de lanzar un grito estridente de sobresalto á la par que de admiración. Y la joven cantarina Tohfa oyó aquel grito, y acudió, llevando todavía en las manos el laúd. Y halló á su amo Ishak apoyado en la pared del vestíbulo, con una mano sobre el corazón, tan pálido y tan emocionado, que tiró ella el laúd y corrió á él, llena de ansiedad, exclamando: «¡Sean contigo las gracias del Altísimo ¡oh mi señor! y la liberación de todo mal! ¡Ojalá no tengas ninguna indisposición ni molestia!» Y reponiéndose, Ishak preguntó en voz baja: «¿Eras tú ¡oh Tohfa! quien tocaba y cantaba en la sala vacía?» Y la joven se turbó y enrojeció y no supo qué respuesta dar á una pregunta cuyo motivo no com-

prendía. Pero como insistiera Ishak, temió ella contrariarle si seguía callando, y contestó: «¡Ay! ¡oh mi señor! ¡era tu servidora Tohfa!» Y al oír aquello, Ishak bajó la cabeza y dijo: «¡Ha llegado el día de la confusión! ¡Oh Ishak de alma orgullosa, que te creías el primero de tu siglo en voz y en armonía, no eres mas que un esclavo, desprovisto de todo talento, en presencia de esa joven hija del cielo!»

Y en el límite de la emoción, cogió la mano de la jovenzuela y se la llevó con respeto á los labios y después á la frente. Y Tohfa se sintió desfallecer, y á pesar de todo, tuvo fuerzas para retirar vivamente la mano, exclamando: «¡El nombre de Alah sobre ti, ¡oh mi señor! ¿Desde cuándo el amo ha de besar la mano de la esclava?» Pero él contestó con toda humildad: «¡Cállate, ¡oh Obra Maestra de los Corazones! ¡oh la primera de las criaturas! ¡cállate! Ishak ha encontrado su maestro, aunque hasta el presente pensó que no tenía igual. Pues juro por el Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!), juro que hasta el presente creí que no tenía igual, y ahora mi arte, al lado del tuyo, no es mas que un dracma al lado de un dinar. ¡Oh Tohfa! Eres la excelencia misma. Y en esta hora y en este instante, voy á conducirte ante el Emir de los Creyentes Harún Al-Rachid. Y cuando chispee sobre ti su mirada, serás una princesa entre las mujeres, como ya eres una reina entre las criaturas de Dios. Y así se consagrarán tu arte y tu belleza. ¡Loores y loores, pues, á ti, ¡oh mi soberana Obra Maestra de los Corazones! ¡Y

solamente pido á Alah que, cuando tu maravilloso destino te haya sentado en el sitio escogido del palacio del Emir de los Creyentes, no ahuyentes de ti el recuerdo de tu esclavo Ishak el vencido!» Y Tohfa contestó, con los ojos llenos de lágrimas: «¡Oh mi señor! ¿cómo he de olvidarte á ti, que eres la fuente de toda la fortuna y hasta la fuerza de mi corazón?» E Ishak le tomó la mano y le hizo jurar sobre el Libro que no le olvidaría. Y añadió: «¡Sí, por cierto! Tu destino es un destino maravilloso, y en tu frente veo marcado el deseo del Emir de los Creyentes. Déjame, por tanto, rogarte que cantes en presencia del califa lo que hace un momento cantabas para ti sola, cuando yo te oía detrás de la puerta, contándome ya en el número de los predeterminados.»

Y cuando obtuvo esta promesa de la joven, le dijo todavía: «¡Oh Obra Maestra de los Corazones! ¿puedes ahora, como último favor, decirme á qué sucesión de acontecimientos misteriosos se debe el que una reina se halle mezclada en el número de esclavas que se venden y se compran, cuando sería imposible valuar su rescate, aunque se acumularan ante ella todos los tesoros ocultos de las minas y todas las riquezas subterráneas y marinas que Alah el Altísimo ha metido en el corazón de los elementos?»

Y á estas palabras, Tohfa sonrió y dijo: «¡Oh mi señor! La historia de tu servidora Tohfa es una historia extraña, y su caso es muy sorprendente; por-

que si se escribiera con agujas en el ángulo interior del ojo, serviría de enseñanza al lector atento. Y un día cercano, si Alah quiere, te contaré esta historia, que es la de mi vida y de mi llegada á Bagdad. Pero por hoy bástete saber que soy presa de un maghrebín y que he vivido entre maghrebines.» Y añadió: «¡Estoy entre tus manos, pronta á seguirte al palacio del Emir de los Creyentes!»

E Ishak, que era de carácter reservado y delicado, se guardó bien de insistir para enterarse de más, y levantándose, dió una palmada, y ordenó á las esclavas que acudieron que prepararan la ropa de salir de su señora Tohfa. Y al punto abrieron ellas los grandes cofres de ropa y sacaron una porción de maravillosos trajes rayados de seda de Nishabur, perfumados con esencias volátiles, y ligeros al tacto y á la vista. Y también sacaron de las arquillas de alhajas un surtido de joyas agradables de mirar. Y vistieron á su señora, la jovenzuela, con siete trajes superpuestos, de colores diferentes, y la sembraron de pedrerías, y la dejaron semejante á un ídolo chino.

Y terminados aquellos cuidados, se pusieron al lado suyo y la sostuvieron á derecha y á izquierda, en tanto que otras jóvenes se encargaban de llevar los bajos orlados de las colas. Y salieron con ella de la escuela de música, precedidas de Ishak, que abría la marcha con un negrito portador del laúd milagroso.

Y llegó el cortejo al palacio del califa, y entró

en la sala de espera. E Ishak se apresuró á ir primero á presentarse solo ante el califa, y le dijo, tras de los homenajes debidos y rendidos: «¡He aquí ¡oh Emir de los Creyentes! que conduzco hoy entre tus manos una jovenzuela única entre las más bellas, un don escogido, un milagro de su Creador, una tráfuga del paraíso, maestra mía y no discípula mía, la maravillosa cantarina Tohfa, Obra Maestra de los Corazones!» Y Al-Rachid sonrió y dijo: «¿Y dónde está esa obra maestra, ¡oh Ishak!? ¿Será acaso la joven á quien apenas vi un día en el depósito de esclavos; pues permanecía invisible y velada á los ojos del comprador?» Y contestó Ishak: «Esa misma es, ¡oh mi señor! ¡Y por Alah, que está más fresca á la vista que la mañana fresca, y es más armoniosa al oído que el cántico del agua en los guijarros!» Y Al-Rachid contestó: «Entonces, ¡oh Ishak! no tardes más en hacer entrar á la mañana y á la que está más fresca que la mañana. Y no nos prives por más tiempo de la música del agua y de la que es más armoniosa que la música del agua. Porque, en verdad, que la mañana jamás debe estar oculta, ni el agua cesar de cantar...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 929.^a NOCHE*

Ella dijo:

»...no tardes más en hacer entrar á la mañana y á la que está más fresca que la mañana. Y no nos prives por más tiempo de la música del agua y de la que es más armoniosa que la música del agua. Porque, en verdad, que la mañana jamás debe estar oculta, ni el agua cesar de cantar.»

Y salió Ishak para ir en busca de Tohfa, mientras el califa se asombraba en el alma de verle alabar por primera vez, y con tanta vehemencia, á una cantarina. Y dijo á Giafar: «¿No es prodigioso ¡oh visir! que Ishak se exprese con tanta admiración acerca de otro que no sea él mismo? He ahí lo que me deja asombrado hasta el límite del asombro.» Y añadió: «Pero vamos á ver de qué se trata.»

Y al cabo de algunos instantes, precedida por Ishak, que la llevaba delicadamente de la mano, entró la jovenzuela. Y sobre ella chispeó la mirada del Emir de los Creyentes. Y se le conmovió el espíritu ante la gracia de ella; y se le regocijaron los ojos con aquellos andares encantadores que hacían pensar en la seda flotante de los cendales. Y en tanto que él la contemplaba, inclinóse ella entre sus manos y se levantó el velo del rostro. Y apare-

ció como la luna en su décimacuarta noche, pura, deslumbradora, blanca y serena. Y aunque estaba turbada por hallarse en presencia del Emir de los Creyentes, no se olvidó de lo que le exigían los buenos modales, la cortesía y la educación, y con su voz á ninguna otra parecida, saludó al califa, diciendo: «La zalema sobre ti, ¡oh descendiente del más noble entre los hijos de los hombres! ¡oh posteridad bendita de nuestro señor Mahomed (¡con Él la plegaria, la paz y las gracias escogidas!), redil y asilo de los que van por el camino de la rectitud, íntegro justiciero de los tres mundos! La zalema sobre ti de parte de la más sumisa y de la más deslumbrada de tus esclavas.»

Y al oír estas palabras dichas con un acento tan delicioso, Al-Rachid se dilató y se holgó, y exclamó: «¡Maschalah! ¡oh molde de la perfección!» Y la miró aún más atentamente, y creyó volverse loco de alegría. Y Giafar y Massrur también creyeron volverse locos de alegría. Luego Al-Rachid se levantó de su trono y descendió hacia la jovenzuela, y se acercó á ella, y muy dulcemente le echó sobre el rostro su velillo de seda: lo que significaba que para en lo sucesivo pertenecía á su harén y que cuanto ella era se hundía para en lo sucesivo en el misterio prescrito á las elegidas de los Creyentes.

Tras de lo cual la invitó á sentarse, y le dijo: «¡Oh Obra Maestra de los Corazones! En verdad que eres un don escogido. Pero ¿no podrías con tu venida, que ilumina la morada, hacer entrar la ar-

monía en el palacio? ¡Nuestro oído te pertenece, como nuestra vista!» Y Tohfa tomó el laúd de manos del pequeño esclavo negro, y se sentó al pie del trono del califa para preludiar al punto de una manera que conmovería al oído más refractario. Y el milagro de sus dedos era una realidad más emocionante que la garganta de los pájaros. Luego, en medio de respiraciones contenidas, dejó cantar en sus labios estos versos del poeta:

¡Cuando, en los límites del horizonte, sale de su lecho la joven luna y se encuentra de pronto con el rey de púrpura que se acuesta,

Muy avergonzada de que se le haya sorprendido sin el velo del rostro, esconde su palidez tras de una leve nube!

¡Espera á que el brillante emir haya desaparecido, para continuar su paseo por el tranquilo cielo de la tarde!

Si la reina no ha podido sobreponerse á su terror ante la proximidad del rey, ¿cómo podría una joven, sin morir al instante, sostener la mirada de su sultán?

Y Al-Rachid miró á la joven con amor, complacencia y dulzura, y quedó tan encantado de sus dones naturales, de la hermosura de su voz y de la excelencia de la ejecución y de su canto, que descendió del trono y fué á sentarse junto á ella en la alfombra, y le dijo: «¡Oh Tohfa! ¡Por Alah, que ver-

daderamente eres un don escogido!» Luego se encaró con Ishak y le dijo: «En verdad ¡oh Ishak! que no has sido justo en tu apreciación de esta maravilla, no obstante todo lo que nós has dicho. Porque no temo aventurar que á ti mismo te supera incontestablemente. Y estaba escrito que nadie mas que el califa debía hacerle justicia.» Y Giafar exclamó: «¡Por vida de tu cabeza, ¡oh mi señor! que dices bien! ¡Esta jovenzuela arrebató la razón!» Y dijo Ishak: «En verdad ¡oh Emir de los Creyentes! que no dejo de reconocerlo, máxime cuando, al oirla por primera vez, sentí en seguida que todo mi arte y lo que Alah me había repartido de talento no eran ya nada á mis propios ojos. Y exclamé: «¡Oh Ishak! ¡hoy es para ti el día de la confusión!» Y dijo el califa: «Entonces, está bien.»

Luego rogó á Tohfa que recomenzara el mismo cántico. Y al oirla de nuevo, prorrumpió en exclamaciones de placer y se tambaleó. Y dijo á Ishak: «¡Por los méritos de mis antepasados! Me has traído un presente que vale el imperio del mundo.» Después, sin poder dominar su emoción y no queriendo aparecer demasiado expansivo ante sus acompañantes, el califa se levantó y dijo á Massrur, el eunuco: «¡Oh Massrur! Levántate y conduce á tu señora Tohfa al aposento de honor del harén. Y ten cuidado de que no carezca de nada.» Y el castrado portaalfanje salió llevándose á Tohfa. Y con los ojos húmedos, el califa la miró alejarse con su andar de gacela, sus atavíos y sus trajes rayados. Y

dijo á Ishak: «Va vestida con gusto. ¿De dónde le vienen esos trajes como no los he visto semejantes en mi palacio?» Y dijo Ishak: «Le vienen de tu esclavo, en vista de tus generosidades sobre mi cabeza, ¡oh mi señor! Constituyen un presente que procede de ti y se ha hecho por mediación mía. Pero ¡por vida tuya! nada son todos los presentes del mundo comparados con su belleza.» Y el califa, que jamás caía en falta de munificencia, se encaró con Giafar y le dijo: «¡Oh Giafar! ¡da en seguida á nuestro fiel Ishak cien mil dinares por cuenta del Tesoro y entrégale diez ropones de honor del guardarropa selecto!»

Luego, con el rostro transfigurado, y libre de todo género de preocupaciones el espíritu, Al-Rachid dirigióse al aposento reservado adonde Tohfa fué conducida por el portaalfanje. Y entró en el cuarto de la joven, diciendo: «La seguridad contigo, ¡oh Obra Maestra de los Corazones!» Y se acercó á ella, y la tomó en sus brazos, recatándose tras el velo del misterio. Y se encontró con una virgen pura, intacta, como la perla marina recién cogida. Y disfrutó de ella.

Y desde aquel día Tohfa ocupó un alto puesto en el corazón del califa, hasta el punto de no poder soportar él ni por un solo instante la ausencia de la joven. Y acabó incluso por poner entre las manos de ella todos los asuntos del reino. Porque había observado que se trataba de una mujer inteligente. Y ella tenía, para sus gastos habituales, doscientos

mil dinares al mes y cincuenta esclavos á su servicio, de día y de noche. Y con los regalos y cosas de valor que poseía hubiera podido comprar todo el país del Irak y las tierras del Nilo.

Y de tal manera se incrustó el amor de aquella joven en el corazón del califa, que no quiso él fiar á nadie su custodia. Y cuando salía de verla, se guardaba la llave del aposento reservado. E incluso un día en que cantaba ella delante de él, sintió él tal acceso de exaltación, que hizo ademán de besarle la mano. Pero ella retrocedió de un salto, y al hacer aquel brusco movimiento, rompió su laúd. Y lloró. Y Al-Rachid, emocionado en extremo, le secó las lágrimas y con voz temblorosa le preguntó por qué lloraba, y exclamó: «¡Haga Alah ¡oh Tohfa! que jamás caiga de uno solo de tus ojos la gota de una lágrima!» Y Tohfa dijo: «¿Quién soy yo ¡oh mi señor! para que pretendas besar mi mano? ¿Quieres, por lo visto, que Alah y su Profeta (¡con Él la plegaria y la paz!) me castiguen por ello y hagan desvanecerse mi felicidad? ¡Porque nadie en el mundo gozó de semejante honor!» Y Al-Rachid quedó muy satisfecho de su respuesta, y le dijo: «Ahora que sabes ¡oh Tohfa! el verdadero puesto que ocupas en mi espíritu, no volveré á intentar lo que tanto te ha emocionado. Refresca, pues, tus ojos, y sabe que no amo á nadie mas que á ti y que moriré amándote.» Y Tohfa cayó á los pies del califa y le rodeó las rodillas con sus brazos. Y el califa la levantó y la besó, y le dijo: «Tú sola eres

reina para mí. Y estás incluso por encima de Sett Zobeida, la hija de mi tío.»

Un día, Al-Rachid había ido de caza, y Tohfa hallábase sola en su pabellón, sentada á la luz de un candelabro de oro que la iluminaba con sus velas perfumadas. Y leía ella un libro. Y de pronto cayó en sus rodillas una manzana olorosa. Y la joven levantó la cabeza y vió, en la parte de fuera, á la persona que había lanzado la manzana. Y era Sett Zobeida. Y Tohfa se levantó á toda prisa, y después de hacer respetuosas zalemas, dijo: «¡Oh señora mía, dispénsame! ¡Por Alah, que si yo hubiera estado en libertad de acción, todos los días habría ido á rogarte que admitieras mis servicios de esclava! ¡Que Alah no nos prive nunca de tus pasos!» Y Zobeida entró en el aposento de la favorita, y se sentó junto á ella. Y tenía el rostro triste y preocupado. Y dijo: «¡Oh Tohfa! Conozco tu gran corazón, y no me sorprenden tus palabras. Porque la generosidad es en ti un don natural. ¡Por vida del Emir de los Creyentes! No tengo costumbre de salir de mis habitaciones y de ir á visitar á las esposas y favoritas del califa, mi primo y esposo. Pero hoy vengo á exponerte la situación humillante por que atravieso desde tu entrada en el palacio. Sabe, en efecto, que estoy completamente abandonada, y me veo reducida á la condición de concubina seca. Porque el Emir de los Creyentes ya no viene á verme y ni siquiera pide noticias mías.» Y se echó á llorar. Y Tohfa lloró con ella y estuvo á

punto de desmayarse. Y Zobeida le dijo: «He venido, pues, á dirigirte una súplica, y es que obres de manera que Al-Rachid me conceda una noche al mes solamente, á fin de que no me vea por completo reducida á la condición de esclava.» Y Tohfa besó la mano á la princesa, y le dijo: «¡Oh corona de mi cabeza! ¡oh señora mía! Con toda el alma anhelo que el califa pase todo el mes y no una noche contigo, á fin de que se reconforte tu corazón, y sea perdonada yo, que con mi llegada fui la causa de tu pena. Y ojalá un día no sea yo mas que una esclava entre tus manos de reina y de señora.»

Entretanto, Al-Rachid regresó de la caza, y se dirigió inmediatamente al pabellón de su favorita. Y Sett Zobeida, viéndole desde lejos, se apresuró á huir, después de que Tohfa le hubo prometido su intervención. Y Al-Rachid entró y se sentó sonriendo, é hizo sentarse á Tohfa sobre sus rodillas. Luego comieron y bebieron juntos, y se desnudaron. Y sólo entonces habló Tohfa de Sett Zobeida, y le suplicó que calmara su corazón y pasara con ella la noche. Y sonrió él y dijo: «Ya que tan urgente es mi visita á Sett Zobeida, debiste ¡oh Tohfa! hablarme de ello antes de que nos desnudáramos.» Pero ella contestó: «Lo hice así, para dar la razón al poeta que ha dicho:

*¡Ninguna suplicante deberá presentarse velada;
porque intercede mejor la que intercede completa-
mente desnuda!»*

Y cuando Al-Rachid oyó aquello, se contentó y estrechó á Tohfa contra su pecho. Y pasó lo que pasó. Tras de lo cual hubo de dejarla para hacer lo que ella le pedía con respecto á Sett Zobeida. Y cerró la puerta con llave, y se marchó. ¡Y esto es lo referente á él!

En cuanto á Tohfa, lo que le sucedió desde aquel instante es tan prodigioso y asombroso, que debe narrarse lentamente...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 930.^a NOCHE*

Ella dijo:

...En cuanto á Tohfa, lo que le sucedió desde aquel instante es tan prodigioso y asombroso, que debe narrarse lentamente.

Cuando Tohfa se encontró sola en su aposento, volvió á coger el libro y continuó su lectura. Luego, sintiéndose un poco cansada, tomó su laúd y se puso á tocar para ella sola. Y lo hizo tan bien, que bailaron de gusto hasta las cosas inanimadas.

Y de pronto sintió instintivamente que algo inusitado pasaba en su habitación, alumbrada en aquel momento por la luz de las velas. Y se volvió y vió,

en medio del cuarto, á un viejo que bailaba en silencio. Y tenía los ojos bajos, y su aspecto era venerable y su porte majestuoso. Y bailaba un baile extático, como no lo podría bailar jamás ningún ser humano.

Y Tohfa sintióse escalofriada de espanto. Porque las ventanas y las puertas estaban cerradas y las salidas estaban celosamente guardadas por los eunucos. Y no se acordaba de haber visto nunca en el palacio la cara de aquel extraño anciano. Así es que se apresuró á pronunciar mentalmente la fórmula del exorcismo: «¡Me refugio en Alah el Altísimo contra el Lapidado!» Y se dijo: «Claro que no voy á demostrar que me he dado cuenta de la presencia de este ser extraño. ¡Lo mejor será que continúe tañendo, y suceda lo que Alah quiera!» Y sin interrumpir su música, tuvo fuerzas para continuar el aire comenzado, pero sus dedos temblaban sobre el instrumento.

Y he aquí que, al cabo de una hora de tiempo, el jeque bailarín dejó de bailar, se acercó á Tohfa, y besó la tierra entre sus manos, diciendo: «Lo has hecho muy bien, ¡oh la más exaltada de Oriente y de Occidente! ¡Ojalá nunca el mundo se vea privado de tu vista y de tus perfecciones! ¡Oh Tohfa! ¡oh Obra Maestra de los Corazones! ¿no me conoces?» Y exclamó ella: «¡No, por Alah, no te conozco! Pero me parece que eres un genni del país de Gennistán. ¡Alejado sea el Maligno!» Y contestó él, sonriendo: «Verdad dices, ¡oh Tohfa! Soy el jefe de

todas las tribus del Gennistán, ¡soy Eblis!» Y Tohfa exclamó: «¡El nombre de Alah sobre mí y alrededor de mí! ¡Me refugio en Alah!» Pero Eblis le cogió la mano, la besó y se la llevó á los labios y á la frente, y dijo: «No temas nada, ¡oh Tohfa! porque desde hace mucho tiempo eres mi protegida y la bienamada de la joven reina de los genn, Kamariya, que en cuanto á belleza es entre las hijas de los genn lo que tú misma eres entre las hijas de Adán. Sabe, en efecto, que desde hace mucho tiempo vengo con ella á visitarte todas las noches sin que tú lo sospeches y á admirarte sin que lo sepas. Porque nuestra encantadora reina Kamariya está enamorada de ti hasta la locura y no jura mas que por tu nombre y por tus ojos. Y cuando viene aquí y te ve mientras estás dormida, se derrite de deseo y se muere por tu belleza. Y el tiempo transcurre para ella lánguidamente, excepto por la noche cuando viene en busca tuya y disfruta de tu contemplación sin que tú la veas. Vengo, pues, á ti en calidad de mensajero á contarte sus penas y la languidez que la invade lejos de ti, y á decirte de su parte y de mi parte que, si quieres, te conduciré al Gennistán, en donde se te elevará á la categoría más alta entre los reyes de los genn. Y gobernarás nuestros corazones, como aquí gobiernan los corazones de los hijos de los hombres. Y he aquí que hoy las circunstancias se prestan maravillosamente á tu viaje. Porque vamos á celebrar las bodas de mi hija y la circuncisión de mi hijo. Y la fiesta se ilu-

minará con tu presencia; y los genn se conmoverán con tu llegada, y te querrán todos para reina suya. Y residirás entre nosotros mientras quieras. Y si no te gusta el Gennistán y no te amoldas á nuestra vida, que es una vida de continuos festejos, aquí hago ahora juramento de traerte al sitio de donde te saque, sin insistencias ni dificultades.»

Y cuando hubo oído este discurso de Eblis (¡confundido sea!), la espantada Tohfa no se atrevió á rehusar la proposición por miedo á complicaciones diabólicas. Y contestó que sí con un movimiento de cabeza. Y al punto Eblis cogió con una mano el laúd que le confió Tohfa, y la cogió á ella misma con la otra mano, diciendo: «¡Bismilah!» Y conduciéndola de aquel modo, abrió las puertas sin ayuda de llaves, y caminó con ella hasta llegar á la entrada de los retretes.

Porque los retretes, y en ocasiones los pozos y las cisternas, son los únicos parajes de que se sirven los genn de debajo de tierra y los efrits para llegar á la superficie de la tierra. Y por este motivo es por lo que no entra en los retretes ningún hombre sin pronunciar la fórmula del exorcismo y sin refugiarse en Alah con el espíritu. Y así como salen por las letrinas, los genn vuelven á sus dominios por el mismo sitio. Y no se conoce excepción de esta regla ni abolición de esta costumbre.

Así es que, cuando la espantada Tohfa se vió delante de los retretes con el jeque Eblis, se le turbó la razón. Pero Eblis se puso á charlar para

aturdira, y bajó con ella al seno de la tierra por el ancho agujero de las letrinas. Y franqueado sin contratiempos aquel pasadizo difícil, otra vez se encontraron al aire libre, bajo el cielo. Y á la salida del subterráneo les esperaba un caballo ensillado, sin dueño ni conductor. Y el jeque Eblis dijo á Tohfa: «¡Bismilah, ¡oh mi señora!» Y sosteniendo los estribos, la hizo sentarse en el caballo, cuya silla tenía un respaldo grande. Y se instaló ella lo mejor que pudo, y el caballo al punto se agitó debajo de ella como una ola, y de improviso abrió en la noche unas alas inmensas. Y se elevó con ella por los aires, mientras el jeque Eblis volaba á su lado por propio impulso. Y tanto miedo hubo de dar todo aquello á la joven, que se desmayó en la silla.

Y cuando, gracias al fuerte aire que se había levantado, volvió ella de su desmayo, se vió en una vasta pradera tan llena de flores y de frescura, que se creería contemplar un traje ligero teñido de hermosos colores. Y en medio de aquella pradera se alzaba un palacio con torres altas que se erguían en el aire, y flanqueado de ciento ochenta puertas de cobre rojo. Y en el umbral de la puerta principal se hallaban los jefes de los genn, vestidos con hermosas vestiduras.

Y cuando aquellos jefes divisaron al jeque Eblis, gritaron todos: «¡Ahí viene Sett Tohfa!» Y en cuanto se paró el caballo ante la puerta, se agruparon todos en torno de la joven, la ayudaron á echar pie

á tierra, y la llevaron al palacio besándole las manos. Y dentro del palacio vió ella una sala formada por cuatro salas sucesivas, que tenía paredes de oro y columnas de plata, una sala capaz de hacer salir pelos en la lengua que tratara de describirla. Y en el fondo se veía un trono de oro rojo incrustado de perlas marinas. Y la hicieron sentarse con gran pompa en aquel trono. Y los jefes de los genn formáronse en las gradas del trono, en derredor suyo y á sus pies. Y por el aspecto eran semejantes á los hijos de Adán, salvo dos de ellos, que tenían una cara espantosa. Porque cada uno de ambos no tenía mas que un ojo abierto á lo largo en medio de la cabeza, y colmillos saledizos como los de los cerdos salvajes.

Y cuando cada cual ocupó su sitio con arreglo á su categoria y todo el mundo quedó tranquilo, vióse avanzar á una reina joven, graciosa y bella, cuya faz era tan brillante que iluminaba la sala en torno suyo. Y detrás de ella iban otras tres jóvenes feéricas, contoneándose á más y mejor. Y llegadas que fueron ante el trono de Tohfa, la saludaron con una graciosa zalema. Y la joven reina, que marchaba á la cabeza, subió luego las gradas del trono, á la vez que las bajaba Tohfa. Y cuando estuvo frente á Tohfa, la reina la besó repetidamente en las mejillas y en la boca.

Aquella reina era precisamente la reina de los genn, la princesa Kamariya, la que estaba enamorada de Tohfa. Y las otras tres eran sus hermanas;

y una se llamaba Gamra, la segunda Scharara y la tercera Wakhima.

Y tan dichosa sentíase Kamariya de ver á Tohfa, que no pudo por menos de volver á levantarse de su sitio de oro para ir á besarla una vez más y á estrecharla contra su seno, acariciándole las mejillas.

Y al ver aquello, el jeque Eblis se echó á reir, y exclamó: «¡Vaya un grupo! ¡Sed amables, y cogedme entre vosotras dos...»

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 931.ª NOCHE*

Ella dijo:

...Y al ver aquello, el jeque Eblis se echó á reir, y exclamó: «¡Vaya un grupo! ¡Sed amables, y cogedme entre vosotras dos!» Y una gran carcajada recorrió la asamblea de los genn. Y también se rió Tohfa. Y la bella Kamariya le dijo: «¡Oh hermana mía! Te amo, y los corazones son tan profundos, que no pueden tener por testigos mas que á las almas. Y mi alma es testigo de que yo te amaba ya antes de haberte visto.» Y por no parecer mal educada, Tohfa contestó: «¡Por Alah! También tú me eres

cara, ya setti Kamariya. Y me he tornado en esclava tuya desde que te he visto.» Y Kamariya le dió gracias, y la besó más, y le presentó á sus tres hermanas, diciendo: «Éstas están casadas con nuestros jefes.» Y Tohfa hizo un saludo apropiado á cada una de ellas. Y ellas fueron por turno á inclinarse ante Tohfa.

Tras de lo cual entraron los esclavos de los genn con la bandeja de los manjares, y pusieron el mantel. Y la reina Kamariya invitó á Tohfa á sentarse con ella y sus hermanas en torno á la bandeja, en medio de la cual había grabado estos versos:

Estoy hecha para llevar manjares de todas clases;

La generosidad es lo que soporto;

Comed, pues, sin dejar nada, lo que traigo.

Las manos de los más generosos vienen á hacerme señas.

Que cada cual de vosotros me designe

Cuál es su preferencia insigne.

Merezco que tan gran honor se me asigne,

A causa de los manjares que ostento (1).

Cuando leyeron estos versos, tocaron á los manjares. Pero Tohfa no comía con apetito, porque estaba preocupada con la contemplación de aquellos dos jefes de los genn, que tenían un rostro repulsivo.

(1) En verso en el original francés.

Y no pudo por menos de decir á Kamariya: «¡Por vida tuya, ¡oh hermana mía! que mis ojos no pueden ya sufrir la vista de ese que está ahí y de ese otro que está á su lado! ¿Por qué son tan horribles, y quiénes son?» Y Kamariya se echó á reir y contestó: «¡Oh mi señora! Ese es el jefe Al-Schisbán, y ese otro es el magno Maimún, el portaalfanje. Si te parecen feos, és porque, á causa de su orgullo, no han querido hacer como todas nosotras y como todos los genn, cambiando su forma pristina por la de seres humanos. Porque has de saber que todos los jefes que estás viendo, en su estado normal, son semejantes á esos dos en la forma y en el aspecto; pero hoy, para no asustarte, han tomado la apariencia de hijos de Adán, para que te familiarices con ellos y estés á gusto.» Y Tohfa contestó: «¡Oh mi señora! En verdad que no puedo mirarlos. Sobre todo, ¡qué espantoso es ese Maimún! ¡Le tengo miedo verdaderamente! ¡Sí, me dan mucho miedo esos dos gemelos!» Y Kamariya no pudo por menos de echarse á reir á carcajadas. Y Al-Schisbán, uno de los dos jefes de cara espantable, la vió reir y le dijo: «¿A qué vienen esas risas, ¡oh Kamariya!?» Y ella le habló en una lengua que no podría entender ningún oído de hijo de Adán, y le explicó lo que Tohfa había dicho con respecto á él y con respecto á Maimún. Y el maldito Al-Schisbán, en vez de enfadarse, se echó á reir con una risa tan prodigiosa, que al pronto se creería que había irrumpido en la sala una violenta tempestad.

Y terminó la comida en medio de la risa general de los jefes de los genn. Y cuando todo el mundo se lavó las manos, llevaron los frascos de vinos. Y el jeque Eblis se acercó á Tohfa y le dijo: «¡Oh mi señora! Regocijas esta sala y la iluminas y la embelleces con tu presencia. Pero ¿á qué exaltación no llegaríamos reinas y reyes, si quisieras hacernos oír algo tocado por tu laúd, acompañándolo con tu voz? Porque he aquí que ya la noche abrió sus alas para marcharse, y no tardará mucho tiempo en hacerlo. Antes, pues, de que nos deje, favoréce-nos, ¡oh Obra Maestra de los Corazones!» Y Tohfa contestó: «¡Oír es obedecer!» Y cogió el laúd y lo tañó maravillosamente, hasta el punto de que á todos los que la escuchaban les pareció que el palacio bailaba con ellos, como un navío anclado, lo cual era efecto de la música. Y cantó ella estos versos:

¡La paz sea con todos vosotros, que habéis jurado guardarme fidelidad!

¿No habíais dicho que me encontraría con vosotros, ¡oh vosotros los que os encontráis conmigo!?

¡Os haré reproches con una voz más dulce que la brisa de la mañana, más fresca que el agua pura cristalizada!

¡Porque tengo destrozados mis párpados, fieles á las lágrimas, por más que la sinceridad esencial de mi alma es un remedio para los que la ven, ¡oh amigos míos!

Y al oír estos versos y su música, los jefes de los genn llegaron al éxtasis del gozo. Y aquel perverso y feo Maimún se entusiasmó tanto, que se puso á bailar con un dedo metido en el culo. Y el jeque Eblis dijo á Tohfa: «¡Por favor, cambia el tono, porque al entrar en mi corazón el placer ha detenido mi sangre y mi respiración!» Y la reina Kamariya se levantó y fué á besarla entre ambos ojos, diciéndole: «¡Oh frescura del alma! ¡Oh corazón de mi corazón!» Y la conjuró para que tañera más. Y Tohfa contestó: «¡Oír es obedecer!» Y cantó esto, con acompañamiento:

¡A menudo, cuando aumenta la languidez, consuelo á mi alma con la esperanza!

¡Maleables como la cera serán las cosas difíciles, si tu alma conoce la paciencia; y cuando está lejos se acercará, si te resignas!

Y fué cantado con tan hermosa voz, que todos los jefes de los genn se pusieron á bailar. Y Eblis se acercó á Tohfa, y le besó la mano y le dijo: «¡Oh maravillosa! ¿sería abusar de tu generosidad pedirte un nuevo cántico?» Y Tohfa contestó: «¿Por qué no me lo pide Sett Kamariya?» Y al punto acudió la joven reina, y besando ambas manos á Tohfa, le dijo: «¡Por mi vida sobre ti, canta otra vez!» Y Tohfa dijo: «¡Por Alah! Tengo la voz cansada de cantar; pero, si quieres, os diré á todos, sin cantarlos, sino recitándolos con su ritmo, los cantos

del céfiro, de las flores y de las aves. Y para empezar, os diré primero el canto del céfiro.»

Y dejó á un lado su laúd, y en medio del silencio de los genn, y bajo la sonrisa entusiasmada de las jóvenes reinas de los genn, dijo: «He aquí el *Canto del Céfiro*:

Soy el mensajero de los amantes; llevo los suspiros de los que se lamentan á causa del amor.

Transmito con fidelidad los secretos de los enamorados, y repito las palabras como las he oído.

Soy tierno para los viajeros del amor. Ante ellos, mi aliento se torna más dulce, y me deshago en mimos y lagoterías.

Amoldo mi conducta á la del amante. Si es bueno, le acaricio con un soplo aromático; pero si es malo, le molesto con un soplo inoportuno.

Cuando mi inquietud agita el follaje, el que ama no puede contener los suspiros. Y en cuanto mi murmullo le acaricia, dice sus penas al oído de su dueña.

Mi esencia se compone de dulzura y ternura, y soy como un laúd en el aire incandescente.

Si soy inquieto, no es por efecto de un capricho vano, sino por seguir á mis hermanas las estaciones en sus cambios y en su curso.

Se me cree útil, cuando solamente soy encantador. En la estación de primavera, soplo desde el Norte, fertilizando así los árboles y haciendo la noche comparable al día.

En la estación cálida, parte de Oriente mi carrera para favorecer á los frutos y vestir á los árboles con su hermosura plena.

En otoño, vengo del Sur para que mis bienamados los frutos lleguen á su perfección y maduren convenientemente.

En invierno, por fin, parte de Occidente mi carrera. Y de tal suerte, alivio á mis amigos los árboles del peso fatigoso de sus frutos, y seco las hojas por conservar la vida de las hermosas ramas.

Yo soy quien hace conversar á las flores con las flores, quien mece las mieses, quien otorga á los arroyos sus cadenas argénteas.

Yo soy quien fecunda á la palmera, quien revela á la amante los secretos del corazón que ella ha inflamado, y es mi aliento perfumado quien anuncia al peregrino del amor que se acerca á la tienda de su bienamada.

»Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías!—continuó Tohfa—, os diré el *Canto de la Rosa*...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 932.^a NOCHE

Ella dijo:

»...Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías!—continuó Tohfa—, os diré el *Canto de la Rosa*. Helo aquí:

Soy la que hace su visita entre el invierno y el verano. Pero mi visita es tan corta como la aparición del fantasma nocturno.

Apresuraos á disfrutar el corto espacio de mi floración, y acordaos de que el tiempo es un alfanje afilado.

Tengo el color de la amante á la vez que el traje del amante. Embalsamo á quien aspira mi aliento, y converso con la joven que me recibe de mano de su amigo, sintiendo una emoción desconocida.

Soy un huésped que nunca resultó inoportuno; y quien espere poseerme por mucho tiempo se equivoca. Soy aquella de quien está enamorado el ruiseñor.

Pero, con toda mi gloria, ¡ay! soy la más castigada de todas mis hermanas. Tierna aún, por doquiera que florezco, un círculo de espinas me oprime en todos sentidos.

Como flechas aceradas, esparcen mi sangre por

mis vestiduras y las tiñen de bermejo color. Estoy eternamente herida.

Sin embargo, á pesar de cuanto sufro, sigo siendo la más elegante entre las efímeras. Me llaman Orgullo de la mañana. Brillante de lozanía, me adorno con mi propia hermosura.

Pero he aquí la mano terrible de los hombres, que me coge de en medio de mi jardín de hojas para llevarme á la prisión del alambique.

Entonces se liquida mi cuerpo y se abrasa mi corazón; se desgarran mi piel y se pierde mi fuerza; corren mis lágrimas y nadie tiene piedad de mí.

Mi cuerpo es presa del ardor del fuego, mis lágrimas de la sumersión y mi corazón del borboteo. El sudor que segrego es indicio irrecusable de mis tormentos.

Aquellos á quienes consume un mal abrasador se alivian con mi alma volátil; y aquellos á quienes agita el deseo aspiran con delicia el almizcle de mis antiguos trajes.

Así es que, cuando mi hermosura exterior abandona á los hombres, mis cualidades interiores con mi alma se quedan entre ellos.

Y los contemplativos, que saben extraer de mis encantos pasajeros una alegoría, no añoran la época en que mi flor adornaba los jardines; pero los amantes querrían que durara siempre esa época.

»Y ahora, ¡oh señores míos y señoras mías! si queréis, os diré el *Canto del Jazmín*. Helo aquí:

Cesad de apenaros, ¡oh vosotros todos los que á mí os acercáis! que soy el jazmín. En el azul estallan mis estrellas, más blancas que la plata en la mina.

Nazco directamente del seno de la divinidad, y reposo en el seno de las mujeres. Soy un adorno maravilloso para llevarlo en la cabeza.

Bebed vino en mi compañía, y burlaos de quien pasa su tiempo en languidez.

Mi color recuerda el alcanfor, ¡oh mis señores! y mi olor es el padre de los olores. Él me hace estar presente todavía cuando ya estoy lejos.

Mi nombre, Yas-min, brinda un enigma cuyo significado verdadero no puede por menos de gustar á los novicios en la vida ingeniosa.

Está compuesto de dos palabras diferentes, desesperación y error. Indico, pues, con mi lenguaje mudo, que la desesperación es un error.

Por eso llevo conmigo la dicha y pronostico la felicidad y la alegría.

Soy el jazmín. Y mi color recuerda el alcanfor, ¡oh mis señores!

»Y ahora, ¡oh señores míos y señoras mías! si queréis, os diré el *Canto del Narciso*. Helo aquí:

No me ofusca mi hermosura porque mis ojos sean lánguidos, porque me balancee armoniosamente y porque tenga un noble origen.

Siempre junto á las flores, me complazco en mi-

rarlas; charlo con ellas á la luz de la luna, y constantemente soy su camarada.

Mi hermosura me otorga el primer puesto entre mis compañeras, y no obstante, soy su servidor. Así, puedo enseñar á quienquiera que lo desee las obligaciones propias del servicio.

Me ajusto á los riñones el cinturón de la obediencia, y me mantengo en pie como un buen servidor.

No me siento con las demás flores, ni alzo la cabeza hacia mi comensal.

Jamás soy avaro de mi perfume para aquel que desee aspirarlo, y jamás me rebelo á la mano que me coge.

A cada instante aplaco mi sed en mi cáliz, que es para mí un vestido de pureza. Un tallo de esmeralda sírreme de base, y mi vestido está formado de oro y plata.

Cuando reflexiono sobre mis imperfecciones, no puedo por menos de bajar, confundido, mis ojos hacia tierra. Y cuando medito en lo que un día llegaré á ser, mi tez cambia de color.

Porque quiero, con la humildad de mis miradas, confesar mis defectos y hacerme perdonar mis guiños de ojos.

Y si á menudo bajo la cabeza, no es por mirarme en las aguas y admirarme, sino para pensar en el momento cruel de mi término.

»Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el *Canto de la Violeta*. Helo aquí:

Estoy vestida con el manto de una hoja verde y con un ropón de honor ultramarino. Soy una cosita ínfima de aspecto delicioso.

Llámease la rosa Orgullo de la mañana. Yo soy su misterio.

¡Pero cuán digna de envidia es mi hermana la rosa, que vive la vida de los bienaventurados y muere mártir de su hermosura!

Yo me mustio desde mi infancia, consumida de pena, y nazco vestida de luto.

¡Qué cortos son los instantes en que disfruto una vida agradable! ¡Ay! ¡ay! ¡qué largos son los instantes en que vegeto seca y despojada de mis trajes de hojas!

Ved. En cuanto abro mi corola, vienen á cogerme y á separarme de mis raíces, sin darme tiempo de llegar al término de mi desarrollo.

No faltan entonces gentes que, abusando de mi debilidad, me tratan con violencia, sin que las conmueva mi modestia ni mis atractivos.

Hablo del placer á los que están junto á mí, y gusto á los que me advierten. Sin embargo, apenas pasa un día, y hasta menos de un día, no se me estima ya.

Y se me vende al más bajo precio tras de hacer el mayor caso de mí; y acábase por encontrarme defectos tras de haberme colmado de elogios.

De noche, por influjo del Destino enemigo, mis pétalos se enrollan y se mustian; y por la mañana, estoy pálida y seca.

*Entonces es cuando me recogen las gentes estu-
diosas que conocen mis virtudes. Con mi auxilio,
alejan los males, aplacan los dolores y dulcifican
los caracteres secos.*

*Fresca, hago disfrutar á los hombres la dulzura
de mi perfume, el encanto de mi flor; seca, les
devuelvo la salud.*

*Pero, entre los hijos de los hombres, ¡cuántos
ignoran mis cualidades interiores y no se dignan
escrutar mis ribetes de sabiduría!*

*Ofrezco, sin embargo, tantos motivos de refle-
xión á los meditativos, que procuran instruirse es-
tudiándome. Porque mi modo de ser atrae á los que
escuchan la voz de la razón.*

*Pero me consuelo de ser desconocida tan á me-
nudo, viendo cómo mis flores, sobre sus tallos, se
asemejan á un ejército cuyos jinetes, con cascos de
esmeralda, hubieran adornado de zafiros sus lan-
zas y arrebatado oportunamente con sus lanzas las
cabezas de sus enemigos.*

»Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras
mías! os diré el *Canto del Nenúfar*. Helo aquí:

*Tan temeroso y púdico es mi natural, que, no
pudiendo decidirme á vivir desnudo al aire, re-
huyo las miradas y me escondo en el agua. Y con
mi corola inmaculada, me dejo adivinar más bien
que ver.*

Escuchen con avidez mis lecciones los enamora-

dos, y tengan miramientos conmigo y pórtense con prudencia.

Los lugares acuáticos son mi lecho de reposo, porque me gusta el agua límpida y corriente, y no me separo de ella ni por la mañana ni por la noche, ni en el invierno ni en el verano.

Y ¡qué cosa tan extraordinaria! atormentado de amor por esa agua, no ceso de suspirar tras ella, y presa de la sed ardiente del deseo, la acompaño por doquiera.

¿Vióse jamás nada parecido? Estar en el agua y sentirse devorado por la sed más ardiente.

De día, bajo los rayos del sol, despliego mi cáliz dorado; pero cuando la noche envuelve á la tierra con su manto y se extiende sobre las aguas, la onda me atrae hacia sí.

Y se inclina mi corola, y hundiéndome en el seno nativo, me retiro al fondo de mi nido de verdor y de agua y vuelvo á mis pensamientos solitarios.

Porque mi cáliz, sumergido en el agua nocturna, contempla entonces, como un ojo vigilante, lo que hace su dicha.

Y los hombres irreflexivos no saben ya dónde estoy, y no sospechan mi dicha escondida, y ningún censor viene á importunarme para alejarme de mi fresca bienamada.

Además de que, dondequiera que me lleven mis deseos, mi bienamada permanece al lado mío.

Si la ruego que alivie el ardor que me inflama, me empapa ella en su dulce licor. Y si le pido

asilo, complaciente, ábreme su seno para ocultarme en él.

Mi existencia se halla ligada á la suya, y la duración de mi vida depende del tiempo que viva ella conmigo.

Ella sola puede darme el último grado de la perfección, y sólo á sus cualidades debo mis virtudes.

Tan temeroso y púdico es mi natural, que, no pudiendo decidirme á vivir desnudo al aire, rehuyo las miradas y me escondo en el agua. Y con mi corola inmaculada, me dejo adivinar más bien que ver.

»Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el *Canto del Alelí*...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



**PERO CUANDO LLEGÓ
LA 933.^a NOCHE**

Ella dijo:

»...Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el *Canto del Alelí*. Helo aquí:

Las revoluciones del tiempo han cambiado mi color primitivo, descomponiéndolo en los tres matices diferentes que constituyen mis variedades.

La primera se presenta con la vestidura amarilla del mal de amor; la segunda se ofrece á las miradas vestida con el traje blanco de la inquietud que producen los tormentos de la ausencia; y la tercera aparece bajo el velo azul de la pena de amor.

Cuando soy blanco, no tengo brillo ni perfume. Así es que el olfato desdeña mi corola y nadie viene á levantar el velo que cubre mis hechizos.

Pero me alegro de verme tan abandonado, porque así lo quería. Guardo cuidadosamente mi secreto, encierro en mí mismo mi perfume, y disimulo mis tesoros con tanto esmero para que ni los deseos ni los ojos puedan gozar de ellos.

Cuando soy amarillo me propongo, por el contrario, seducir; á tal fin, adopto un aire de voluptuosidad; desde por la mañana hasta por la noche esparzo mi olor almizclado; y en el crepúsculo de la mañana y en el de la tarde dejo escapar mi aromático aliento.

No me censuréis ¡oh hermanas mías! si, acuciado por los deseos, confío mi pasión al soplo del céfiro. La amante que traiciona su deseo no es culpable, sino que está vencida por la violencia de su amor.

Pero cuando soy azul, reprimo mi ardor durante el día, soporto mi pena con paciencia, y no exhalo el aroma de mi corazón.

Incluso á aquellos que me aman, nada les respondo cuando la luz del sol ofende al misterio en

que me complazco, ni les manifiesto el secreto de mi alma, ni siquiera traiciono mi presencia con mi aroma.

Pero en cuanto la noche me cubre con sus sombras, muestro mis tesoros á mis amigos, y me quejo de mis males á los que sufren las mismas penas que yo.

Y cuando, en el jardín donde están sentados mis amigos, dan la vuelta las copas de vino, yo bebo á mi vez en mi propio corazón.

Entonces, cuando el instante me parece favorable, exhalo mis emanaciones nocturnas, y esparzo un perfume tan dulce cual la sociedad de un amigo muy querido.

También entonces, si se busca mi presencia y se me acaricia delicadamente, cedo con presteza á la invitación, sin quejarme de lo que me hacen sufrir los corazones duros.

¡Ah! Me gustan las tinieblas que los amantes escogen para sus entrevistas, en que la enamorada desfallece con los brazos abiertos. Me gustan las tinieblas, que me permiten exhalar al viento mis endechas perfumadas, quitarme los velos que tapan mi desnudez y presentar á mis hermanas sin perfume el homenaje de mi incienso.

»Y ahora, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré, si queréis, el Canto de la Albahaca. Helo aquí:

Ha llegado el momento, hermanas mías, de que

adornéis á satisfacción el jardín en que moro. Dadme órdenes, y admitidme de comensal, por favor.

Mis hojas frescas y delicadas os anuncian mis raras cualidades. Soy amiga de los arroyos; comparto los secretos de los que conversan á la luz de la luna y soy su depositaria más fiel.

Admitidme de comensal, ¡oh hermanas mías! Así como la danza no sería agradable sin el sonido de los instrumentos, el ingenio de las personas deliciosas no sería regocijante sin mi presencia.

Mi seno encierra un perfume precioso que penetra hasta el fondo de los corazones. Estoy prometida á los elegidos en el paraíso.

Ya os he dicho ¡oh hermanas mías! que no soy indiscreta. No obstante, quizá hayáis oído decir que existe un delator entre los individuos de mi familia: ¡la menta!

Pero os ruego que no le hagáis reproches: sólo difunde su propio olor, y sólo divulga un secreto que le concierne.

El que es indiscreto para sí mismo no puede compararse con quien revela secretos que se le han confiado, y no merece el apelativo injurioso de delator.

De todos modos, no estoy ligada á la menta por lazos de parentesco próximo. Reflexionad en esto, ¡oh hermanas mías! Soy amiga de los ruiñeñores; conozco los secretos de los enamorados que hablan á la luz de la luna; soy una depositaria fiel.

Ha llegado el momento de que adornéis á satis-

facción el jardín en que moro. Dadme órdenes, y admitidme de comensal, por favor.

»Y ahora, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré, si queréis, el *Canto de la Manzanilla*. Helo aquí:

Si te encuentras en estado de comprender los emblemas, levántate y ven á aprovecharte de los que se te ofrecen. Si no, duerme, ya que no sabes interpretar la Naturaleza. Pero hay que confesar que es muy culpable tu ignorancia.

¿Cómo no han de ser deliciosos los días en que mi flor se abre? Ha llegado la época de que embellezca yo los campos y mi hermosura sea más dulce y más grata.

Mis pétalos blancos sirven para que se me reconozca desde lejos, y mi disco amarillo imprime dulce languidez á mi corola.

Se puede comparar la diferencia de mis dos colores á la que existe entre los versículos del Korán, que unos son claros y otros oscuros.

Aprende á desentrañar el sentido oculto de mi muerte aparente, que tiene lugar cada año, y de los tormentos que el Destino me hace sufrir.

Con frecuencia venías á admirarme cuando mi flor abierta encantaba las campiñas; y poco después has venido de nuevo, pero no me has encontrado. Y no comprendiste.

Así, cuando mis querellas dolorosas suben en

pos de mis hermanas las palomas, supones que estos gemidos son un cántico de placer, y retozas, dichoso, sobre el césped esmaltado con mis flores. ¡Ay! No has comprendido.

Mis pétalos blancos sirven para que se me reconozca desde lejos. Pero es enfadoso que no sepas distinguir mi alegría de mi tristeza.

»Y ahora, ¡oh señores míos y señoras mías! si queréis, os diré el *Canto de la Alhucema*. Helo aquí:

¡Oh! ¡cuán dichosa soy de no contarme en el número de las flores que adornan los parterres! No corro riesgo de caer en manos viles, y estoy al abrigo de los discursos frívolos.

Al revés que á las plantas hermanas mías, la Naturaleza me ha hecho crecer lejos de los arroyos; y no me gustan los lugares cultivados y las tierras civilizadas.

Soy salvaje. Lejos de la sociedad, resido en los desiertos y en las soledades. Porque no me gusta mezclarme con la muchedumbre.

Como nadie me siembra ni cultiva, nadie tiene que echarme en cara los cuidados que me ha prestado. ¡Soy libre, libre! Y jamás me tocaron las manos del esclavo ni del hombre de las ciudades.

Pero si vas al Najd de Arabia, me encontrarás: allí, lejos de las moradas de los hombres pálidos, hacen mi dicha las llanuras espaciosas, y la sociedad de las gacelas y de las abejas es mi único placer.

Allí, el ajeno amargo es mi hermano en soledad. Soy la bienamada de los anacoretas y de los contemplativos. Y he consolado á Agar y he curado á Ismael.

Soy libre, libre y semejante á las hijas de sangre noble, á quienes no se pone á la venta en los mercados de las ciudades.

No me buscan los libertinos, sino que sólo me estima el que, abrigando un propósito inquebrantable, se descubre la pierna y se lanza sobre el rápido corcel, con una brizna de mi tallo en la oreja.

Quisiera que estuvieses en el desierto de Najd, de donde soy originaria, cuando la brisa de la mañana vaga al lado mío por los valles.

Mi olor fresco y aromático perfuma al beduíno solitario, y mi discreta exhalación regocija el olfato de los que descansan junto á mí.

Así es que, cuando el rudo camellero describe mis raras cualidades á las gentes de las caravanas, no puede por menos de hablar de mí con ternura.

»Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré, para terminar, el *Canto de la Anémona*. Helo aquí:

Si mi interior estuviera conforme con mi exterior, no me vería obligada á quejarme y á envidiar la suerte de mis hermanas.

Se ensalzan sin cesar los ricos matices de mi vestido, y el mayor elogio que se hace de las meji-

llas de las vírgenes es encontrarlas parecido con mi tinte encarnado.

Y sin embargo, quien me ve me desdenea; no me colocan en los vasos que decoran las salas de los festines; nadie elogia mis gracias; no participo de los homenajes que se rinden á mis hermanas; se me relega al último lugar en los parterres; se llega hasta excluirme de ellos por completo; y parece que á la vez repugno á la vista y al olfato.

¡Ay de mí! ¿Dónde está, pues, la causa de tan marcada indiferencia? ¡Ay! ¡ay! Me supongo que obedecerá á que tengo negro el corazón.

¿Pero qué puedo yo contra los designios del Destino? Si mi interior está lleno de defectos y tengo negro el corazón, ¿no hay hermosura en mi exterior?

Renuncio á luchar. ¡Ay de mí! Si mi interior estuviera conforme con mi exterior, no me vería obligada á quejarme y á envidiar la suerte de mis hermanas. Me imagino que toda mi desgracia procede de mi corazón.

»Y ahora que he acabado los cantos del céfiro y de las flores, os diré, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! algunos cantos de aves. He aquí primeramente el *Canto de la Golondrina...*

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 934.^a NOCHE

Ella dijo:

»...Y ahora que he acabado los cantos del céfiro y de las flores, os diré, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! algunos cantos de aves. He aquí primeramente el *Canto de la Golondrina*:

Si utilizo para vivienda las terrazas y las casas, apartándome con ello de mis semejantes los pájaros que habitan en las concavidades de los árboles y en las ramas,

Es porque á mis ojos nada hay preferible á la condición de extraño. Me mezclo, pues, con los humanos porque no son de mi especie, y precisamente para ser extraña entre ellos.

Vivo siempre como viajera, y así disfruto la compañía de la gente instruida. Lejos de su patria, siempre es uno acogido con bondad y de manera cortés.

Cuando me establezco en una casa, no me permito hacer el menor agravio á sus habitantes. Me limito á levantar allí mi celda con materiales cogidos á orillas de los arroyos.

Aumento el número de los individuos de la casa; pero no pido que me hagan participar de sus provi-

siones, pues voy á buscar mi sustento en los lugares desiertos.

Así, el cuidado que pongo en abstenerme de lo que mis huéspedes poseen me atrae su afecto; porque si quisiera participar de su alimento, no me admitirían en sus moradas.

Estoy junto á ellos cuando se hallan reunidos; pero me alejo cuando toman su comida. Porque es de sus buenas cualidades de lo que deseo participar y no de sus festines; es su mérito lo que busco y no su trigo; anhele su amistad y no su grano.

Así es que, como me abstengo escrupulosamente de lo que poseen los hombres, tengo su afecto, y se me recibe en sus moradas como á una pupila á quien se estrecha contra el seno.

»Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el *Canto del Buho*. Helo aquí:

Me llaman maestro de la sabiduría. ¡Ay! ¿quién conoce la sabiduría?

La sabiduría, la paz y la dicha no se encuentran mas que en el aislamiento. En él, al menos, hay probabilidades de encontrarlas.

Desde que nací, me aparté del mundo. Porque lo mismo que una sola gota de agua da origen á un torrente, la sociedad da origen á calamidades. Así es, que no cifré en ella mi felicidad nunca.

Una cavidad de cualquier mina muy antigua constituye mi vivienda solitaria. Allí, lejos de

compañeros, amigos y allegados, estoy al abrigo de tormentos y nada tengo que temer de los envidiosos.

Dejo los palacios suntuosos á los infortunados que en ellos residen, y los manjares delicados á los pobres ricos que de ellos se alimentan.

En mi soledad austera he aprendido á reflexionar y á meditar. Mi alma especialmente ha atraído mi atención. He pensado en el bien que puede hacer y en el mal de que puede ser culpable. He fijado mi atención en las cualidades reales é internas.

Así he aprendido que no existen alegrías y placeres y que el mundo es un gran vacío erigido sobre el vacío. Hablo oscuramente, pero yo me entiendo. Hay cosas que es funesto explicar.

He olvidado, pues, lo que mis semejantes tienen derecho á esperar de mí, y lo que yo tengo derecho á esperar de ellos. He abandonado mi familia, mis bienes y mi país. He pasado con indiferencia por encima de los castillos. He escogido el viejo agujero de la muralla. Me prefiero á mí mismo.

Por eso me llaman el maestro de la sabiduría. ¡Ay! ¿quién conoce la sabiduría?

»Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el *Canto del Halcón*. Helo aquí:

Es verdad que soy taciturno. Soy incluso muy sombrío á veces. Ciertamente, no soy el ruiseñor

lleno de fatuidad, cuyo canto habitual fatiga á las aves, y á quien la intemperancia de su lengua atrae todas las desdichas.

Soy fiel á las normas del silencio. La discreción de mi lengua acaso sea mi único mérito, y el cumplimiento de mis deberes mi perfección acaso.

Reducido al cautiverio por los hombres, permanezco reservado, y jamás descubro el fondo de mi pensamiento. Nunca se me verá llorar sobre los vestigios de mi pasado. La instrucción es lo que busco en mis viajes.

Así es, que mi amo acaba por quererme, y temeroso de que mi imparcialidad y mi reserva me atraigan odio, me tapa la vista con la caperuza, de acuerdo con estas palabras del Korán: «¡No desparrrames la vista!»

Enlaza mi lengua sobre mi pico con el lazo que cumple estas palabras del Korán: «¡No muevas la lengua!»

Me oprime, en fin, con las trabas designadas por este versículo del Korán: «¡No andes por la tierra con petulancia!»

Sufro al verme atado así; pero, silencioso siempre, no me quejo de los males que soporto.

Así se ha hecho mi instrucción, madurando por mucho tiempo mis pensamientos en la noche de la caperuza. ¡Y entonces es cuando los reyes se tornan servidores míos, su mano real es punto de partida de mi vuelo y su puño queda debajo de mis pies orgullosos!

»Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el *Canto del Cisne*. Helo aquí:

Dueño de mis deseos, dispongo del aire, de la tierra y del agua.

Mi cuerpo es de nieve, mi cuello es un lirio, y mi pico un cofrecillo de ámbar dorado.

Mi realeza está hecha de blancura, de soledad y de dignidad.

Conozco los misterios de las aguas, los tesoros que guardan en su fondo y las maravillas marinas.

Y mientras yo viajo y bogo, impulsado por mi propio velamen, el indiferente que vive en la arena no recoge nunca las perlas marinas y no puede aspirar mas que á la espuma amarga.

• »Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el *Canto de la Abeja*. Helo aquí:

Construyo mi casa sobre las colinas. Me alimento de lo que se puede coger sin lastimar los árboles y de lo que se puede comer sin escrúpulo.

Me poso en las flores y en las frutas, sin destruir jamás una fruta ni chafar una flor; de ella saco solamente una sustancia ligera como el rocío.

Contenta de mi delicado botín, vuelvo á mi morada, donde me dedico á mis trabajos, á mi meditación y á la gracia que me ha sido predestinada.

Mi casa está construída con arreglo á las leyes de una arquitectura severa, y el propio Eucli-

des se instruiría admirando la geometría de mis alvéolos.

Mi cera y mi miel son productos de la unión de mi ciencia con mi trabajo. La cera es el resultado de mis afanes, y la miel es el fruto de mi instrucción.

Sólo después de hacerles sentir la amargura de mi aguijón, concedo mis gracias á los que las desean.

Si buscas alegorías, voy á brindarte una muy instructiva. Piensa en que no puedes gozar de mis favores mas que sufriendo con paciencia la amargura de mis desdenes y mis heridas.

El amor torna ligero lo más pesado. Si comprendes, acércate; si no, quédate donde estás.

»Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el *Canto de la Mariposa*. Helo aquí:

Soy la amante abrasada eternamente en el amor de mi bienamada la llama.

La ley que rige mi corta vida consiste en consumirme de deseo y de ardor.

Los malos tratos de que mi amiga me hace objeto, lejos de disminuir mi amor, no hacen mas que aumentarlo, y me precipito á ella, impulsada por el deseo de ver consumada nuestra unión.

Pero ella me rechaza con crueldad y desgarra el tejido de gasa de mis alas. ¡Jamás sufrió un amante lo que sufro yo!

Y la vela me responde: «Si de veras me amas,

no te apresures á condenarme, porque sufro los mismos tormentos que tú.

»Que un enamorado se abraza, nada tiene de asombroso; pero sí debe sorprender que su querida corra la misma suerte.

»El fuego me ama como yo te amo, y sus suspiros inflamados me queman y me derriten.

»Quiere acercarse á mí, y me devora; quiere unirse á mí en amor, pero sólo puede realizar sus deseos destruyéndome.

»Por el fuego me arrancaron de mi morada con mi hermana la miel. Luego, al separarme de ella, pusieron entre nosotros un espacio inmenso.

»Mi suerte se reduce á esparcir mi luz, á arder, á verter lágrimas. Y me consumo para alumbrar á los demás.»

Así me habló la vela. Pero el fuego encaróse con nosotras dos, y nos dijo:

«¡Oh vosotras las atormentadas por mi llama! ¿por qué os quejáis del dulce instante de la unión?

*»¡Dichosos los que beben, mientras yo soy su co-
pero! ¡Dichosa vida la del que, consumido por mi
llama inmortal, muere por obedecer las leyes del
amor!»*

*»Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras
mías! os diré el Canto del Cuervo...*

En este momento de su narración, Schahrazada
vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ
LA 935.^a NOCHE

Ella dijo:

»...Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el *Canto del Cuervo*. Helo aquí:

Sí, ya sé que, vestido de negro, vengo á turbar, con mi grito importuno, lo más puro, y á hacer amargo lo más dulce.

Lo mismo al salir la aurora que al llegar la noche, me dirijo á los campamentos primaverales y los excito á la separación.

Si veo una dicha completa, proclamo su próximo fin; si diviso un palacio magnífico, anuncio su ruina inminente.

Sí, ya sé que me reprochan todo eso, y que soy de peor agüero que Kascher y más siniestro que Jader.

¡Oh tú que censuras mi conducta! Si conocieras tu verdadera dicha como conozco yo la mía, no vacilarías en cubrirme, como yo, con una vestidura negra; y á todas horas me contestarías con lamentaciones.

Pero vanos placeres ocupan tus momentos, y tu vanidad te retiene alejado de los senderos de la sabiduría.

Olvidas que el amigo sincero es el que te habla con franqueza y no el que te oculta tus errores; que es el que te reprende y no el que te disculpa; que es el que te enseña la verdad y no el que venga tus injurias.

Porque quien te amonesta despierta en ti la virtud cuando duermes, y te pone en guardia inspirándote temores saludables.

Por lo que á mí respecta, vestido de luto, lloro por la vida fugitiva que se nos escapa, y no puedo por menos de gemir cuantas veces columbro una caravana cuyo conductor acelera la marcha.

Por tanto, soy semejante al predicador de la mezquita, y no es cosa nueva que los predicadores vayan vestidos de negro.

Pero ¡ay! que sólo objetos mudos é inanimados responden á mi voz profética.

¡Oh tú, que tan duro tienes el oído! Despiértate por fin, y comprende lo que indica la niebla matinal: ¡no hay en la tierra nadie que no deba esforzarse por entrever algo del mundo invisible!

¡Pero no me oyes, no me oyes! ¡Y por fin me doy cuenta de que estoy hablando con un muerto!

»Y ahora, si queréis, ¡oh señores míos y señoras mías! os diré el *Canto de la Abubilla*. Helo aquí:

Cuando vine de Saba como mensajera de amor, entregué al rey dorado la carta de la reina de rasgados ojos cerúleos.

Y me dijo Soleimán: «¡Oh abubilla! Me has traído de Saba una noticia que hace bailar mi corazón.»

Y me colmó de favores, y me puso á la cabeza esta corona encantadora que llevo desde entonces.

Y me enseñó la sabiduría. Por eso vuelvo con frecuencia á la soledad de mis pensamientos, y recuerdo su enseñanza tal como me la facilitó.

Me dijo: «Has de saber ¡oh abubilla! que si el corazón tuviera cuidado de instruirse, la inteligencia penetraría el sentido de las cosas;

»Si el espíritu fuera bueno, vería los signos de la verdad; si la conciencia supiera comprender, se enteraría sin dificultad de las buenas noticias;

»Si el alma se abriera á las influencias místicas, recibiría luces sobrenaturales;

»Si el interior fuese puro, quedarían al descubierto los misterios de las cosas, y la Dueña Divina se dejaría ver;

»Si nos despojáramos de la vestidura del amor propio, no existirían ya en la vida obstáculos, y el espíritu no segregaría ya pensamientos helados.

»De tal suerte tu temperamento podría adquirir el grado de equilibrio que constituye la salud espiritual, y serías tu propio médico.

»Sabrías refrescarte con el abanico de la esperanza y prepararte tú misma el mirabolano del refugio, la sebestén de la corrección, la azufaifa de la solicitud y el tamarindo de la discreción.

»Sabrías molerte en el mortero de la paciencia, tamizarte por el tamiz de la humildad, y adminis-

trarte los remedios espirituales, después de la vigilia nocturna, en la soledad de la mañana, frente á frente de la Divina Amiga.

»Porque quien no sabe extraer un sentido alegórico del chirrido agrio de la puerta, del runruneo de la mosca y del movimiento de los insectos que se deslizan por el polvo;

»Quien no sabe comprender lo que indican la marcha de la nube, el resplandor del espejismo y el color de la niebla, no se cuente en el número de las personas inteligentes.»

Y tras de recitar así estos cantos de flores y de aves, la joven Tohfa se calló. Entonces, desde todos los puntos del palacio se alzaron entusiastas exclamaciones de los genn. Y el jeque Eblis fué á besarle los pies, y las reinas, en el límite de la exaltación, fueron á abrazarla llorando. Y todos juntos se pusieron á hacer con las manos y con los ojos gestos y señas que significaban claramente: «¡Tenemos la lengua trabada de admiración, y no pueden salir palabras de nuestra boca!» Luego empezaron á saltar en sus asientos cadenciosamente y levantando las piernas por el aire, lo que significaba claramente en su lenguaje de genn: «¡Qué hermoso es! ¡Tú has sobresalido! ¡Estamos maravillados! ¡Te lo agradecemos mucho!» Y el efrít Maimún, así como su compañero en fealdad, se levantó y se puso á bailar con el dedo metido en el culo, lo que significaba manifiestamente en su lenguaje: «¡Estoy loco de entusiasmo!»

Y Tohfa, conmovida al ver el efecto producido en los genn por aquellos cantos y aquellos poemas, les dijo: «¡Por Alah, ¡oh señores míos y señoras mías! que si no estuviera fatigada, aún os hubiera dicho otros cantos y otros versos concernientes á las demás flores olorosas, hierbas y aves, especialmente los cantos del Ruiseñor, de la Codorniz, del Estornino, del Canario, de la Tórtola, de la Paloma, de la Zorita, del Jilguero, del Pavo Real, del Faisán, de la Perdiz, del Milano, del Buitre, del Águila y del Avestruz; y os hubiera dicho los cantos de algunos animales, como el Perro, el Camello, el Caballo, el Onagro, el Asno, la Girafa, la Gacela, la Hormiga, el Carnero, el Zorro, la Cabra, el Lobo, el León y muchos otros más! Pero ¡inschalah! ya nos reuniremos en otra ocasión. Por el momento, ruego al jeque Eblis que me lleve al palacio de mi amo el Emir de los Creyentes, que debe estar muy inquieto por mí. Y dispensadme por no poder asistir á la circuncisión del niño y á las bodas de la joven efrita. ¡De verdad, no puedo!»

Entonces le dijo el jeque Eblis: «Verdaderamente, ¡oh Obra Maestra de los Corazones! se nos derriete el corazón al saber que quieres dejarnos tan pronto. ¿No habría manera de que te quedaras todavía un poco con nosotros? ¡Nos das á probar el dulce y nos lo quitas de los labios! ¡Por Alah sobre ti, ¡oh Tohfa! favorécenos con algunos instantes más!» Y Tohfa contestó: «En verdad que la cosa está por encima de mi capacidad. Y es preciso que

vuelva al lado del Emir de los Creyentes, porque ¡oh jeque Eblis! no ignoras que los hijos de la tierra no pueden disfrutar la verdadera dicha mas que en la tierra. ¡Y mi alma se entristece por estar tan lejos de sus semejantes! ¡Oh vosotros todos! ¡no me retengáis aquí por más tiempo contra los impulsos de mi corazón!»

Entonces Eblis le dijo: «¡Por encima de mi cabeza y de mis ojos! Pero antes ¡oh Tohfa! quiero decirte que conozco á tu antiguo maestro de música, el admirable Ishak Ibn-Ibrahim de Mosul.» Luego sonrió y dijo: «Y él también me conoce, pues en cierta velada de invierno pasaron entre nosotros ciertas cosas que no dejaré de contarte á mi vez ¡inschallah! algún día. Porque la historia de mis relaciones con él es una historia larga; y aún no ha debido olvidar las posiciones de laúd que hube de enseñarle ni la joven de una noche que hube de procurarle. Y no es ahora el momento oportuno para contarte todo eso, ya que tanta prisa tienes por volver con el Emir de los Creyentes. Sin embargo, no se dirá que has salido de entre nosotros sin nada entre las manos. Por eso voy á enseñarte un recurso de laúd, con el cual serás exaltada por el mundo entero, y serás todavía más amada por tu amo el califa.» Y ella contestó: «Haz lo que te plazca.»

Entonces Eblis tomó el laúd de la joven y tocó una pieza por un método nuevo, con escalas maravillosas, repeticiones insólitas y temblores perfeccionados. Y oyendo aquella música, parecióle á

Tohfa que cuanto había aprendido hasta aquel momento era erróneo, y que lo que acababa de aprender del jeque Eblis (¡confundido sea!) era fuente y base de toda armonía. Y se regocijó al pensar que podría hacer oír aquella música nueva á su amo el Emir de los Creyentes y á Ishak Al-Nadim. Y para tener la certeza de que no se equivocaría, quiso repetir, en presencia del que lo había tocado, el aire oído. Tomó, pues, su laúd de manos de Eblis, y guiándose por el primer tono que él le dió, repitió la pieza á la perfección. Y exclamaron todos los genn: «¡Excelente!» Y Eblis le dijo: «Hete aquí ahora ¡oh Tohfa! en los límites extremos del arte. Así es que voy á extenderte un diploma signado por todos los jefes de los genn, en el cual se te reconocerá y proclamará como la mejor tañedora de laúd de la tierra. Y en ese mismo diploma te nombraré «lugartenienta de los pájaros». Porque los poemas que nos has recitado y los cantos con que nos has favorecido te hacen sin par; y mereces estar á la cabeza de los pájaros músicos.»

Y el jeque Eblis mandó llamar al escriba principal, que tomó una piel de gallo, y acto seguido la preparó para extender el diploma en cuestión...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 936.^a NOCHE*

Ella dijo:

...Y el jeque Eblis mandó llamar al escriba principal, que tomó una piel de gallo, y acto seguido la preparó para extender el diploma en cuestión. Luego escribió encima, con una letra hermosa, en caracteres cúficos de renglones perfectos, lo que le dictó el jeque Eblis. Y quedó patente y reconocido en aquel diploma que la joven Tohfa sería en lo sucesivo lugarteniente de los pájaros, y que, en virtud de decreto especial, se la nombraba sultana de las tañedoras de laúd y de las cañtarinas. Y se formalizó aquel diploma con el sello del jeque Eblis, y se marcó con los sellos de los demás jefes de los genn. Y después lo guardaron en un cofrecillo de oro, y se lo entregaron ceremoniosamente á Tohfa, que lo cogió y se lo llevó á la frente en acción de gracias.

Entonces Eblis hizo una seña á los que le rodeaban, y al punto entraron unos genn cargados con un armario cada cual. Y pusieron delante de Tohfa aquellos armarios, que eran doce, todos iguales. Y Eblis los abrió uno por uno, con objeto de enseñar el contenido á Tohfa, diciéndole: «¡Son de tu propiedad!» Y he aquí que el primer armario estaba ente-

ramente lleno de pedrerías; el segundo, de dinares de oro; el tercero, de oro en lingotes; el cuarto, de joyas de orfebrería; el quinto, de candelabros de oro; el sexto, de confituras secas y de mirabolano; el séptimo, de lencería de seda; el octavo, de afeites y perfumes; el noveno, de instrumentos musicales; el décimo, de vajilla de oro; el undécimo, de trajes de brocado, y el duodécimo, de trajes de seda de todos colores.

Y cuando Tohfa hubo mirado el contenido de aquellos doce armarios, Eblis hizo una nueva seña á los portadores, que al punto se echaron á la espalda los armarios y se pusieron en fila detrás de Tohfa. Entonces fueron las reinas de los genn á decir adiós, llorando, á la lugarteniente de los pájaros; y la reina Kamariya le dijo: «¡Oh hermana mía! Ya que nos abandonas, ¡ay! permitirás, al menos, que alguna vez vayamos á verte al pabellón en que habitas, y nos regocijemos los ojos con tu presencia, que arrebatara la razón. Pero supongo que también querrás que en adelante, en vez de permanecer invisible, tome yo forma de mujer terrestre y te despierte con mi aliento.» Y dijo Tohfa: «De todo corazón amistoso, ¡oh hermana mía Kamariya! Sin duda me regocijaré al despertarme bajo el soplo de tu aliento y al sentirme acostada al lado mío.» Y á continuación se besaron por última vez, y se hicieron mil zalemas y mil juramentos de amantes.

Entonces Eblis dobló la espalda ante Tohfa, y la tomó á horcajadas en su cuello. Y en medio de

adioses y suspiros de pena, echó á volar con ella seguido de cerca por los genn portadores que llevaban á la espalda los armarios. Y en un abrir y cerrar de ojos, llegaron todos, sin contratiempo, al pabellón del Emir de los Creyentes en Bagdad. Y Eblis depositó delicadamente á Tohfa en su lecho; y los portadores alinearon por orden contra la pared los doce armarios. Y tras de besar la tierra entre las manos de la lugartenienta de los pájaros, se retiraron todos, con Eblis á la cabeza, sin hacer el menor ruido, como habían venido.

Cuando Tohfa se encontró en su cuarto y en su lecho, le pareció que nunca había salido de él, y creyó que cuanto le había sucedido no era mas que un sueño. Así es que, para cerciorarse de la realidad de sus sensaciones, tomó consigo su laúd, y lo templó y tañó con arreglo al método nuevo que había aprendido de Eblis, improvisando versos relativos al regreso. Y el eunuco que custodiaba el pabellón oyó tocar y cantar dentro del cuarto, y exclamó: «¡Por Alah, que es la música de mi señora Tohfa!» Y se precipitó afuera, corriendo como un hombre perseguido por una horda de beduinos; y cayendo y levantándose, de tan emocionado como estaba, llegó al lado del jefe eunuco, Massrur el portaalfanje, que hacía la guardia, como de costumbre, á la puerta del Emir de los Creyentes. Y cayó á sus plantas, diciendo: «¡Ya sidi! ¡ya sidi!» Y Massrur le dijo: «¿Qué te ocurre? ¿Y qué vienes á hacer aquí á semejante hora?» Y el eunuco dijo:

«Date prisa ¡ya sidi! á despertar al Emir de los Creyentes. ¡Traigo una buena noticia!» Y Massrur empezó á regañarle, diciéndole: «¿Estás loco ¡oh Sawab! para creerme capaz de despertar á esta hora á nuestro amo el califa?» Pero el otro se puso á insistir de tal manera y á gritar tan fuerte, que el califa acabó por oír el ruido y despertarse. Y preguntó desde dentro: «¡Ya Massrur! ¿á qué obedece todo ese tumulto de fuera?» Y Massrur, temblando, contestó: «Es Sawab, el guardián del pabellón, ¡oh mi señor! que viene á buscarme para decirme: «¡Despierta al Emir de los Creyentes!» Y el califa preguntó: «¿Qué tienes que decirme, ¡oh Sawab!?» Y el eunuco sólo pudo balbucear: «¡Ya sidi! ¡ya sidi!» Entonces Al-Rachid dijo á una de las jóvenes esclavas que dentro velaban su sueño: «Ve á ver de qué se trata.»

Y salió la joven en busca de los eunucos, é hizo entrar al que custodiaba el pabellón. Pero se hallaba en tal estado, que, al ver al Emir de los Creyentes, se olvidó de besar la tierra entre sus manos, y le gritó, como si hablase á uno de sus semejantes en eunuquiez: «¡Yalah, levántate pronto! Mi señora Tohfa está en su cuarto cantando y tocando el laúd. Vamos, ven á oírla ya, ¡oh hombre!» Y el califa, estupefacto, miró al esclavo sin poder pronunciar una palabra. Y el otro le dijo: «¿No has oído el principio de mi discurso? ¡No estoy loco, por Alah! Te digo que mi señora Tohfa está sentada en su dormitorio, tocando el laúd y cantando.

¡Ven pronto! ¡Date prisa!» Y Al-Rachid se levantó y se puso á toda prisa el primer traje que encontró á mano, sin comprender, por otra parte, ni una palabra de las del eunuco, al cual dijo: «¡Mal hayas! ¿Qué dices? ¿Cómo te atreves á hablarme de tu señora Sett Tohfa? ¿No sabes que ha desaparecido de su cuarto, aun cuando estaban cerradas puertas y ventanas, y que mi visir Giafar, que lo sabe todo, me ha afirmado que su desaparición no es natural, sino obra de los genn y de sus maleficios? ¿Y no sabes que, generalmente, no se vuelve á ver á las personas que se han llevado los genn? ¡Mal hayas, ¡oh esclavo! que te atreves á venir á despertar á tu señor á causa de un sueño grotesco que has tenido en tu cerebro negro!» Y el esclavo dijo: «¡No he tenido ningún sueño ni empeño, no he comido beleño, y por lo tanto, levántate, dueño, como yo te enseño! ¡Y ven ya á ver, risueño, á ese maravilloso diseño!» Y el califa, á pesar de todo, no pudo por menos de echarse á reir á carcajadas al observar la locura probada del eunuco Sawab. Y le dijo: «¡Si es cierto tu discurso, para bien tuyo será, porque te libentaré y te daré mil dinares de oro; pero si todo eso es falso, y de antemano te digo que eso es falso y producto de un ensueño de negro, te haré crucificar!» Y el eunuco exclamó, alzando los brazos al cielo: «¡Oh Alah! ¡oh Protector! ¡oh Dueño de la salvaguardia! Haz que no haya tenido yo en mi cerebro negro un sueño ni una visión.» Y echó á andar el primero, abriendo la marcha al califa,

diciendo: «Las orejas son para oír y los ojos para ver. Ven, pues, para ver y escuchar con tus ojos y con tus orejas.»

Y cuando Al-Rachid hubo llegado á la puerta del pabellón, oyó el sonido del laúd y la voz de Tohfa cantando. Y precisamente en aquel momento cantaba y tocaba con arreglo al método que le había enseñado el jeque Eblis. Y Al-Rachid, trastornado y reteniendo á duras penas la razón que se le huía, metió la llave en la cerradura; y su mano se negaba á abrir, de tanto como temblaba. Por fin, al cabo de un momento, se reanimó, y apoyándose en la puerta, que hubo de ceder, entró diciendo: «¡Bismilah! ¡Confundido sea el Maligno! ¡Me refugio en Alah contra los maleficios!»

Cuando Tohfa vió entrar al Emir de los Creyentes tan trastornado y tembloroso de emoción como estaba, se levantó vivamente y corrió á su encuentro. Y le rodeó con sus brazos y le estrechó contra su corazón. Y Al-Rachid lanzó un grito como si rindiera el alma, y se desplomó desmayado, dando con la cabeza antes que con los pies. Y Tohfa le roció con agua de rosas almizclada, y le remojó las sienes y la frente hasta que volvió él de su desmayo. Y permaneció un momento como un hombre ebrio. Y á lo largo de sus mejillas corrían lágrimas y mojaban su barba. Y cuando recobró el sentido por completo, pudo por fin llorar libremente con toda su alegría en el seno de su bienamada, que lloraba también. Y las frases que se dijeron y las caricias

que se prodigaron están por encima de todos los discursos. Y Al-Rachid le dijo: «¡Oh Tohfa! Ciertamente, tu ausencia es cosa extraordinaria; pero tu regreso lo es más todavía y va más allá del entendimiento.» Y ella contestó: «¡Por tu vida, ¡oh mi señor! que es verdad! Pero ¿qué dirás cuando, tras de contarte todo, te lo haya enseñado todo?» Y sin darle tiempo á replicar, le explicó la entrada silenciosa del viejo jeque en el pabellón, la danza enloquecida de Eblis, la bajada por las letrinas, lo referente al caballo alado y la residencia de los genn, hablándole asimismo de las reinas de los genn, y sobre todo de la belleza de Kamariya, enumerándole los manjares y los honores, los cantos de las flores y de las aves, la lección de música de Eblis, y por último, lo relativo al diploma que le habían extendido, nombrándola lugarteniente de los pájaros. Y desdobló ante el califa el diploma consabido escrito en piel de gallo. Luego, cogiéndole de la mano, le mostró, uno tras otro, los doce armarios con su contenido, que no podrían describir mil lenguas ni anotar mil registros...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



*PERO CUANDO LLEGÓ
LA 937.^a NOCHE*

Ella dijo:

...le mostró, uno tras otro, los doce armarios con su contenido, que no podrían describir mil lenguas ni anotar mil registros. Y aquellos armarios fueron los que más tarde sirvieron de base á las riquezas de los Bani-Barmak y de los Bani-Abbas.

En cuanto á Al-Rachid, en su alegría por encontrar á su bienamada Obra Maestra de los Corazones, hizo decorar é iluminar Bagdad desde un río al otro río, y dió festejos espléndidos en los que no quedó olvidado ningún pobre. Y en el transcurso de estos festejos, Ishak Al-Nadim, á quien se encumbró más que nunca con honores y dignidades, cantó en público el-canto que, por agradecimiento, no dejó de enseñarle Tohfa y que ella misma había aprendido de Eblis (¡confundido sea!).

Y Al-Rachid y Obra Maestra de los Corazones no cesaron de vivir una vida deliciosa, con prosperidad y amor, hasta la llegada ineluctable de la Proveedora de tumbas.

«Y tal es ¡oh rey afortunado! — continuó Schahrazada — la historia de la joven Tohfa, Obra

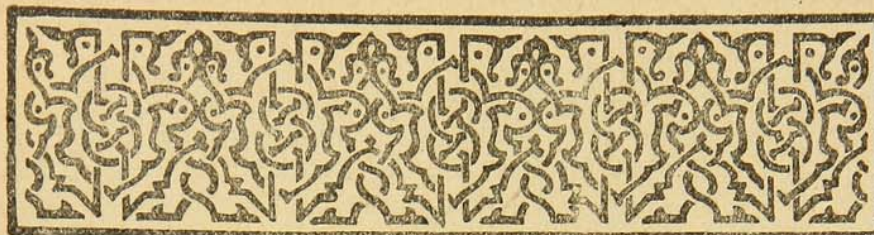
Maestra de los Corazones, lugarteniente de los pájaros.»

Y el rey Schahriar se maravilló de este relato de Schahrazada hasta el límite de la maravilla, sobre todo de los poemas y cantos de las flores y las aves, y especialmente del canto de la Abubilla y del canto del Cuervo. Y pensó para su ánima: «¡Por Alah, que esta hija de mi visir ha sido para mí una bendición insigne! Y una persona de su mérito y de sus cualidades no merece la muerte. Es preciso, pues, antes de que decida definitivamente con respecto á ella, que reflexione algún tiempo todavía. ¡Y además, puede saber otras historias no menos admirables, y contármelas!» Y se sintió en un estado de exaltación como no lo había experimentado hasta entonces; de modo que no pudo por menos de estrechar de pronto á Schahrazada contra su corazón, y de decirle: «¡Benditas sean las mujeres que se te parecen, ¡oh Schahrazada! Esa historia me ha conmovido en extremo con los cantos de flores y aves que contiene y con la gran enseñanza con que me han enriquecido esos poemas. Así, pues, ¡oh virtuosa y diserta hija de mi visir! si aún tienes que contarme una ó dos ó tres ó cuatro historias como esa, no vaciles en comenzar. ¡Porque esta noche me noto el alma apaciguada y refrescada con tus palabras, y el corazón conquistado por tu elocuencia!» Y Schahrazada contestó: «No soy mas que la esclava de mi amo el rey, y sus alabanzas están por encima de mis méritos. Pero, ya que lo deseas, me gustaría narrarte ciertos hechos relativos á mujeres, á capitanes de policía y á otras cosas parecidas,

aunque tengo mucho miedo de que mis palabras ofendan á tu espíritu y á tu amor por la moral, pues serán un poco libres y atrevidas. Porque ¡oh rey del tiempo! el pueblo ignora generalmente el lenguaje discreto, y sus expresiones traspasan á veces los límites de las conveniencias. Por tanto, si quieres que salte por encima de ellas, saltaré; pero si quieres que me calle, me callaré.» Y dijo el rey Schahriar: «¡Claro que puedes hablar, Schahrazada, porque nada podrá asombrarme de parte de las mujeres, y sé que son semejantes á una costilla torcida; y es notorio que, cuando se quiere enderezar una costilla torcida, se la tuerce más; y si se insiste, se la rompe! ¡Habla, pues, sin reticencias, que la cordura no habita lejos de nosotros desde el día en que tuvo lugar la traición de la esposa maldita que sabes!» Y pronunciadas estas últimas palabras, el semblante del rey Schahriar se oscureció de repente, hundiéronse sus ojos, se fruncieron sus cejas, palideció su tez, y su estado se tornó en muy mal estado. Y todo esto sucedió sólo al recuerdo evocado de la antigua desventura. Así es que, al ver aquella mudanza que no anunciaba nada tranquilizador, la pequeña Doniazada tuvo cuidado de exclamar al punto: «¡Oh hermana mía! Por favor, date prisa á contarnos lo que nos has anunciado respecto á los capitanes de policía y á las mujeres, y no temas nada por parte de este rey bien educado, que ya sabe que las mujeres son como las pedrerías, unas con manchas, taras y defectos, y otras puras, transparentes y á toda prueba. ¡Y mejor que tú y mejor que yo sabrá él hallar la diferencia y

no confundir las joyas con los guijarros!» Y Schahrazada dijo: «Verdad dices, ¡oh pequeña! ¡Así es que, de todo corazón amistoso, voy á contar á nuestro amo la HISTORIA DE AL-MALEK AL-ZAHER ROKN AL-DIN BAIBARS AL-BONDOKDARI Y DE SUS CAPITANES DE POLICÍA, y lo que les sucedió!»





ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
<i>Dedicatoria.</i>	VII
HISTORIA ESPLÉNDIDA DEL PRÍNCIPE DIAMANTE.	9-98
ALGUNAS TONTERÍAS Y TEORÍAS DEL MAESTRO DE LAS DIVISAS Y DE LAS RISAS.	99-125
HISTORIA DE LA JOVENZUELA OBRA MAESTRA DE LOS CORAZONES, LUGARTENIENTA DE LOS PÁJAROS.	127-201
donde están incluidos:	
LOS CANTOS DEL CÉFIRO, DE LAS FLORES Y DE LOS PÁJAROS.	163-190



EDITORIAL PROMETEO.—VALENCIA

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ, director literario de esta Editorial.—NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. El Papa del mar. A los pies de Venus. Novelas de amor y de muerte. En busca del Gran Kan. El Caballero de la Virgen. El fantasma de las alas de oro.—CUENTOS: La condenada. Cuentos valencianos.—VIAJES: En el país del arte. Oriente. La vuelta al mundo, de un novelista (3 tomos).—ARTÍCULOS: El militarismo mejicano.—5 pesetas volumen.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914, por V. BLASCO IBÁÑEZ.—Esta obra es á la vez un libro y un panorama. Volviendo sus hojas y examinando sus ilustraciones, se puede formar idea de lo que fué la guerra. No hay una sola página que no lleve uno ó dos grabados, fotografías, retratos, caricaturas, documentos, planos y mapas. Hermosas láminas de doble hoja reproducen las escenas más principales.—Nueve tomos lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 25 pesetas.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por ERNESTO LAVISSE, de la Academia Francesa, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia.—Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Más de 20.000 retratos, cuadros, armas, monedas, monumentos, etc. Historia gráfica del Arte. Historia del traje en numerosas láminas de colores. Mapas, planos, etc.—Se han publicado los tomos I al XV. En prensa el XVI.—10 pesetas cada volumen lujosamente encuadernado en tela.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, por ONÉSIMO y ELÍSEO RECLÚS. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Conocer la tierra que habitamos es uno de los deseos más legítimos y naturales del hombre. Nada para ello como esta obra, que no es sólo un libro de consulta, sino un relato vivo y pintoresco, propio de la pluma de los Reclús, tan artistas como sabios. Se dedica una extensión especial á España y á las naciones de América, pueblos para los que se ha escrito esta *Geografía*.—Seis volúmenes en 4.º, con más de 1.000 grabados. Numerosos mapas.—7'50 ptas. el tomo encuadernado en tela.

BIBLIOTECA CLÁSICA.—*Clásicos griegos:* Homero, Esquilo, Sófocles, Hesiodo, Eurípides, Teócrito, Aristófanes, Jenofonte, Aristóteles.—*Clásicos latinos:* Plauto, Cicerón, Valerio Máximo, Fedro, Horacio, Virgilio.—*Edad Media:* La canción de Roldán.—*Clásicos españoles:* Quevedo, Cervantes, Lope de Vega, Guillem de Castro, Calderón de la Barca, Moreto, Timoneda, Lope de Rueda, Rojas Zorrilla, Ruiz de Alarcón, Tirso de Molina, A. Velázquez de Velasco, Juan Ruiz, Hernán Núñez, F. de Rojas, Gracián, Góngora, Letri-llas, Cancionero español y morisco, Cancionero del Cid, Flores de poetas ilustres de los siglos XVI y XVII.—*Clásicos franceses:* Molière, Rochefoucauld, Rousseau.—*Clásicos ingleses:* Shakespeare (Obras completas).—2 pesetas volumen.

EL LIBRO DE LAS MIL NOCHES Y UNA NOCHE.—Traducción directa y literal del árabe por el doctor J. C. MARDRUS. Versión española de Vicente Blasco Ibáñez. Prólogo de E. Gómez Carrillo.—La gran obra de los cuentistas árabes permanecía ignorada, pues sólo se conocían tímidas é incompletas adaptaciones, hasta que ahora la ha traducido y recopilado en las propias fuentes el doctor Mardrus, dedicando años á esta labor inmensa.—23 tomos á 2 ptas. uno.

NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORÁNEOS.—JOSÉ FRANCÉS: La danza del corazón. 3'50 ptas.—G. GÓMEZ DE LA MATA: La que llegó tarde. 4 ptas.—CARMEN DE BURGOS: Cuentos de Colombine. 3 ptas.—Los inadaptados. 3 ptas.—CIGES APARICIO: La romería. 2 pesetas.

PAÍSES DE AMÉRICA.—SESTO: El México de Porfirio Díaz.—Hombres y cosas. 5 ptas.—UGARTE: El porvenir de la América española. 3 ptas.—CASTILLO: Dos Américas (Estados Unidos). 2 ptas.—Europa vista por una gran escritora americana: *Viaje de recreo*, por CLORINDA MATTO DE TURNER. Profusas ilustraciones. 5 ptas.—R. ALTAMIRA: España en América. 4 pesetas.

CULTURA CONTEMPORÁNEA.—El arte de leer, por E. FAGUET.—La risa, por E. BERGSON.—La nueva libertad, por W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos.—3 pesetas vol.—Socialismo y movimiento social, por W. SOM-BART, profesor de la Universidad de Jena. 4 pesetas.

LA CIENCIA PARA TODOS.—Historia de Europa. Agricultura científica. El mundo de los microbios. El Polo Ártico y sus misterios. La vida íntima de los griegos y los romanos.—Tomos ilustrados y encuadernados en cartóné. 1'50 ptas. volumen.

LA NOVELA DE AVENTURAS.—Obras de acción y de gran trama episódica.—GUITTON Y ROUGH: La conspiración de los millonarios. El regimiento de los hipnotizadores. El desquite del viejo mundo.—SANTERO: Don Juan de Austria.—BELOT: El crimen de la calle de la Paz.—REYBAUD: Jerónimo Paturot.—Volúmenes en cartóné, á 1'50 *ptas.*—DUMAS: La corte de Luis XIV. (2 tomos en rústica.)

AVENTURAS DE SHERLOCK HOLMES, por A. CONAN DOYLE.—Esta serie de novelas, la más interesante de cuantas se han publicado, consta de los siguientes volúmenes: Un crimen extraño. La marca de los cuatro. El perro de Baskerville. Policía fina. Triunfos de Sherlock Holmes. Nuevos triunfos de Sherlock Holmes. Nuevas y últimas aventuras de Sherlock Holmes.—2 *pesetas volumen.*

LOS CLÁSICOS DEL AMOR.—Aspecto nuevo de los grandes autores del clasicismo, que siempre artistas supieron decir todas las cosas y decirlas bien, por escabrosas que sean.—Van publicados: LONGO, Dafnis y Cloe.—MARCIAL, Epigramas eróticos.—ARETINO, Vida de las casadas y de las cortesanas.—VOLTAIRE, La doncella.—PETRONIO, El Satiricón.—ABATE CASANOVA, Amores y aventuras.—CUENTISTAS ITALIANOS, Obras galantes.—BOCCACCIO, El Decamerón (4 t.)—2 *pesetas volumen.*

ARTE.—OBRAS COMPLETAS DE RUSKIN: Las piedras de Venecia. Las mañanas de Florencia. Las siete lámparas de la Arquitectura. Los pintores modernos. El reposo de San Marcos. La biblia de Amiens. La corona de olivo silvestre.—Cada volumen, 2 *pesetas.*

NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA.—Anatole France, Daudet, Víctor Hugo, etc.—2 *pesetas volumen.*

BIBLIOTECA FILOSÓFICA Y SOCIAL.—Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkine, Renán, Schopenhauer, Spencer, etc.—2 *pesetas volumen.*

BIBLIOTECA ECONÓMICA.—Obras de gran amenidad, interés y trama novelesca.—1 *peseta volumen.*

COLECCIÓN POPULAR.—Filosofía, Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—1 *peseta volumen.*

LOS GRANDES NOVELISTAS.—Obras de Tolstoi, Dumas, Conan Doyle, etc. Colección Rocambole (la traducción más completa), por Ponson du Terrail.—Vols. á 35 *céntimos.* Edición de *La Novela Ilustrada.*

Editorial PROMETEO.—Germanías, 33, Valencia

OBRAS DE V. BLASCO IBÁÑEZ

Director literario de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los Argonautas. Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. 5 ptas. volumen.—**CUENTOS:** La Condenada. Cuentos valencianos. 5 ptas. volumen.—**VIAJES:** En el país del arte. Oriente. 5 ptas. volumen.

El militarismo mejicano. 4 ptas.

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavisse y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Van publicados hasta el tomo X.—6 pesetas volumen.

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

por Michelet.—Traducida por Blasco Ibáñez.—Profusa ilustración.—3 vol.: 30 ptas.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

por Onésimo y Eliseo Reclus.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.—6 ptas. volumen.

HISTORIA SOCIAL

Desde la Revolución francesa al siglo XX.—Crítica y documentada.—Dirigida por J. Jaurés.—Ilustradísima.—4 tomos: 40 ptas.

BIBLIOTECA DE LA MUJER

Conocimientos útiles del hogar. 1'50 vol.

LA NOVELA LITERARIA

Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibáñez, que cuenta con el apoyo de los novelistas de todos los países para esta obra de difusión literaria. Todos los volúmenes llevan un estudio biográfico y crítico del autor de la obra escrito por Blasco Ibáñez. Novelas de Paul Adam, Barrés, Barbusse, Bazin, Bojer, Bourges, Bourget, Boylesve, Daireaux, Daudet, Duvernois, France, Frapié, Frappa, Hardy, Huysmans, Hermant, Hervieu, Jauloux, Kipling, Lavedan, Louys, Margueritte, Miomandre, Reboux, Regnier, Rosny, Sinclair, Tinayre, Twain y otros maestros de la novela contemporánea.—3'50 ptas. volumen

J. FRANCÉS.—La danza del corazón (novela). 3'50 ptas.—Teatro de amor. 3 ptas.

MORAYTA.—La libertad de la cátedra. 2 pts.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

Escrita por V. Blasco Ibáñez. Ilustrada con millares de grabados. Las grandes batallas.—El heroísmo.—Los horrores de la lucha.—La guerra en el mar y en los aires.—Tipos y costumbres de los beligerantes.—Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.—Planos y mapas.—La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.—Panoramas trágicos.

La obra consta de nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, 20 ptas.—También se vende por cuadernos á 50 céntimos.

El libro de las mil noches y una noche.

Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibáñez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—2 ptas. volumen.

BIBLIOTECA CIENTIFICA

Obras de Hæckel, Proudhon, Büchner, Altamira, Ingenieros, etc.—4 ptas. volumen.

LIBROS CÉLEBRES Españoles y Extranjeros

2 pesetas volumen

HOMERO: Iliada. 2 t.—Odisea 2 t.—ESQUILO: Tragedias. 1 t.—ARISTÓFANES: Comedias. 3 t.—SHAKESPEARE: Obras completas. 12 t.—La canción de Roldán. 1 t.—EURÍPIDES: Obras completas. 4 t.—JENOFONTE: La vida y las doctrinas de Sócrates. 1 tomo.

BIBLIOTECA DE CULTURA CONTEMPORÁNEA

El arte de leer, por E. Faguet. 8 ptas.—La risa, por E. Bergson. 8 ptas.—La nueva libertad, por W. Wilson, presidente de los Estados Unidos. 8 ptas.—Socialismo y movimiento social, por W. Sombart. 4 ptas.

LAS MEJORES OBRAS

de filosofía, sociología, política y literatura.—Darwin, Spencer, Renán, Schopenhauer, Nietzsche, Ruskin, Taine, Kropotkin, Zola, Ibsen, Gorki, etc.—1'50 ptas. vol.

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 8 t.—1'50 vol.

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—1'50 ptas. volumen.

LOS GRANDES NOVELISTAS

Víctor Hugo, Dickens, Tolstoi, Dumas, Mayne Reid, Fernández y González, etc.—A 35 céntos.—Edición La Novela Ilustrada.

LA CIENCIA PARA TODOS

Volúmenes ilustrados á 1'50 ptas.